

ALFAGUARA  
NUEVA FICCIÓN  
NOSTROMO

Leonardo de Arrizabalaga y Prado  
nació en Colorado, EE. UU., en 1946, y ahora reside  
en Tokio, donde enseña Literatura Ibérica y  
Latinoamericana. Además de éste, ha editado un libro  
de versos, Poemas del silencio, y tiene en preparación  
una novela y un libro de ensayo.

Sus gustos literarios reflejan una formación  
internacional y multilingüe, abarcando desde los  
clásicos griegos y latinos, además de algunos  
orientales, hasta la vanguardia actual.

15

LEONARDO DE ARRIZABALAGA Y PRADO

ALFAGUARA  
NUEVA FICCIÓN  
NOSTROMO

NUEVE PROSAS EJEMPLARES

EDICIONES  
ALFAGUARA  
S.A.

Leonardo de Arrizabalaga  
y Prado

NUEVE  
PROSAS  
EJEMPLARES

---

NUEVE  
PROSAS  
EJEMPLARES



---

C

1983, EDICIONES ALFAGUARA, S. A. - PRINCIPE DE VERGARA, 81-1.º  
MADRID 6 - TELEFONO 261 97 00  
I. S. B. N.: 84-204-8016-8  
DEPOSITO LEGAL: M. 6.474-1983

LA MAQUETA DE ESTA COLECCION Y EL DISEÑO DE LA CUBIERTA  
ESTUVIERON A CARGO DE ENRIC SATUE\*



---

ALFAGUARA  
NUEVA FICCIÓN  
NOSTROMO

Leonardo de Arrizabalaga  
y Prado

NUEVE  
PROSAS  
EJEMPLARES



EDICIONES  
ALFAGUARA  
S.C.A.

---

Lunático

---

Salió por la puerta sin que nadie lo viera. Todo el cuerpo se le estremeció, al sentirse liberado del pasillo, estrecho y oscuro, alumbrado apenas por el charco de luz amarillenta que se derramaba por debajo de la puerta sobre las losas carcomidas del zaguán. No quiso mirar para atrás, no fuera a sucumbir de nuevo al embeleso, para volver a ponerse al acecho delante de aquella puerta cerrada, escuchando el rumor, el murmullo sordo, casi subácuo, que nunca alcanzaba a cuajar en palabras, de modo que no había modo de acertar si se trataba de un monólogo monótono, o de las frases resbalosas de un coloquio tan hartó repetido, que se le había embotado cualquier entonación que destacase las voces de los interlocutores.

Dobló la esquina a trancos. Oyó el retumbo de sus pasos refrenándose a síncope en el callejón. Sintió en la garganta el latido de la carótida. Jadeando, hombreó, sacudiéndose la grima que lo asiera al escapar de allí. Ya se le iba apocando el sentido del peligro inminente, pero persistía el imperativo de seguir para adelante, de alejarse, con cada paso más, de aquella casa de rumores inquietantes: el rechupetazo de mareas invisibles bajo el suelo, el correteo de patitas por encima del techo, los gemidos repentinos a través del entrepaño.

Ahora se encontraba en una calle algo más ancha, dentro de lo estrechas que eran todas las de esta ciudad, hundida entre casonas de piedra, altas y macizas. La luz de un solo farol exageraba los relieves de portales masivos, remontados por dinteles esculpidos con monstruos marinos, proyectando en alto las sombras de alféizares salientes. Las fachadas, en diversos estilos, desde el gótico hasta el barroco, pero todas

imponentes, empalmaban una con otra sin mediar callejones, obligándolo a seguir adelante hasta encontrar la desembocadura. La cornisa del palacio inmenso frente al que pasaba estaba rematada con gárgolas protuberantes, todas en fila, como bayonetas avanzando contra el fondo azul metálico del cielo nocturno, plateado por la luz de una luna invisible.

De nuevo echó a correr. Detrás oyó pasos frenéticos. Pero al girar para ver quién lo seguía, callaron. Enseguida que se puso a caminar, recrudecieron.

Un reluz cruzó su camino. Su pie se detuvo ante el vacío en el que casi acababa de pisar. El agua del canal, hedionda y oscura, rechupeteaba contra el ribazo.

Si no iba a regresar por la misma calle tenebrosa, tendría que seguir de lado, por el ribazo estrecho, sin barandilla ni mampara, hasta alcanzar el puente arqueado, que se perfilaba en la sombra a algunos pasos de distancia. No le quedaba más remedio. Con los ojos fijos en la meta, y palpando con manos sudorosas la porosa piedra del palacio, intentó un paso, luego otro. Por fin consiguió hacer pie en el peldaño de arranque del puente.

Jadeando, se apoyó en el pasamanos de mármol agrietado, descansando antes de dar otro paso. A su derecha se abría una calleja, similar a la que acababa de transitar: larga, estrecha, perdiéndose en la penumbra. Por el lado izquierdo, el puente se cernía sobre el canal. El agua gorgoteaba, cada vez más insistente, arremolinándose en el flujo de la marea.

Cruzarla significaría abandonar, quizás para siempre, el islote por el cual venía caminando, en cuyo suelo aún pisaba, el barrio de la casa de los rumores, cuyo recuerdo se le iba desdibujando a cada instante que pasaba. ¿No sería mejor tomar la calle de la derecha, en la esperanza —razonable, ya que así seguiría caminando sobre el mismo islote— de volverla a encontrar? Aunque tuviera que dar vueltas por ese laberinto de callejas, pasadizos, soportales y ribazos, ¿no se hallaría de repente ante su propia puerta, tan largo tiempo observada desde adentro, tan pasmosamente franqueada, y ahora que se hallaba lejos de ella, tan añorada? ¿Pero qué si estaba cerrada? ¿O si no la reconocía?

Sin saber en qué momento lo había decidido, estaba dando el paso decisivo al próximo peldaño, seguido por otro y otro más. Llegó hasta el medio del puente, y se detuvo encima del trasdós del arco que trazaba sobre el canal. El agua os-

cura por debajo de sus pies parecía desembocar, a lo lejos, en la laguna que rodeaba la ciudad. Allá, resplandecía una superficie plateada bajo el claro de luna, pero todavía, pese a la altura que él ganara con subir por el puente, ese disco gualdo se ocultaba por detrás de los palacios de la orilla hacia la cual se dirigía. El callejón oscuro por el que tendría que pasar parecía llegar a una plaza, también bañada en luz lunar. Quizás desde allí alcanzaría a ver el astro muerto, tan brillante con su luz prestada, restándoles fulgor a las estrellas.

De repente se dio cuenta de la forma alargada, silenciosa, que venía acercándose por el canal. Era una barca de carga, vacía. El barquero alzaba una pértiga, hundiéndola en el agua con esfuerzo. Empujaba la embarcación contra marea. Irguiéndose de nuevo, con la pértiga en alto, levantó la mirada hacia el puente, quizás para calcular el ángulo de paso bajo el arco. La mirada era vacante. No percibía a nadie apoyado en la baranda de mármol, observando cómo desaparecía la larga sombra debajo del puente.

Esa mirada incuriosa, que no lo había visto, lo llenó de zozobra. De nuevo sintió encogérsele el pecho, el pulso en la garganta, frío en la lengua. Giró hacia el otro lado del puente para ver emerger al barquero, tal vez para llamarlo, para decirle «aquí estoy». Pero no volvió a aparecer. ¿Dónde se habría metido? ¿En ese canalillo entre dos casas contiguas al puente? ¿O seguiría allí debajo, escondido, tal vez esperándolo, para llevarlo... adónde?

Bajó de dos en dos los escalones y corrió, acompañado por el eco de sus pasos, a lo largo del oscuro callejón, hacia la luz de su lejana desembocadura. Pero al llegar a ella, vio que aquella luz sólo era el reflejo de la luna sobre un muro, que le cortaba el paso.

Se giró, levantando la mirada para ver la luna. Pero estaba escondida detrás de un techado saliente. Su reflejo sobre el muro de enfrente acababa justo por encima del alcance de su vista, incluso si se pegaba adosado al muro y de puntillas. Extendió la mano en alto, introduciéndola en el ámbito de luz. Sus dedos extendidos proyectaban sombras deformes contra la piedra fría junto a su espalda. Podía incluso calcular, por esas sombras, el ángulo en el que debería encontrarse el astro, pero no había manera de elevarse para verlo cara a cara.

Y ahora, ¿adónde? Miró alrededor. Sus ojos, deslumbrados por la brillantez del reflejo en el muro, tardaron en

volver a acostumbrarse a la penumbra del callejón. Por fin, llegó a distinguir, sólo unos pasos atrás, un portalón de madera, con clavos de hierro roñoso en forma de cruz. Un filo estrecho de floja luz se filtraba bajo la ranura del quicio.

Se acercó. Tímidamente, palpó el plano de la puerta. Era liso. Parecía hartamente manoseado. Le dio un leve empujón. Cedió un poco. Volvió a pulsar, esta vez más fuerte. Cedió un poco más, revelando una luz vacilante. Por fin, reconcentrándose, con un gran empujón, abrió la puerta de par en par.

Era una iglesia. Miles de velas ardían en lámparas votivas, ciriales de altar, y candelabros de columna, brillando como joyas, mas aun así no alcanzaban a alumbrar los capiteles, perdidos en la sombra de la bóveda inmensa. Un olor sofocante a cera y azucena inundaba la penumbra.

Avanzó por el pasillo central, entre los bancos desiertos, escuchando el eco de sus pasos, el vaivén de su aliento, el latido de su pulso, algo más rápido que antes. Se sentía imantado por la luz dorada del retablo barroco encima del altar, una visión churrigueresca de la gloria.

Tropezó contra un obstáculo. Los ojos puestos en el atrio, no había visto el catafalco en el pasillo. Tuvo una sensación de sobresalto. Había confundido los altos candeleros de la capilla ardiente, con las velas del altar.

Venciendo su curiosidad al miedo, se asomó, de puntillas, al ataúd. Estaba cerrado. Bajo el mando de un impulso irrefrenable, se subió al catafalco, pisando las coronas de flores, y tentó la tapa. Era pesada, pero cedía. Con trémulo pulso la alzó. El ataúd estaba vacío.

Su sorpresa se trocó en pasmo al darse cuenta que los bancos de la iglesia estaban llenos de feligreses. ¿Cómo no los había visto antes? Fila tras fila de caras lo miraba, sin censura, sin aprobación, sólo observándolo, esperando su próximo paso.

Dejó caer la tapa del ataúd. El hueco fragor resonó por toda la iglesia, rebotando en el suelo, la bóveda, y las paredes, requintándose en un breve contrapunto de retumbos, hasta quedar apagado el último reverbero. Las caras seguían impasibles, a la expectativa.

Girando hacia el altar, vio que también lo miraba un cura. La cara era simpática, paciente, comprensiva. Flanqueado por dos monaguillos con ciriales, parecía invitarlo a

proseguir con el rito del que acababa de volverse celebrante, o quizás ofrenda.

Bajó del catafalco y se acercó al coro. La sillería ornamentada estaba ocupada por formas encapuchadas, los rostros ocultos en la sombra. Hizo genuflexión ante el altar. El cura lo bendijo, y le indicó que lo siguiese. Obedeció. Con un monaguillo a cada lado, escoltado por los monjes, que fueron formándose en dos filas ordenadas detrás de él, inclinándose parejos el uno al otro, y luego ambos juntos hacia el altar, cruzó el recinto del coro y pasó por una puerta baja, tanto que se tuvo que agachar, entrando a una sacristía.

Era un recinto oscuro, con olor a naftalina. El cura le hizo señal de pararse en el medio, sobre una alfombra descolorida y algo rala, frente a un armario alto y macizo, de muchos cajones anchísimos, junto al cual se colocaron los dos monaguillos. Los monjes, que venían entrando por parejas, fueron situándose alrededor de él, formando un coro apretujado. Los acólitos, obrando rápida y hábilmente, fueron desvistiendo, hasta dejarlo completamente desnudo. De uno de los armarios, de cuyas asas metálicas tuvieron que tirar ambos juntos, uno en cada extremo, sacaron una mortaja blanca. Se la enfilaron por la cabeza. El dobladillo llegaba justo al suelo. Parecía cortada a medida.

Se volvió a integrar la procesión, saliendo por el otro lado de la sacristía a un pasillo largo, dando sobre un patio con alberca iluminado por la luna, siempre invisible, y terminando en un portón con clavos, semejante al de la entrada callejera de la iglesia, con la sola diferencia de que no traslucía nada por su quicio. El frío del suelo empedrado le escocía en los pies, pero el deslizarse de la lisa mortaja sobre sus muslos era una deliciosa sensación.

Llegó la procesión ante el portal. El cura lo abrió, invitándolo a pasar. Adentro, estaba absolutamente oscuro. Se volvió para mirar a los monjes. Ahora formaban una falange en el pasillo, bloqueando cualquier tentativa de regreso. Sus caras eran pétridas, amenazantes. El cura seguía esperando, ya con una mueca de impaciencia. Los monaguillos miraban el suelo, como avergonzados.

Sabiendo que no le quedaba más remedio, dio un paso sobre el quicio del portón. Lo oyó cerrarse detrás de él, luego el golpe del pestillo, y el roce de un travesaño de hierro, encajando en su soporte.

El negror era total. Trató, sin embargo, de dar otro paso hacia adelante. Enseguida tropezó, chocándose el dedo gordo del pie y las rodillas contra algo sólido y angular. Palpando los planos, levemente desgastados, y las esquinas, a intervalos regulares, que habían detenido, dolorosamente, su caída, pudo discernir los contornos de peldaños de piedra, girando en torno al eje de una escalera espiral.

Trabajosamente, los pies plomizos, fue trepando a tientos por la escalera. Poco a poco, la oscuridad fue cediendo a una penumbra gris, y luego, mientras seguía ascendiendo, cada vez más animado, a un claror incipiente, que crecía con cada peldaño que pisaba.

Por fin, llegó a una plataforma, donde acababa la escalera. Estaba encerrada por altos muros. Encima de cada esquina se erguían cuatro columnas, soportando, además de los nervios de la bóveda de la cúpula, dos vigas cruzadas, desde cuya coyuntura pendía la enorme campana de la iglesia. Por las lumbreras que se abrían en los cuatro muros, podía verse el reluz de la luna contra el cielo levemente nublado, pero su disco estaba oculto, justo por encima de la cúpula.

Con un espeluzno en todo el cuerpo, sintió que algo le rozaba la coronilla. ¿Un murciélago? Le daba asco hasta pensarlo. Se giró, esguinzando por reflejo. Pero no. Sólo era la cuerda de la campana. La siguió con los ojos desde abajo hacia arriba, hasta perderla de vista en la sombra de la cúpula, luego, de arriba abajo. Desaparecía por un hoyo en el suelo de la plataforma, a unos pocos pasos de la boca de la escalera.

La única manera de llegar a ver la luna, iba a ser subirse a las lumbreras, trepándose por la cuerda. Le echó mano. Era gruesa, áspera, abultada por los nervios de su hilambre. Sería posible, pero difícil. Estaba a punto de empezar, cuando sintió el roce de la mortaja. Se le enredaría. Lo haría resbalar. Se la quitó, dejándola caer sobre el suelo de piedra.

Desnudo, se agarró a la cuerda con las manos en alto, y colgándose por ella, la asió con los pies. Descendió. La campana crujió en sus goznes.

Ahora estaba sentado en el suelo frío, sujetando una culebra de cuerda floja entre los pies y las manos, que tiraban de la cuerda tiesa por encima. Dejó que la floja se embutiera, llevada por su propio peso, dentro del hoyuelo. Luego, suje-

tándola, los pies contra el brocal, vuelto liso con el roce de los siglos, se irguió, lentamente, hasta sentir la cuerda entre sus muslos, áspera, picándole en la ingle, rígida contra su pecho palpitante, trepando con las manos, una sobre otra, hasta llegar a su máxima estirazón.

De un salto, comenzó a trepar por la cuerda. La campana repiqueteaba alegremente con cada pulsión de su cuerpo, reverberando ensordecedoramente dentro del exiguo campanario. Sudando, jadeando, casi en el límite de sus fuerzas, por fin rebasó la altura de los muros.

Pausó, colgado de la cuerda, para contemplar la vista. Era una extensión asombrosa de canales y callejas, campanarios, plazas y ribazos, con la laguna alrededor, resplandeciendo bajo el fulgor de la luna, siempre oculta por encima de la cúpula.

Calculó que si lograba encaramarse sobre uno de los muros, y colgarse en el marco de una lumbrera, alcanzaría por fin a verla. Girando con la cuerda, miró alrededor, escogiendo el muro más accesible. Comenzó a balancearse como en columpio. Tras varias pulsiones, cada vez más fuertes, consiguió poner un pie sobre el muro y, con una mano, mientras con la otra seguía agarrado a la cuerda, consiguió asir el canto del marco de la lumbrera. Se irguió, y venciendo su vértigo, miró para abajo.

Estaba por encima de una plaza inmensa, rodeada de palacios con soportales de columnas que lucían blancas en la luz lunar. Una muchedumbre callada llenaba el amplio espacio, miles de rostros pálidos vueltos hacia el campanario, tan repentinamente callado como antes repiqueteante. Ellos sí podían ver la luna.

Su aparición en la lumbrera produjo una conmoción colectiva, seguida por gritos esporádicos de «¡salta!» Directamente hacia abajo, al pie del campanario, había un empedrado descampado, esperándolo. Junto a él, amarrada a un poste del ribazo, aguardaba la barca vacía. El barquero descansaba contra el palo con que sujetaba su embarcación.

La sombra del campanario sobre el empedrado apenas alcanzaba a trazar una estrecha cortapisa. La luna tenía por fuerza que serle visible, sólo si podía descolgarse un poco más por fuera, para salirse de la sombra de la cúpula. Probó. Pero incluso al conseguir la postura más extrema, los pies apoyados contra el canto, las manos en la cuerda y estirándose el cuerpo



al máximo ángulo posible, todavía entorpecía su vista del astro la curva cebollesca de la cúpula.

Podía ver la aureola, por detrás del tejado de azulejos dorados, y calculó que apenas un pequeño salto de trampolín —sólo que horizontal— le daría esos poquitos palmos de distancia que le hacían falta para ver la luna entera, plácida y bella en su redondez. Dobló un poco las rodillas. Empujó.

La turba en la plaza encogió el aliento al verlo perder pie y quedarse colgado de la cuerda, rozándose los flancos contra el muro exterior del campanario.

—Toda la espalda le escocía. Los codos y las rodillas estaban pelados, sangrando, lo mismo que las plantas de los pies. Trabajosamente, volvió a apoyarlas contra la áspera piedra del muro, y logró trepar mano sobre mano, por la cuerda, hasta poder incorporarse nuevamente sobre el muro.

Temblaba. Todo el cuerpo le dolía. Le habían brotado lágrimas. Cerró los ojos para tranquilizarse.

En su espacio interior, tuvo una impresión lejana y pasajera: se imaginó ovillado entre las mantas de su cama en la pequeña habitación, calurosa y húmeda, que había sido suya en la casa de los rumores. Estaba a punto de despertar de una pesadilla para descubrir que todo había sido sueño.

Pero al volver a abrir los ojos, vio que era la misma escena la que se le presentaba: la ciudad rodeada por su laguna resplandeciente, la turba excitada en la plaza clamándole «¡salta!» con bríos renovados.

Y comprendió entonces que la única manera de llegar a ver la luna, iba a ser soltar la cuerda, impulsarse, y saltar, como un atleta desde el trampolín a la piscina, retorciéndose en el aire al desplomarse, para poderla contemplar, bella y triunfante, en un solo y último momento de verdad, durante cuyo lapso instantáneo y eterno lograría enterarse si su vida era sueño, o no.

---

¿Qué lo despertaría tan a deshora, antes del primer albor en el silencio perfecto del campo?

La casona señorial, todavía imponente, aunque desmoronándose, se hallaba situada en medio de un bosque tupido. Al arbolado lo tajaba una cortadura empinada. Junto al pie del monte, ésta se transformaba en un camino que lindaba por un lado con el solar, serpenteando entre los árboles hasta el precipicio donde terminaba abruptamente la floresta. Allí el camino se dividía. Un vericuetto tropezaba hacia el fondo del escarpado. El otro sendero descanteaba el filo de la meseta, dominando la llanura tapizada de sembrados.

El se conocía bien estos caminos. Los recorría solo a caballo todos los días. Sabía que el aislamiento de la finca era absoluto. Tan lejos de toda hacienda humana, no molestarían su descanso los chasquidos del tránsito, ni las bruscas voces de los basureros que alborotan la ciudad de madrugada.

Por eso le extrañaba tanto este desvelo repentino. ¿Algo que vendría desde el otro lado del sueño? ¿Algún pavor, surgido desde oscuras hondonadas de su fantasía? Gruñe la jauría en su lar enrejado; el grito taponado con sonrisas correctas; el murmullo de la reunión clandestina, camuflada por el ir y venir de señoras con mirada de pez.

Quizás estuviera obedeciendo un imperativo interno de romper el hechizo de imágenes y sensaciones, sin lugar ni paradero, que se confundían entre desvelo y pesadilla. El secreto se ofuscaba cuanto más se afanaba por asirlo.

¡Qué frío! ¿Habría lumbre en el hogar?

El sonido de sus pasos en la casa, llena de oquedad como campana, retumbaba por los pasillos sucediéndose sin

fin, hitados por centenares de puertas, cerradas todas, salvo la del fondo, desde siempre inalcanzable. Al mismo paso que los suyos, se alejaba el sueño inquietante. Se esforzaba por recordar cualquier detalle que le sirviera de trama para desenredarlo. Se retorció el cerebro, como dándole la vuelta a un bolsillo a ver lo que contiene, pero nada.

Le rechinaron los dientes. Este temblor, esta extraña desazón que lo asía tan de repente, ¿no se debería al sereno que se filtraba, húmedo y helado, por la ventana entreabierta? Siempre se lo dijo mamá: hay que dejar ventilación cuando te duermes, porque si no, despertarás con este dolorcillo de cabeza que ahora se unía a la ausencia de explicación por el desvelo intempestivo, adormeciéndolo de nuevo.

De niño se levantaba a hurtadillas después de irse ella, y cerraba la ventana. Luego volvía a ovillarse bajo las mantas y el edredón, cuyo calor iba calmando su dentera, relajándole el aprieto doloroso del frío. Siempre había hecho frío en esta casa. De día, la esperanza de este solaz prohibido le servía de talismán, para ayudarlo a aguantar la frigidez que se calaba, como el moho, en todos los habitantes de esta casona orgullosa y desvencijada. El regreso a su madriguera le lucía como una vela solitaria en la tiniebla de día tras día del desamor.

«Tiene tanto que soportar, la pobre, quedándose así con todas las deudas de aquel chupón de su marido, ¡y que llevarlo adelante al niño! pa' que no desmienta la clase de su gente, como el padre» la cocinera tajaba solomillos con un cuchillo enorme mientras cotilleaba con el ama al otro lado de la puerta entreabierta.

Con tanta rectitud le había enseñado mamá el camino de la soledad y la obediencia, que él sólo anhelaba el momento de despedirse con un besito —pero sin muecas!—, un besito tibio y seco, para cerrar la ventana, y escabullirse bajo el peso agradable de las mantas, devolviendo el calor a su cuerpo en un abrazo solitario, que no arriesgaba los repentinos ceños sin motivo, ni el desdén con que ella solía recibir sus alardes de cariño. Se abría un agujero para respirar entre las sábanas, y se dormía, recordándose cada noche que le tocaría despertar a las siete de la mañana, para volver a cerrar la ventana antes que entrase su madre a despertarlo.

Esta costumbre le había servido luego para prescindir de reloj despertador. Para desvelarse a una hora determinada

nada más tenía que proponérsela en la mente, antes de sucumbir al delicioso desplome que disiparía, poco a poco, su ansiedad por los compromisos del día siguiente. Y se acallaba el desconcierto que lo acongojaba cada noche, al acostarse solo en su alto piso en el rascacielos, durante los años que ejerció de arquitecto —esa sensación de que su vida se le iba disipando, como la sirena de una ambulancia nocturna, alejándose por el zumbido pestilente de la calle.

Anoche, sentado en el sillón delante de la hoguera, vencido por la modorra que siempre le socavaba el recuerdo, había dejado que la lumbre se fuera extinguiendo, como la esperanza de un amor casi olvidado.

El hogar todavía guardaba el calor de la víspera en las cenizas. No habría que dejar que se consumiera, en una charascada inútil, el fuego tapado por el montón blanco de ceniza, tan suave al tacto de sus dedos, como la nieve seca y polvorienta, menos fría que el viento de la sierra. Allí se había sentido libre, pero «¡Hombre! ¡Vente adentro al hospicio! ¿Qué haces allí sólo en la nieve? ¿A quién se le ocurre? ¡Vente a tomar una copa!», y tuvo que hacer de muerto en una partida de naipes, entre el tufo del perfume y el humo de la chimenea.

Habría que colocar primero la chavasca por encima del montoncillo que reuniría, cepillando con delicadeza la ceniza blanca, desparramada hacia los lados al enfriarse; y la agregaría a la ceniza negra que ocultaba la promesa de lumbre. Una por una hundiría las puntas de la seroja fina en el canto del montoncillo, apoyándolas una contra otra para formar un nexo frágil, que serviría de pináculo al cónico bastidor, encerrando como fríos dedos de mujer el calor subrepticio que ya se asomaba en una trama de humo sedoso, suspensa por un momento en el fuelle, luego disipada.

Comprobando que había dejado lugar por donde se colara el aire entre las astillas, para evitar que se ahogase bajo la ceniza el aliento de la llama, sintió un escalofrío anticipado, como quien ve subir por la escalera al enemigo de siempre, y le apunta el revólver descerrajado, mostrándole una ancha sonrisa de saludo dental, casi oyendo el fragor del tiro, como el de un árbol desgajándose en el bosque.

Ya se percibía un clareo a través de las ventanas rendidas por las cortinas, moteado por las huellas de astros que perdían su fulgor al acercarse el alba. Pronto, por el corte entre los árboles, despuntaría una aurora acandilada en el ho-

rizonte, como las brasas negras, que al soplarlas se encienden ruborosas. La mañana sería mordaz y quebradiza, como la escarcha que todavía no cuajaba en el aire seco y tajante del otoño.

Sólo unas pocas nubes de gasa traslúcida empañaban la lejanía. Tal sequía era insólita en la comarca. Ni siquiera una gota, desde que empezaron a tornar las hojas del cansado y relamido verde del verano, al ocre y colorado que brotaba en espléndidas fogatas por las vegas y los sotos de la tierra parda, devuelta al arado tras la recoleta. En sus paseos diarios, había visto cómo las hojas seguían la pauta de la quema del rastrojo, invadiendo, con el primer viento, la paz de los prados desnudos, como una carga de caballería.

Ahora habría que empezar a edificar en torno al bastidor de astillas, que ya humeaba más tenaz, tirando de la llama anhelada. Colocaría un leño, del grueso de su antebrazo, en cada lado, dejando abierta la parte que lo arrostraba. Así ventaría por el resquicio bajo el travesaño colocado encima de éstos, para que prendiera el cono de chavasca. Luego irían otros leños por encima, repitiendo la estructura del cimientó, levantando, de este modo, un zigurat que encerraría un humo cada vez más espeso, al paso que le fueran añadidos más renglones, cerrándolo hacia el cenit, para formar una pirámide irregular, que sepultara la flor ardiente dentro de su íntimo aposento.

Dejando ventosa en la cima del edificio, que oprimía un humo denso, rebosando por los resquicios, supo, con cierto pasmo de anticipación, que habría que penetrar por debajo con el hurgón, apuntándolo como un rejón hacia el corazón candente de las brasas, punzando brutalmente los pasillos secretos de la tumba de cenizas. Desde ella se deslizaría un tenue gas incoloro. Al mero tacto del aire suspenso alrededor, dispararía una llamarada azul amarillenta, en el momento mismo en que el rubor de la aurora lejana despuntaba.

La luz crecía al fondo del triángulo formado en el ventanal por las cortinas de grueso fieltro, suave contra su mejilla de muchacho.

El silencio de la noche, quebrado por el chillido de los pájaros, se disiparía con el sueño, cuyo recuerdo impenetrable lo atormentaba, como fragancia percibida y no reconocida, olor que desprendía inquietud, fincándolo por todos lados sin dejarse ver, trayéndole, al mismo tiempo, un solaz profundo como el que sintiera en el abrigo de su cama.

Agazapado ante el hogar, alentaba con su soplo lento el negror rojizo descubierto por la punta del hurgón. Ya la oscuridad se emblanquecía, con el nubarrón de ceniza polvorienta mezclándose al humo detenido en el fuelle. Un resoplo lerdó de la chimenea contrapujaba el esfuerzo de su aliento en ventoleras casi imperceptibles.

Por la ventosa del cenit del zigurat, esparció un puñado de las más fina viruta, recogida desde el fondo de la espuerta de leña. Rechinaban sus dientes, y la mano le temblaba desenfrenada. Soplando anheloso sobre el montón, que ya humeaba locamente, se vació los pulmones, hasta que su mareo fue punzado por una fina llama saltando hacia el cenit del hogar. El fuelle tiraba fuerte del humo, que le atacaba el olfato, y lo hacía toser con lágrimas de escozor en los ojos.

La llama triunfante bailaba alegremente con el ardor de tanto fuego reprimido y libertado, al son repiqueteante de leños partiéndose con bufidos de savia y gas, encendiéndose en espléndidas fogatas ventaba fuerte por el resquicio, entreabierto para dejarlo respirar las llamas, que cercaban el aposento bajo el manto de cenizas del olvido y el fragor de árboles enllamarados desgajándose alrededor de la casona señorial, desmoronándose al calor tan agradable del olvido despertándolo sin sonsonete, el grito escapado de la jaula y el chillido de los pájaros, horripiloso el berrido del corzo huyendo un muro de fuego, recordado el sueño de repente: la casona ardiendo en el monte, helado de pasmo entre cortinas incendiadas y las llamas subiendo paso a paso la escalera, el viejo enemigo de siempre cortándome la salida, y el clamor de mi alarido inútil, mientras despunta un sol lejano entre el griterío de los bomberos, que debieron desistir de sus esfuerzos por llegar hasta los pisos altos del rascacielos, desmoronándose con estruendo en la madrugada.

---

Don Nadie

---

**H**asta el atardecer, ayer fue un día como cualquier otro. Llegué a casa desde la oficina sobre las cinco y media, y eché una siesta breve. Soñaría con cosas turbias y desconcertantes —hasta a los más sosegados acontece— porque desperté alerta, sentado en la cama, con las manos extendidas como para asir un balón. Eran las seis y cuarto de una tarde soleada y apacible de abril.

La luz del sol poniente me daba en la cara. Miré por la ventana el cielo amarillento, y se me ocurrió: «qué claro y despejado está, como una madrugada de invierno». Me incorporé. Me calcé. Fui al baño. Sorbí agua del grifo —sabor a cloro. Y evitando molestar a mi mujer, que tarareaba dulcemente en la cocina, preparando la merienda para nuestros hijos, a punto de llegar del colegio, salí a comprar, como siempre, el periódico en el quiosco de la esquina.

Así comenzó este asunto: modestamente, como todo en mi vida. Sé que no soy nadie, a la vista de los demás. Si bien alguna vez tuviera aquellas ensalzadas fantasías, que a todos se les ocurren, y que a algunos conducen a soliviantarse en más de lo que son, los medianeros lances de mi vida, nada desastrosos, mas tampoco venturosos en exceso, terminaron por hacer de mí un ser conforme con su propia mediocridad. Así me resultaba cómoda la vida.

Siempre fui tímido. Cursé los estudios que mis padres, gente de bien y previsores, me aconsejaron, sin obligarme a ellos. A pesar de ser un chico normalísimo, jamás di muestra de rebeldía alguna. Las solitas pueriles fantasías de aventuras, que dejaron en mi seso mozo la huella de hazañas inverosímiles, batallas campales con ardidés ingeniosos, de las que yo sa-

lía, claro está, triunfante, pronto le fueron borradas por la goma, blanda, pero eficaz, de la instrucción pública. Caí en cuenta de que sólo los que se amoldan a lo que se espera de ellos, así cumplimiento con *El Deber*, tendrán seguridad en esta vida. No para mí las chanzas baladíes que tan rara vez resultan provechosas. Prefería el sosiego de un hogar y un trabajo dignos. Ingresé en la oficina al terminar los estudios, entregando la tercera parte de mi vida al empleo, que garantizaba, a su vez, el sustento y el reposo de las otras dos.

Me casé de manera semejante: ella me pidió la mano, sospechando que mi timidez me retenía de pedírsela a ella. Confieso que nunca se me había ocurrido semejante cosa. Pero fui un tanto demasiado caballero para desmentírsela. Me sentí, en cambio, afortunado. Ella sería leal, casera y buena madre. Así ha resultado. Nunca he tenido quejas de ella. Por estas razones, ahora que reflexiono, se me hace un tanto raro lo acontecido.

Salí pues, ayer, lo mismo que salgo cada día de mi vida, a comprar el periódico en el quiosco de la esquina. Sé que se puede pedir a casa. Pero no sé por qué, siempre he preferido ir a buscarlo. Mi tiempo nunca ha sido tan valioso que no me haya sobrado para tales menesteres.

Al franquear la puerta del apartamento, me volví para cerrarla cuidadosamente, sin dar portazo. Los vecinos, desde luego, no suelen tener la misma consideración, pero ello no impide que uno sea educado. Para este fin hace falta inserir la llave en la cerradura, desde el lado exterior, torcerla como si se fuera a abrir, y dejar que el pestillo entre por su agujero, en el marco de la puerta, frenándolo un poco con la llave, para que no choque bruscamente contra el fondo.

Durante esta operación, prolija para describir, pero fácil de obrar, tuve tiempo de echar una mirada a lo largo del pasillo de mi apartamento. Es un oscuro espacio inútil y mal aprovechado. Tiene a la izquierda la puerta de la cocina. A la derecha es un tabique entre mi apartamento y el de los vecinos. El salón está en el fondo.

Desde la puerta sólo se veía un lado del salón, el del televisor y un sillón cojo que no usamos. Lo iluminaba el ventanón de fondo, dando sobre una pequeña azotea, rebosando tiestos de geranios violetas. Infundía la escena una luz amarillenta, abrigada por el polvo en el aire, que iluminaban los rayos del sol, realizándolo en contraste con la opaca os-

curidad del pasillo. Casi se diría una luz dorada, si no sonara tan a cursi. Desde la cocina me llegó al olfato, arrastrado por la súbita corriente que se ciñó al canto de la puerta, un olor a chocolate, matizado por el ácido tufo de pan carbonizándose serenamente en la plancha. Mi mujer interrumpió su lerdo canturreo avispal para exclamar «¡ay que se me queman!». Por la radio, voces alternadas de hombre y mujer estaban pregonando las incomparables virtudes de un novísimo producto, elaborado con arcanos ingredientes, citados por números y siglas, que garantizaban matar los chinches, y eliminar las hormigas del hogar.

Tal como lo recuerdo, el salón que vi desde la puerta queda demasiado chico para un matrimonio con dos hijos púberes, de respectivo sexo. Todo se amontona. Los enfados suelen estallar de vez en cuando en riñas, pronto apaciguadas por la calmante persuasión de mi mujer. Hay manchas inexpugnables de orín de cachorro en pleno medio de la alfombra verde oliva. Tratamos de disimularlas una vez, colocándoles encima un sillón, pero resultaba incómodo: entorpecía el paso. Desde largo rato ha, dejamos de notar las manchas, como también dejé de ver todo cuanto había en el salón. Mis ojos resbalaban de las formas acostumbradas, sin preocuparse en proyectarlas sobre la pantalla de la mente. Mas ahora lo recuerdo todo, clarísimo. Sobre la mesilla ante el sofá, un tiesto blanco y negro, con el cuello estrecho, alardea una docena de claveles granates, blancos y rosados, inmarcibles. El sofá está tapizado de la misma materia de las flores, y también los dos sillones laterales, pero en amarillo y celeste. El cuadro por encima del aparador, donde se guarda la vajilla, representa un lago tranquilo y soleado. Sus aguas claras reflejan un paisaje acogedor de árboles y picos nevados, con florecillas gualdas en un prado. En suma, se trata de un hogar como tantos más, ni mejor ni peor, situado en un parque residencial de altísimos inmuebles, como los que proliferan ahora en todas partes, en una ciudad similar a las otras, sin rasgos particulares que la distinguan.

No diré que a mi vida, hasta la tarde de ayer, le faltase nada. Al contrario, siempre me consideré afortunado con tener mis modestísimos placeres, el tabaco por la tarde, mi cena cariñosamente preparada, siempre puntual, la presencia pacificadora de mi mujer, las sonrisas de mis hijos relatándome las gracias ocurridas en sus colegios, la televisión y el periódico.

co, con sus siempre nuevos relatos de violencias, escándalos, desgracias y delirantes éxitos — todos ajenos y, gracias a Dios, lejanos— para sazonar con sus contrastes mi vida regular, aposentada y llevadera.

Alguna vez, quizás, rumiando descuidadamente sobre esto y lo otro, cayese en la cuenta de que para mí, como para tantos más, se habían cerrado para siempre puertas, que en la turbiedad disparatada de anhelos juveniles, hubiese deseado dejar abiertas. Quizás habría llegado hasta a creerlas franqueables, de sólo saber hallar camino hasta su quicio. Estas puertas se abrirían sobre imaginarios campos del morbo sensual, de proezas peligrosas, de la libertad inconcebible de seres sin familia, pueblo, ni escrúpulos que los atasen. No echaba de menos el perder de vista aquellas vanidades, percibidas, desde mucho ha, sólo como vagos recuerdos, sin idearme siquiera su sabor ni su atmósfera, antes tan presentes. Y al vislumbrarlas insinuarse, tal vez en un coloquio, o dibujarse sobre el rostro de mis hijos, llegados a la edad del fantaseo, yo sonreía indulgentemente hacia mis adentros, recordando mis propias mocedades. Nunca fui severo ni gazmoño hacia mis hijos. Mi mujer se ocupaba de su adiestramiento, como de todo cuanto es propio del hogar.

No sé desde cuándo sería que venía ocurriéndoseme, aunque sin urgencia alguna, la idea de que mi vida —la suma de pequeñas impresiones, formas, colores, olores, sonidos, tactos y sabores que la componían, y las palabras que a su procuración, ofrecimiento, explicación y a su manejo correspondían— sólo era una, como elegida al azar, de entre miles de millares de posibles vidas; y eso aunque sólo se tuviera cuenta de otras vidas más o menos similares a la mía, sin altibajos pronunciados, cercadas de seguridad y de constancia. Esta noción me divertía en cierto modo. Me parecía disparatado el que no hubiese forma de explicarme —sin limitarme a las meras contingencias de nacimiento, abolengo, patria y fortuna— por qué viviría yo *esta* vida, en vez de cualquier otra. Creí vislumbrar alguna vez, al beberme una copa de más, después de cenar, o al quedarme suspendido en el entresueño tras la siesta, las formas fantasiosas de otras vidas, muy distintas de la mía, y de las que ya por referencias u observación conozco. Viví, en esos momentos de entresueño o de embriaguez, otras sensaciones, otros sentimientos, que me hubiera sido imposible relatar a un prójimo, siquiera explicármelas a

mí mismo, porque ni las palabras de mi idioma, ni las de los dos que apenas aprendí en el colegio, encajaban en aquellos mundos fantasiosos.

Tenía ocurrencias extrañas, verdaderamente locas, a raíz de esto: llegué a pensar que la vida tal y como yo la conocía, tal y como los demás, al parecer, la convivían conmigo, refiriéndonos sin desacuerdo a cosas —muebles, manjares, emociones, deseos, personas, que llevaban nombre propio— sólo era una de entre varias vidas *que de hecho estábamos viviendo*, sin saberlo, y que caíamos en cuenta de la existencia de esas otras vidas, sólo cuando el licor o la modorra levantaban el velo que solía ocultárnoslas.

Otra manera de explicarme la presencia de esos vagos vislumbres de formas ajenas, fuera del alcance del entendimiento y del lenguaje, fue pensar que el tiempo existiera en una dimensión más vasta que la que los hombres le suponíamos: que de una vez corrían varios tiempos, paralelos, por así decir, y que nuestro imperfecto cerebro sólo era capaz de maniobrar en uno de ellos a la vez. Quizás se diera el caso, que para cada diez segundos del tiempo total, nosotros no fuéramos conscientes sino de uno, y que los demás pasaban desapercibidos, sin ser vividos por nosotros, o que quizás eran vividos por *otros* «nosotros», a quienes desconocíamos, y así se perdían para siempre.

Semejantes disparates me entretenían, pero nunca fui tan arrogante como para concederles la más mínima importancia. Una vez duchado con agua fría, vestido y desayunado, con la carpeta bajo el brazo; habiéndole plantado un beso en la frente a mi mujer, con ella murmurándome «adiós mi vida»; dada una caricia en la mejilla a cada uno de mis hijos; llamado el ascensor; y encaminádome yo a la oficina, tales ocurrencias ni siquiera me cabían en la cabeza.

Pero ayer, al ver, a lo largo del pasillo, la luz amarillenta iluminando el salón, me ocurrió algo extraño. Esa escena tan corriente y consabida se trocó ante mis ojos en un cuadro emocionante, como la imagen de un recuerdo de primera infancia repentinamente aboyado a la superficie de la mente, o como algún quimérico vislumbre de otra dimensión, urdido del letargo y el alcohol —y eso que me hallaba perfectamente sobrio y sereno. La imagen del salón y el pasillo quedó clavada en mi mente, aun mucho después de cerrar la puerta, y llamar el ascensor. Era como un cuadro de



los que se representan en calendarios, transformando una escena tan vulgar como la de mi casa en obra de arte — un grupo de campesinos ante el horno de pan, una familia provinciana en un banquete bajo árboles floridos — por el mero hecho y azar de que el pintor la escogiese y la llevase al lienzo. Con ponerle marco, queda trocada en algo más perfecto, cabal y acabado, que lo que jamás llegara a ser para quienes la vivieron y le sirvieron de modelo al artista.

Llegado el ascensor al piso, enseguida se volvió a desplomar para abajo. Alguien se estaría apoyando en el botón, con prisas de arrebatármelo. En ese juego caben dos. Pulsé sin relevo hasta que subiera otra vez, todavía vacío. Abrí la puerta antes que de nuevo me lo birlasen. Bajando, contento con tan mezquina victoria, me sentí algo inquieto. Sobre la impresión tan clara y tajante de mi hogar, ahora se trazaba un juego de imágenes, veloces y destartaladas, un revoltijo abarullado de clichés entrecortados: una voz calmada y grave anuncia por televisión el destrozo con napal de un poblado surasiático; un niño corre por la calle envuelto en llamas, una antorcha humana — el rostro de mi hija, lelo escuchando un disco de melenudos — una inundación de agua sucia el día que explotó el termostato; el agua derramándose por la escalera como por un salto de truchas — mi hijo llegando por la tarde, la rodilla ensangrentada, el pantalón rajado — la visita mensual del propietario, ojos chiquitos, boca grande, mal aliento, recaudando el alquiler — la última cena navideña con los suegros; mis hijos colocando copas una sobre otra, vertiéndoles champán; todos aplaudiendo la fuente improvisada; un saldo de tres copas rotas; recatos, indirectas y pesquisas mal disimuladas de los suegros — mi mujer en parto, jadeando — el viento de noche golpeando el cristal del lavadero; yo cerrándolo, mirando abajo por el hueco del patio, hondo y oscuro como un pozo, escuchando los sordos ruidos delatores de esas vidas, tantas vidas, semejantes a la mía, prosiguiendo de día en día sin saber por qué, sin preguntárselo siquiera; ruidos susurrándome secretos, insulsas vergüencillas de esas vidas, de mi vida, sus pequeñas crisis y tamaños regocijos, risas, riñas; todos enterados de las vidas del vecino, de la vida mía, hitada en ciento cinco metros, tres de alto, sin contar balcón ni lavadero; toda mi vida de un solo timbre, de una misma moneda, un tejido de tinte unido, de un único sabor, cualquier momento semejante a otro.

Me sentí mareado. Recordé lo que se dice sobre los que anegan en la mar: que les pasa todo el espectáculo de su vida delante de los ojos, antes de dejarse sucumbir al flujo de las aguas. Hastiado, abrí el portón del ascensor. Salté desde su agobio al vestíbulo. La alfombrilla soportó mis pies, agradecidos de su solidez. Me compuse, indignado de haberme entregado a semejantes ocurrencias.

Al salir por el vestíbulo, alcé la mano para saludar al portero, sentado en su despacho envidriado, un tipo bonachón, siempre gritándoles a todos, por lo sordo, esquivándose de lado como un cangrejo, bajo y servicial. No me devolvió el saludo. Ni siquiera me vería, tan absorto hallábase en avizorar la trayectoria de una mosca tempranera que zumbaba trazando círculos en su vidriera. Me detuve ante el buzón de la entrada. Había una carta, idéntica a las que ocupaban los demás buzones, visibles a través de las ventanillas: un sobre marrón, mi nombre y dirección en letra cuadrada de ordenador.

La abrí sin inquietud. Mi crédito bancario siempre ha sido bueno. Era un reclamo, incitándome a comprar a plazos un chalet, con piscina y jardín, en el complejo urbanístico tal y tal «entre pinos y las suaves brisas del mar». Sin mirarlo más, ni siquiera preocupándome por romperlo, lo eché al basurero junto al portal.

Seguí acera abajo, a paso sosegado, sin pensar en nada en particular. Ya las ocurrencias raras que me habían molestado en el ascensor, quedaban despejadas. Me impulsaba livianamente hacia adelante el mismo ritmo de mis pasos. Escuchaba el estrépito de los camiones toneleros por la calle. Respiraba el tufo de sus gases. Caminaba indiferente a los escasos paseantes. Vine a parar en el semáforo de la esquina, en rojo. Esperé a que se apagase. Hace bastante tiempo que la lucecita verde no se enciende. Atravesé la calle hacia el quiosco.

En esa jaula de ladrillo y papel se aposentaba una mujer. Uso la palabra con reservas, por mera convención. Nunca se me ocurrió imaginármela como mujer, por contradistinción al hombre, a la piedra, ni a un tronco de árbol, por ejemplo. Rechoncha, rugosa, la expresión algo menos móvil que la de una calabaza, sólida como un tonel de pringue, para mí ella sólo figuraba como autómata, algo que me daba en la mano el periódico solicitado, y agarraba en sus dedos retorcidos de

artritis, la sucia calderilla que yo le tendía. Su comarca, ese quiosco colgajado de revistas con sonrisas de actrices, deportistas y políticos, es cuadrado desde cualquier lado por el que se lo mire. Casi ha de ser lo único que queda en mi barrio de las construcciones de antes. Es un monumento a la vieja fealdad. La nueva todavía está buscando el tipo de su forma esencial, para dejar recuerdo a la posteridad.

«Incluso dormiré allí dentro. No habrá quién la mueva», pensé para mí, al asomarme a pagar el periódico. A pesar de los años que llevo comprándole la prensa, no había notado sino hasta ayer que allí dentro le cabía una camilla y un hornillo, encendido, a pesar de la templanza de la tarde. «Vivirá allí dentro como un caracol, o un erizo», me dije asombrado. No me hubiera sorprendido que al quiosco le faltase puerta alguna, que ella hubiese crecido allí dentro como la perla en la ostra. Se me antojó charlar con ella, por primera vez en todo el tiempo que llevaba yo comprándole la prensa. Pero titubeé ante tal paso. Nunca habíamos cambiado más que tres palabras, algún quejumbroso comentario sobre el precio del diario, las veces que subía, a lo largo de los años, o alguna oscura referencia a la censura, si el periódico faltaba del quiosco. Me quedé callado.

Ahora me pregunto si ella me conocería la cara tal y como yo conocía la suya. Creo que no. Me imagino que para ella, todos los que llegan a comprarle han de tener la misma cara.

Habiendo comprado y enrollado el periódico, me dispuse a cruzar de nuevo hacia mi casa. Pero mi pie, a punto de lanzarse al paso de peatones, fue movido por capricho a dar la vuelta, y seguí calle abajo, en el sentido del parque. Sería por la tarde agradable, el aire primaveral —no sé— pero sin pararme a averiguarlo, de pronto me hallé en un rincón poco frecuentado del parque, sentado en un banco de listones, frente a un sendero rastrillado, jalonado de árboles de abedul, chopo, sauce llorón y alguna que otra esperanzada palmera.

Abrí mi periódico, con el mismo gesto de anticipación que siempre traigo a este rito. Tampoco fueron nada excepcionales las noticias: la crisis monetaria de siempre, algún escándalo político, fondos malversados, el campeón olímpico resulta morfinómano, la actriz que intenta suicidarse — en suma, todo como de costumbre. Dejé caer el periódico al ban-

co. Me puse a mirar hacia las copas de los árboles. Me sentía tranquilo, contento de hallarme allí, sin deseos de moverme, pero sin formular tampoco la intención de quedarme.

Un alboroto me sacó de esa ligera distracción. Un guardaparques, el sombrero desafiantemente replegado, porra en mano, gesticulando, la enorme boca abierta en un corro de injuria y desprecio, impelía por el sendero a un desfachatado vagabundo, cabizbajo, la ropa rota, el rostro humilde, inexpresivo. —¡Este parque no es pa' mendigos! ¡Fuera de aquí! ¡Esto es pa' la gente decente! ¡Si te vuelvo a asomar aquí será pa' l calabozo!

Quedó quebrado el encanto de la tarde. El tiempo, que me había parecido inmóvil, comenzaba a acelerarse. Las sombras se alargaban en los senderos. La ligera brisa se volvía demasiado fresca. Pensé en el chocolate y las tostadas, untadas con margarina, que me esperaban en casa, en las caras voraces de mis hijos, y en la de mi mujer, satisfecha de verlos engullir la merienda a grandes bocados. Con un resabio de pereza en las piernas, me levanté, y comencé a caminar a casa.

Tenía que pasar por delante del quiosco, y esperar a que cambiase el semáforo. Al cruzar la calle, creí haber visto a la mujer transformarse en una fiera del zoológico, encerrada en su jaula, enloquecida por largos años de cautiverio. Traté de imaginármela tal y como había sido antes, cuando era mujer. No pude. Me reí de la ocurrencia. Entonces recordé el periódico. Me lo había dejado en el banco. Dudé un momento, en medio de la calle, entre el periódico y la merienda. Mis pasos, autónomos, me llevaron hacia casa.

Subiendo por la calle, noté que mi cuerpo se sentía más lerdo que de costumbre. Cada paso hacia adelante me pesaba. Me hubiese quedado con agrado allí mismo, sentado al borde de la acera, a descansar. ¿Pero, de qué? ¡Si no podía estar cansado! Acababa de echar una siesta. El trabajo de la oficina nunca me ha fatigado mucho que se diga. Llevo suficientes años en la empresa como para saber que no es menester esforzarse, sino todo lo contrario, para dar satisfacción y contento a los patrones. Cuanto más uno sea sumiso, más a uno lo quieren. A nadie le gusta un tipo enconado, un sabelotodo. Siempre se presiente que podría resultarle peligroso a uno mismo. Yo nunca he querido serle peligroso a nadie. En ello ha radicado mi reserva y timidez. Así que nunca eché por en-

cima de tres o cuatro horas por día en la oficina. No, no diría que me hallase cansado.

Al entrar en el inmueble, noté que el portero no ocupaba su despacho. Estuve por llamar el ascensor, cuando se abrió la puerta y salió al vestíbulo una monja, de las de lata perforada. «Una limosnita para los pobres que no tienen casa ni comida.» No se diría que fuese una pregunta, por el tono de voz. Tal vez una oración. Sonreía como un títere, sin pausa. Eché mano al bolsillo. —Dios se lo pague—, como quien dice: «Póngalo a mi cuenta» en la tienda de comestibles. Flotó por la puerta, como un enorme velero, impulsado por una brisa súbita, con un siseo de faldas, y bajó los dos escalones a trancos forzudos y viriles.

Pulsé el botón del ascensor. Mientras subía, sentí una leve anticipación de placer, pensando en la merienda. Mi estómago es sensible; reclama por livianas contorsiones su alimento. Traté de resistirme a husmear el olor a matachínches que atufaba el ascensor. Me pareció raro, porque no lo había tenido cuando bajé, escasamente media hora antes. Me extrañaba que el portero, con lo vago que es, se hubiese puesto a lavarlo con zotal a estas horas de la tarde. Detrás de mi asombro se hallaba un pensamiento opaco, como los de algunas de mis ocurrencias. Me esforzaba para vislumbrarlo, pero no me alcanzó el tiempo. El ascensor llegó al piso. Lo único que ocupó mi mente, mientras cruzaba el plano hacia la puerta de mi casa, era el recuerdo de una voz canturreando — una voz de niño.

Metí la llave en la cerradura. No quiso torcer. De vez en cuanto acontece, si se la cierra mal. Esa era la verdadera razón por la cual siempre procuraba yo cerrarla con cuidado. Alguno de mis hijos debería haber salido dando portazo, pensé, resignado ya a que nunca aprendieran buenos modos. Saqué la llave y la volví a meter, más delicadamente la segunda vez, retorciéndola un poco para que engancharse. Pulsé el botón del timbre. Después de un momento vacío, una voz gangosa me chilló: —¿quién es?

—Yo—, contesté, pero me noté algo falso en la voz; le faltaba el tono de irritación por la molestia ocasionada que hubiese debido tener, dado el caso. El punto de luz en el ojo de buey oscureció. Claqué la cadenilla de seguridad. La cerradura chasqueó. Crujió el gozne. La puerta se apartó apenas cuatro dedos, retenida por la cadenilla. Una cara descono-

cida me escudriñaba, sospechosa, pero sugestiva: una matrona cuarentona, gruesa, la bata celeste con enormes rosas dibujadas en el pecho. Su pelo era un nido de rulos.

—¿Qué desea? —me volvió a interrogar, impaciente ante mi atonitez. Me miraba estimativamente, tal vez calculando si invitarme a pasar, o no.

—Perdóneme —no me salía otra palabra. Di la vuelta y bajé por la escalera. No tuve el valor de regresar al ascensor. Ya sabía que no me había equivocado de piso, ni de inmueble, pero resolví únicamente comprobarlo para la forma, para que no quedase sin hacer.

El vestíbulo de la portería seguía descampado, pero alguien tenía que haber pasado por allí, porque la luz de neón temblequeaba, infundiendo un aire de incertidumbre al lugar, como en una mala copia de película vieja. Afuera, en la calle, el crepúsculo había menguado, hasta quedar en gris sin sombras. En el buzón, que yo bien recordaba haber abierto al salir, había una carta, idéntica a las cartas en los demás buzones. Ni siquiera probé la llave. Supe que sería inútil. Se me ocurrió mirar, por curiosidad, en el basurero, pero en ese momento salió al vestíbulo el portero, un hombre flaco, alto, con gafas, calvo. No lo había visto en mi vida.

—¿Qué busca? —me preguntó bastante grosero, con un tono de suspicacia. — ¿A qué piso va?

Salieron de mi boca unas palabras que no habían sido formuladas por mi mente. Venían de otro mundo, sin relación con mi voluntad, si es que jamás la tuve. Salieron lentas, empalagosas, como de una boca congelada apenas templándose, secas como un vómito de arena:

—No sé.

Se me quedó mirando con recelo. Lo comprobé las varias veces que me di la vuelta para mirar el edificio, alejándome a pasos tardos por la calle. Lo vi, parado en la escalera de la entrada, con las manos en la cintura, perfilado contra el oscuro cielo plateado del atardecer, hasta que doblé la esquina, y desaparecí.

---

La sirena

---

**D**esperto más temprano de lo usual, antes de la primera luz. La luna presta aún su palidez al espejo delante de mi cama, delineando los contornos de los muebles en mi alcoba. Me siento en la cama, y me miro en el espejo. No distingo las facciones de mi cara, pero sí la aureola de mis canas.

Trato de recordar el sueño del que acabo de despertar, pero se me borra de la mente, esquivando mis esfuerzos por representarme sus imágenes. Sólo me queda el deje de una vaga sensación, que de algún modo oscuro pertenece al sueño, pero que no quiere revelármelo: una sensación de estar flotando, quizás en barco, o tal vez bajo el agua, como una medusa.

Trato de adivinar la hora, ya que mi reloj está encima de la mesilla, y no tengo ganas de levantarme. Reparo en el reflejo de la luna en el espejo. Acaba de pasar el plenilunio, y calculo por la posición del satélite menguante, en el arco que traza sobre el mar, que deben de ser las tres de la mañana más o menos.

Por las noches, desde mi balcón, suelo observar la luna y las estrellas. Conozco sus movimientos lo suficientemente bien como para hacer un cálculo atinado. Esta noche habrá menguado un poco más la luna, y trazará su arco sobre el mar un poco más tarde que ayer. Dentro de unos días durará su raja de claridad hasta el amanecer, y se confundirá con el albor naciente en el mar de levante, por debajo de su arco, que se va desplazando hacia el sur con cada noche que pasa. Luego, desaparecerá la luna durante muchas noches, hasta que despunte nuevamente por las tardes, un arco pálido en el cielo azul cobalto.

Esta mañana la luna se extinguirá antes que nazca el sol. Su luz reflejada va apocándose mientras se acuesta tras los blancos precipicios de la gran cornisa.

Todavía sigue preocupándome ese sueño, que no acierto a reconstruir. Sé que ha sido un sueño halagüeño, de una belleza extraordinaria, de emociones exaltadas, y siento un vivo anhelo de recordarlo, para paladear sus exquisiteces con la mente desvelada. Pero no lo logro. Por lo general recuerdo bien mis sueños, aunque sean desagradables, y durante algún tiempo he llevado un diario donde escribo los más interesantes de entre ellos. Me los suelo reconstruir, si es que no los recuerdo enteros desde un principio, mediante la libre asociación de pensamientos, mientras, por las madrugadas, me hallo en el torpor entre el desvelo y el sueño. Pero este despertar repentino en medio de la noche me ha desconcertado, y no doy en la onda que me libraría al entendimiento los secretos de la oscuridad.

Por las mañanas suelo quedarme dormitando. Surgen, desde el fondo de mi sueño, imágenes disparatadas y frases o palabras sueltas, sin sentido aparente. A veces me entretengo en ahondar en ellas, y en tratar de comprender el sentido de mis sueños, si es que lo tienen. Pero las más de las veces me entrego a la delicia de dejar que se estrellen estos desvaríos del cerebro contra mis designios para el día que encaro, sin grandes temores ni ambiciones, ya que mi vida está bien ordenada, y vuelvo a recaer en el sueño varias veces, antes de que puncie el crujido de la puerta la telambre de recuerdos, sensaciones dispersas y proyectos, y llegue Rosa, la casera, con el desayuno. Me encuentro con la bandeja balanceada sobre mi regazo. Abro el periódico crespó y seco, doblado junto al zumo de limón, el café y la medialuna.

El empeño de equilibrar la bandeja, de no derramar el café, corta una trayectoria en mi mente a través de las corrientes entrecerradas de oscuras imágenes e intenciones a medio formular, apaciguando su flujo y contraflujo, lo mismo que la estela de la luna llena ejerce un efecto apaciguador sobre las olas del mar. Mi atención se ve imantada hacia las letras mayúsculas de los titulares, que lentamente van cuajando en palabras y en frases: un león se escapó del circo; la nómina fiscal será alzada en un 5 por 100. Estas frases disparejas tiran de mi entendimiento, sacando a mi mente del alcance de la tentación del seductor deliquio del sueño. El plano macizo de la

bandeja me obliga a mantenerme quieto, en vez de dejarme deslizar de nuevo bajo el edredón pesado, tibio y agradable.

Pero hoy no es así. Salto de la cama con una energía poco acostumbrada. Desde la ducha, miro por el tragaluz del cuarto de baño hacia la oscuridad que va tornándose en un tenue gris. Bajo el agua caliente, la sombra de ese sueño elusivo vuelve a atravesar mi mente, como una nube repentina que tapa el sol, pero no puedo asir sus contornos, aunque parecen tener algo que ver con la sensación del agua chorreando a lo largo de mi espinaza. Para cuando he salido de la ducha, y me restrego con la enorme toalla de baño que me envuelve de pies a cabeza como una mortaja, ya la sombra se ha apartado, y pienso en otras cosas.

Este día no será como el de ayer, ni como los que lo precedieron. Este pensamiento llena mi mente como una certidumbre consabida. No tengo que llegar a esta opinión tras una serie de cavilaciones, cotejamientos de una posibilidad con otra, ni nada por el estilo. Viene el pensamiento entero como un regalo en caja con rubán.

No tengo que decidir nada. Mis manos, por lo general algo bisoñas, nerviosillas, porque tienen que esperar a que mi cerebro decida lo que va a mandarles, por su propia cuenta escogen del armario un traje gris de cuadros a lo Príncipe de Gales. Sacan del cajón una camisa levemente azul, con botones en los puños, en lugar de ojales para los gemelos. De viaje, pienso, no conviene llevar cositas que se pierden con facilidad. Calcetines grises, y unos zapatos que me fueron hechos en Inglaterra, hace ya veintitantos años, se añaden a mi atuendo. Enfilo una corbata de lana en un tono de violeta discreto, ya que siempre me permito alguna fantasía en las corbatas, a pesar de mis canas. Por fin meto un pañuelo de lino bordado con mis iniciales, en el antepecho de la chaqueta, que es de paño especial para paseos en el campo, del tipo que no se deshilacha ni entre espigas de zarzamora —y echándome una mirada en el espejo, me frote la cara con un poco de lavanda y me ajusto la corbata.

No meto en la cartera de jabalí sino el cepillo de dientes, mi talonario, y mi pluma estilográfica. Es de oro, y escribe una letra gruesa, opulenta, que no deja lugar a dudas sobre la autoridad de quien la maneja. He pensado por un instante en la maleta, pero enseguida sé que me sería inútil. Siempre me la arregla Rosa, y a mí se me olvidarían la mitad

de las cosas cuyo usufructo dudosamente me compensaría la molestia de llevármelas. Por fortuna, éste sigue siendo un país donde hay barberos que lo afeiten a uno, y se puede enviar a un botones a comprar una camisa de tal y tal tamaño, o pedirle a la camarera los zapatos limpios para después de la siesta. Todo tiene arreglo, como dice el refrán, salvo la muerte.

Al bajar por la escalera, tengo cuidado de no despertar a Rosa. Es leal, y me colma de mimos, pero tiene su temperamento. Además no quisiera tener que explicarle tan repentino viaje como el que emprendo. Tendría que decirle adónde voy. Me limito a dejarle una notica en el cuaderno junto al teléfono de la entrada, para decirle que ni almuerzo ni ceno en casa. Alcanzo la bufanda de cachemira, dejando el abrigo, ya que la madrugada se anuncia estupenda, y me calo el bombín, reliquia de mis años con el banco del que fui director. De viaje conviene que la gente se dé cuenta del nivel social de uno. Así se obtiene un trato más servicial, y a uno lo dejan en paz los habladores compulsivos.

El chasquido de la cerradura de la puerta me causa placer. Es un sonido tan definitivo, seco y tajante. Está bien lubricado con grafito líquido. Una vez al año me ocupo yo mismo de tales cosas, ya que uno no se puede fiar de los que vienen a hacer obras menudas. Además, no tengo tantas ocupaciones que se diga. Mi vida, sin estos pequeños deberes caseros, quedaría aún más embotada de lo que está. No es que me queje: no creo que quisiera cambiar de estilo a estas alturas. Siempre he sido cauteloso y reservado. Si ello me ha privado de algunas de las célebres pasiones, me ha resguardado también de los peores percances.

El sonido de la cerradura, seco y seguro como la ballesta de un rifle puesto al disparo, sigue unos segundos en mi oído, mientras atravieso el jardín, hacia la tranquera de la tapia. Los árboles alrededor de casa apenas se distinguen en la sombra de la madrugada. No hay viento, y el jardín está quieto, con ese silencio que parece acechar un grito.

La tranquera de la tapia no está tan bien cuidada como la de la casa. Su cierre, un pasador corriente, no deja en mis oídos el mismo eco escueto y satisfactorio de la otra cerradura. Un chasquido indefinido y molesto, sin contornos exactos, sobreviene al recuerdo halagüeño de ese clac. Echo a caminar por la acera.

En la parada de taxis hay un coche. Está durmiendo el

conductor, y refunfuña cuando lo despierto y le digo: «A la estación». Ahora clarea un poco, así que él sólo enciende las lucecillas de ciudad. Pasan los basureros, con su enorme camión, una ballena sobre ruedas, que se traga la basura de la víspera, dejando lugar para la de hoy.

Al pasar por las calles del centro, me sorprende ver qué poco tráfico circula. Llevo ya bastante rato despierto, y me cuesta un esfuerzo imaginarme que casi todos los demás seres de esta villa duermen aún, cada uno envuelto en sus sueños, y que todavía faltan dos horas o más para que todas estas privadísimas personas soñantes tengan que afrontarse los unos a los otros, para compartir el mismo aire, los mismos ruidos, y el mismo afán de atizar la mecha de la consciencia, manteniendo en el secreto, todo aquello cuanto difundiera, durante la noche, su pálida lumbré sobre sus mentes, como la luz del sol deslumbra la de la luna. Me da pena no poder entrar en alguno de sus sueños, para sentir lo que se siente, dormitando en la cama, cuando el oído inconsciente, alerta, espera sin que uno lo sospeche siquiera, el timbre del reloj despertador.

En la estación, noto que el amanecer se ha declarado definitivamente. El cielo viste un tono blanquecino con la más recatada sugestión de azul. Las pocas nubes, como lanchas flotando en una corriente, no dan lugar a inquietudes acerca del tiempo. Compro un billete en la máquina automática, junto a la entrada de la estación. El nombre que lleva es el de una población balnearia, distante una hora más o menos, por la línea que sigue el canto de la cornisa. Desde el tren se puede divisar vistas estupendas del mar.

Faltan pocos segundos para la salida del tren, así que no compro el periódico. Si me pongo a pensarlo bien, reparo en el hecho de que me hubiese sido igual tomar el tren que sale tres o cuatro minutos más tarde, y que va en el sentido opuesto, dirigiéndose a otra población por el mismo estilo de la de mi destino, y que así me hubiese dado tiempo para abastecerme de lecturas para el viaje. Con la prisa de no perder el tren, no me ha dado tiempo de reflexionar en si prefiero dirigirme a tal lugar u otro. En realidad, ya que se trata de una excursión con el único fin de cambiar un poco de aire, debería serme indiferente, pero no se me ocurre. Me paso de largo al guardia gesticulante, y salto al tren que está arrancando.

A la salida de la estación, noto cómo el sol se refleja en los rieles de las otras vías. Poco a poco van aunándose algunas, separándose otras, curvándose las rayas paralelas de luz helada, alejándose en sentidos diversos. El tren emprende la subida a la cornisa.

Mirando a través del cristal de la cabina, me alegro de no haber traído periódico ni revista. No sólo por el hecho de que se vea tan resplandeciente el mar, desde aquí en lo alto, y que me haya tocado la suerte de que no viniera nadie más a ocupar este compartimento de primera, contra cuyas miradas, y posibles importunios, el periódico hubiese servido como defensa. Me alegro porque de este modo puedo entregarme otra vez a la búsqueda del sueño que precedió inmediatamente a mi desvelo esta mañana.

Hasta me parece ahora que el hecho de que me encuentre en este tren, yendo a un destino donde nadie me espera, y donde no tengo nada en particular que hacer, sin más diversión que el panorama y mis pensamientos, puede no ser fortuito, sino que quizás tenga alguna explicación, toda vía oscura para mi entendimiento, lo mismo que ese sueño halagüeño. Quizás sea sólo que todo viaje, una vez iniciado, cobra su propia razón. Antes de emprenderlo, se puede uno poner a comparar y a escoger, a figurarse las posibles consecuencias de tomar un camino u otro, pero una vez encaminado, esas cavilaciones se agazapan en los rincones del pensamiento, y es el viaje mismo, no el destino, lo que importa.

Se apoderan de mí las sensaciones del viaje, el ruido regular del tren pasando sobre las juntas de la vía, y el olor a polvo que despiden las cubiertas de los asientos, la ondulación de los hilos telefónicos y eléctricos en lo alto del cristal, sus combas consecutivas alzándose a las cumbres de los postes, recayendo en oleaje perpetuo como el del mar.

El relumbro del sol sobre los escarceos es un espejo estallando en millones de añicos. Respiro el viento salitroso, frío y embriagador. La tensión del cabo entre mis manos se acrecienta, y mi espalda cobra mayor rigidez para contrarrestarla. Mis talones se apoyan, descalzos, contra el revestimiento de la quilla destacable. Con la mano izquierda sujeto el timón, mientras que la derecha tira del cabo, sujetándolo a la muesca, para cerrar un poco más la vela, y aprovechar mejor el viento. Los únicos sonidos en el mundo son el silbido del

viento entre la vela y el palo, y el surcar de la proa en las ondas, rítmico y callado.

La curva de los veleros se ha desintegrado, y algunos han bogado más adentro en la mar, en un redoblo que los llevará hacia el norte. Los palos se inclinan hacia las blancas cornisas, bajas y brumosas, de la costa, como si el barco se estuviera resistiendo a la voluntad del timonel. El viento viene de levante, caprichoso y cambiadizo, intersecado por treguas de calmón, un viento femenino al que le gusta engañar, a cogerte desprevenido cuando has atado el cabo a su muesca y fijado el timón, y te has dejado adormecer unos momentos, entregado al encanto del silencio de la mar. Escucho ese silencio, y de mi inquieta imaginación resurgen voces susurrantes y retumbos carolantes, la imagen de un rostro de mujer visto a través de un velo acuoso, con facciones cambiadizas, su largo, lacio cabello ondulado en aureola alrededor de su cuerpo curvo y liso, desliziándose entre cimbreadas algas rojas y el relumbro de las ondas en las rocas moteadas de negros erizos.

De repente me coge una ráfaga de lado, revirando el velamen. Casi me da el botolón en la cabeza. El barco tambalea. Agarro el cabo para amainar, pero el palo está ya paralelo al mar. De pronto estoy pataleando en agua fría.

Vuelvo a la superficie. Tomo aliento, y veo que el velero se ha enderezado. Está alejándose sobre las olas encabritadas. Una ola viene y me da en la cara. Trago agua. Empieza a dolerme la cabeza con el frío. Voy perdiendo la sensación en los dedos de los pies. Estoy quedándome tullido. Si sólo supiese dónde está la costa, pero siguen viniendo las olas, y ¡he-la ahí! No está tan lejos como me creía. Hasta se distingue la cornisa, y el tejado metálico de una estación en alto. Tal vez pueda llegar nadando, si mis fuerzas no se gastan antes. ¡Sí! No está lejos para nadar. Está llegando el tren a la estación. La pluma de humo blanco avanza sobre la cornisa. El tren se ha parado. Estírome las piernas y bostezo. ¡Qué picor! Se me ha quedado el pie dormido. ¿Qué estación será ésta? ¿Por qué se para tanto tiempo el tren?

Debe de ser la estación que corresponde a un pueblecito playero, al pie de la cornisa, invisible desde aquí en lo alto. Es igual a las demás — dos plataformas, la casucha blanca del jefe de estación, y la sala de espera, rodeada de geranios rojos, la flor oficial de la burocracia. Viene por la plataforma un hombre en uniforme de la compañía de ferrocarriles, y la



gente se baja por donde él ya ha pasado. Me anticipo y salgo al andén. Todos los pasajeros comentan el suceso —un tren descarrilado a la salida de la estación.— Por lo menos cuatro o cinco horas de demora. ¡Vaya chasco! Pero no voy a dejar que me estropee el día. ¿No me era igual salir a una parte que a otra? Pues bien. Me bajo aquí, y procuro pasarlo lo mejor posible en el pueblecito al que corresponde esta estación. Al fin y al cabo, de lo que se trataba era cambiar un poco de ambiente.

Saliendo a la calle, noto que faltan del mar los veleros. ¿Cuánto tiempo me dormiría? ¿Y en qué estaría soñando, que de nuevo se me elude entre el reflejo del sol sobre el mar y la brisa ligerilla y deliciosa? Tal vez fuese afortunado el pararme aquí, en lugar de seguir más adelante. Así aprovecho mejor este tiempo tan magnífico, en vez de perder más tiempo en el tren.

El taxi es una vieja chatarra, pero eso no parece impedirle al conductor el tratar de batir algún *record* en la cuesta abajo entre castaños y pequeños caseríos con fachadas alegremente pintadas. Brotes de mimosa y buganvilea asoman por encima de las tapias. Y ahora se ve la población en la playa. Es más grande de lo que me creía. Sí. Creo que me va a agradar, por lo menos para pasar un rato junto al mar.

Me gustan los balnearios fuera de estación, los grandes hoteles vacíos, que reflejan el sol de la mañana sobre las palmeras de la esplanada donde sólo caminan los nativos, dueños de su ciudad hasta que vuelva el verano. Viste un aspecto fantasmal, un tanto absurdo, como una gran fiesta a la que nadie acudió. Me dirijo a la playa por debajo de la esplanada, donde todavía hay algunos quioscos con el toldo de colores tendido.

Al pie de la escalera, que se confunde con la arena, me quizo los zapatos y los calcetines. Aunque parezca ridículo en un viejo el andar así, me apetece sentir el crujido de la arena en las plantas de mis pies. Dejo los zapatos escondidos en un recoveco debajo de la escalera, y me largo por la playa crespada y lisa, virgen de huellas humanas, repujada sólo con la insignia de gaviotas, cruzándola en todo sentido, como las vías de algún pensamiento zozóbrante.

Respiro hondo, y vacío los pulmones del viejo aire acumulado. Hace mucho tiempo que no me siento tan contento como hoy, aunque me escuezan los pulmones con el esfuerzo

inusitado. Hice bien en salirme de la rutina, cómoda, pero tal vez un tanto embotadora, de mi vida. Extraño, pero de repente veo los gestecillos de esa vida — mi afán por ponerle aceite al gozne, de meter las hormas a mis zapatos, por cerrar la luz en el pasillo, cuando Rosa la deja encendida inútilmente — y recuerdo sus ritmos regulares y aposentados — mi casa tan bien cuidada, el periódico sobre la bandeja por la mañana, y el clavel solitario en la mesa cuando Rosa me sirve la cena — con un sentimiento de ternura inefable, como si perteneciesen a la vida de otro, de un amigo bien querido, que acabase de morir.

Allá lejos en la playa están tirando de su red los pescadores. Parece un juego infantil: el de atrás suelta el cabo y se pone adelante, todos tiran fuerte, y el que queda atrás... ¡Qué tranquilidad! ¡Qué sosiego me produce observar el trabajo ajeno!

Ahora me arrimo al agua y dejo que las olas me laman los pies. El agua está fría, pero me agrada la sensación de estar de nuevo en contacto con el mar. Recuerdo cómo me gustaba salir en velero, cuando era joven, respirar el viento marino y surcar las ondas silenciosamente con la brisa silbando entre el palo y la vela... mi respiración se ha alargado y se acompasa con el ritmo de las olas.

Algo está bamboleando en las olas, más allá de donde rompen. ¿Un tronco? ¿Quizás la quilla de algún barco naufragado? No. Es algo blando, fofo, que se tuerce con las olas que lo arrullan. Se acerca, luego la resaca lo retrae. Pero esa ola grande que se amontona tras las otras, ésa lo traerá, lo está trayendo, y lo reposa aquí a mis pies, entre la baba salitrosa. Es un hombre lívido y verdoso en las extremidades, flotando cara abajo a mis pies. Otra ola le da la vuelta, y estoy mirándome en el agua, sin asombro, mi rostro inflado y sonriente, mis ojos abiertos en una expresión de sereno contento. Me vuelvo hacia la tierra para pedir socorro, pero veo que en la arena por donde acabo de venir no hay ninguna huella humana, sino sólo el dibujo que han dejado las gaviotas, y me viene un pensamiento absurdo: ¿qué será de mis zapatos, allí en su escondrijo debajo de la escalera?

---

Los buenos amigos

---

Javier y Diego eran tan buenos amigos que no se ocultaban nada el uno al otro. Javier era filósofo y Diego escritor. Habían estudiado en las mismas aulas, donde los dos fueron sobresalientes. Los aislaban de sus compañeros sus inteligencias y sensibilidades superiores. Su amistad se basaba en la solidaridad entre congéneres, venciendo la rivalidad natural entre dos contrincantes empatados tan parejamente.

Sobre todo lo superficial se hallaban de acuerdo. Rechazaban por un lado los valores desvirtuados de la burguesía caduca en que ambos nacieran. Por el otro, despreciaban a la nueva clase de tecnócratas, por no decir aprovechados, que imperaba en su país, donde la incultura popular era producto del pavor pánico de los gobernantes, ante cualquier manifestación del espíritu libre. Al mismo tiempo eran demasiado inteligentes, y lo que cuenta para más, demasiado escrupulosos, para seguir la pauta revolucionaria, desde luego puramente retórica, que tanto apasionaba a muchos de sus compañeros, cuyos sencillos corazones latían como tambores al son del más mamarrachoso eslogan contestatario.

Pero en lo fundamental, nacía entre ellos dos el desacuerdo que es imprescindible para toda amistad duradera. En materia de estética, Javier tendía a ser fenomenólogo. Por esto se entiende que miraba las cosas bajo el aspecto de su acontecer, en vez de tratar de definir su ser. Participaba en seminarios de lingüística, donde avanzaba las novísimas teorías de Chomsky con todo el fervor de un apóstol. Editaba una revista de vanguardia, dedicada a temas cuales «la masculinización del arte». Javier era pálido verdoso, como un santo del Greco, y jamás bebía nada más fuerte que la tila.

Diego, en cambio, fumaba marihuana, bebía Chinchón seco, y se dejaba melena, barba y bigote. Reconocía el valor y el acierto de cuanto pensaba Javier sobre temas de mutuo interés, cuales arte y filosofía, pero procuraba inspirarse sólo de sus propias vivencias, rechazando la aplicación de términos categóricos o analíticos a su obra literaria. Tenía fe en su propia irracionalidad como fuente de inspiración, cosa que espantaba a Javier.

Los dos amigos tenían su mesa en cierto café, al que acudían los sedicentes intelectuales y artistas del infeliz país en que vivían, para quejarse. Era una institución importante —tal vez la que más— de la vida cultural del país, ese locutorio de escritores que no escribían y pintores que no pintaban. Siempre, incluso tras una ausencia de varios años, podíase volver a ver a la misma gente, sentada en la misma mesita de mármol, haciendo pasar las largas, vacías horas de la tarde, sacándole mayor duración a un café con leche que en cualquier otro lugar del mundo. Diego sospechaba que a los clientes más tenaces los levantaban los camareros, al cerrar por la madrugada, y los colocaban sobre la mesas, empotrados en sus sillas de terciopelo granate. Por la mañana les quitaría el polvo con plumero la mujercilla sin rostro encargada de vigilar el urinario de caballeros (por si las moscas). A las seis de la tarde, la abundante clientela se entretenía refunfuñando ruidosamente contra todo y todos, soltando chismes y exponiendo —«hombre, si lo digo yo»— pareceres fundados en la más cabal ignorancia, en una atmósfera cargada de humo de tabaco negro y miradas ora ansiosas ora despectivas. A Javier y Diego no les quedaba más remedio que alternar con esta gente, cuando se hartaban de sí mismos, o el uno del otro.

Javier trabajaba en casa de sus padres, donde un tío abuelo, catedrático en mejores tiempos, había dejado una biblioteca con aparadores de caoba, y una colección de textos filosóficos medievales. A Javier le apasionaban los oscuros textos de Domingo Gundisalvo; la relación que trazaba Raimundo Lulio entre el saber y la realidad; la noción cabalística de que el universo es un libro absoluto, y que todo es escritura. Como cierto hidalgo manchego de antaño, llegaba hasta a creer que lo que hallaba en sus lecturas fuese real y verdadero, y ¿quién diría con certidumbre que no lo fuera?

Diego escribía, desde algunos años ya, una novela, en la buhardilla que se consiguió al llegar desde su provincia a

estudiar en la capital. Iba a ser una obra descomunal, de un género nunca visto hasta entonces en la literatura nacional, creando nuevas formas narrativas, de acuerdo con las singulares experiencias que relataba. La obra había pasado por sendos avatares, y todavía no se definía a sí misma. Mientras tanto, Diego escribía cuentos, poemas, y algún que otro drama. Sobra decir que ninguno de estos últimos llegó al escenario, dizque por cosas de la censura.

Al terminar sus tareas diarias, los dos amigos se encontraban en el café. Dejaban que se les reuniese alrededor un grupo de compañeros, y se ponían a discutir sobre algún tema de actualidad: sexo, política, sexo, literatura, o sexo. Casi siempre acababan llevándose la contraria el uno al otro, para que resultara más interesante la tertulia. A veces llegaban hasta gritar, y aparentar un desacuerdo tan furioso que los compañeros, de ademán más manso, se asustaban y trataban de apaciguarlos. Pero después, cuando Javier y Diego se hallaban a solas, en la buhardilla de éste, o vagando errabundos por las calles de la ciudad, se reían de la estupidez de los demás, y hablaban sosegadamente, dándole vueltas al tema que fuese, con objetividad y acierto desinteresados.

En cuanto al sexo, como en la política, se hallaban muy de acuerdo: Diego solía prestarle la buhardilla a Javier para que fuese a follar con niñas que ambos estimaban estúpidas, y luego Javier le contaba los pormenores del asunto a Diego, con lo cual se reían a gusto. Diego a su vez prefería a los muchachos, puesto que le suponían menos compromiso. Así, nunca hubo siquiera rivalidad sexual entre los dos amigos. Esto no impedía que delante de los otros permitiesen propagarse el mito de que fueran amantes, ya que por aquellos años se había impuesto la moda homosexual entre la élite intelectualoide, y no convenía discrepar de los buenos modos, si se iba a vivir en sociedad.

Llevaban, en resumen, la vida que se presta en un país cuyo lema nacional podía ser «prohibido el paso», donde las personas de talento acababan por amargarse y estancarse, retorciéndose en la elaboración de estériles quimeras, y terminando por buscar el daño propio, lo mismo que un león cautivo en una diminuta jaula. Dependían el uno del otro por la única comprensión asequible en ese desierto espiritual que habitaban, hasta tal punto que al uno y al otro, estando solos y reflexionando, les espantaba a veces darse cuenta hasta

qué grado había llegado esa interdependencia; y les aterraba el saber que arriesgaban volverse locos del todo si no pudiesen conversar con el amigo, decirle sus verdades, y confiar en que sería captada su onda.

No que se entendieran llana y lozanamente, así no más y a secas. No se trataba de una amistad sencilla, entre seres sencillos, sino del entrecruce de dos seres sumamente complicados. Así jugaban entre ellos a estratagemas intelectuales y emotivas, que alcanzaban con frecuencia un alto grado de crueldad. Ya consta que eran tan buenos amigos que no se ocultaban nada el uno al otro. Pero esa franqueza no era de la barata, que se concede a base de una complacencia, tácita o patente, ante los hechos y los pensamientos del prójimo. Al contrario, mantenían una actitud de hipercrítica mutua, frente a las acciones y motivaciones respectivas, aprovechándose de sus conocimientos psicológicos, para encontrarle al gesto o al dicho más aparentemente inocuo, pletóricas implicaciones nefandas, y para ver, en la frase o expresión más simple, artilugios esotéricos.

Así cuando Javier le devolvió a Diego una novela prestada, con una tarjeta postal de la *Pietà* de Miguel Angel inserta frente a la página en que la heroína se suicida con lejíá, Diego dedujo que el deseo subconsciente de él era de matar a su propia madre. Después de mostrar cierta reserva, Javier concedió que quizá Diego tuviera razón.

En las tertulias se tendían zancadillas tratando de hacer que el contrincante cayese en la sandez involuntaria, o en la sinrazón. Pero eran ambos muy duchos en este juego de sonsacar, y pocas veces caían.

En sus diálogos privados, otro juego se imponía: el de dejar sin declarar algún factor cardinal del discurso (como por ejemplo el hecho que hablaban de algo que ambos ignoraban, y que además sabían ambos que ambos lo ignoraban) hasta que llegase un momento en el que proseguir la plática, sin sacar a lucir lo oculto, se hacía más y más difícil. El triunfo consistía en aguantar lo más posible, y obligarlo al otro a ser el que dijera: «¡Pero si ni tú ni yo sabemos de qué estamos hablando!»

De estos modos, y muchos más, que no vale la pena relatar, se alejaban de la realidad vulgar y cotidiana, en cuya existencia Javier se abstenía, como buen filósofo, de creer, pero que Diego en sus entrañas sabía ser la matriz necesaria de su creación.

Hacía bastante tiempo que Diego se sentía varado en su trabajo. Sus cuentos le parecían insípidos, sus dramas inverosímiles, y su poesía estéril. Presentía la necesidad de algún cambio radical en su vida, quizás de una acción tajante y cortante, que no se sometiera tan fácilmente a la disección que practicaba cada día con Javier sobre su experiencia. Comenzaba a achacar su frustración artística a la vida de invernáculo que compartían, en la que todo era examinado bajo la lupa de la interpretación inmediata, y nada podía quedar en un silencio decente, desde el cual el ímpetu creador pudiera buscar sus propios cauces de expresión.

Había llegado la primavera repentinamente, y, con el cambio de atmósfera, Diego se había sentido de nuevo inspirado, tras un período nulo de varios meses. Desde algunos días atrás, trabajaba en un cuento nuevo. El día que se lo anunció a Javier, estando ambos sentados en la terraza del café (por una vez sin la sólita escolta de los contertulios), Javier encontró a su amigo exaltadísimo, de ánimo subido.

Fue picada su curiosidad. Quiso saber de qué trataba el cuento nuevo.

—De nosotros dos —fue la respuesta. Pese a los ruegos de Javier, Diego se negó a dilucidarle más.

—Lo verás cuando esté terminado —le dijo secamente, y cambió de tema.

Diego había sufrido un atraco, poco importante en cuanto a la suma robada, pero desagradable en cualquier caso, a consecuencia de un lígüe mal aconsejado con un chulillo, de los que brotaron con las flores, al salir el sol de primavera.

—Debí estar loco no notarle la pinta de caco que traía, pero, ¿qué se va a hacer, si esos son los que me gustan? Voy a conseguirme una pistola para la buhardilla, si acaso alguno me da guerra. Sólo para asustarlo, claro, aunque sería divertido jugar a la ruleta rusa, ¿no te parece?

A Javier no le parecía nada por el estilo. Se quedó, además, un tanto resentido cuando Diego se negó a contarle más sobre su nueva obra. Nunca había sucedido cosa semejante. Diego siempre le había expuesto sus ideas en el momento de concebirlas, solicitando su criterio. Javier no volvió a abordar el tema, pero lo tomó a signo de desconfianza. «¿Y cómo me habrá puesto en el cuento?» Esta pregunta callada lo inquietaba.

Una tarde de esa misma semana, acordaron ir al cine

juntos. En vez de citarse en el café, del que ya estaban hartos los dos, Diego le propuso a Javier venir a su buhardilla, y salir de allí. Javier llegó a la hora prevista y tocó en la puerta. No hubo respuesta, así que la abrió con la llave que Diego le prestaba para sus ligues.

La buhardilla estaba decorada con carteles de arte gráfico a lo pop, y el mobiliario consistía de una mesa maciza de trabajo, una silla, una estrecha cama con frazada india, de muchos colores, y un armario, cerrado con llave, donde Diego guardaba sus manuscritos, y la poca ropa que usaba.

A Javier le extrañó, después del entredicho acerca del cuento nuevo, encontrarse el manuscrito sobre la mesa, ni siquiera guardado en el cajón de la misma, sino explayado a plena vista. Estaba redactado a máquina, con garabatos, rayaduras e intercalaciones en lápiz. Javier no sabía si Diego lo habría ya acabado, o si había sido un descuido el dejarlo así a la vista.

Ante la probabilidad de que Diego llegaría de un momento a otro, Javier vaciló antes de coger el manuscrito y ponerse a leerlo. Tuvo un menudo acoso de remordimiento al hacerlo, pensando que quizás tuviera razón Diego en no quererle mostrar. Quizás a veces, entre amigos, fuera preciso callar algunas cosas. Además, el proceso artístico difiere cabalmente del intelectual. Este goza de estar abierto a la constante crítica y a la luz de muchos puntos de vista, pero aquél es como una semilla que se mete bajo tierra, y necesita el abrigo de la oscuridad y el calor sepulto para que brote algo duradero. Así se lo había explicado Diego alguna vez, y Javier, reacio a creer en lo irracional, había tenido que confesar que él mismo sería incapaz de realizar una creación artística, quizás por el hecho mismo de proceder siempre a la plena luz del raciocinio. En cierto modo, Javier le envidiaba a Diego su capacidad irracional, aunque siempre, en su fuero interno, se consideraba más inteligente que él.

Vencidos sus pocos escrúpulos acerca de leerse el cuento prohibido, Javier quedó algo sorprendido al ver lo que decía. Comenzaba con la frase: «Javier y Diego eran tan buenos amigos que no se ocultaban nada el uno al otro.» Procedía a dar un breve resumen de quiénes eran estos dos personajes, cuáles eran sus pareceres, y en qué consistía su amistad. Todo lo que decía el cuento era cierto, sin invención alguna. Javier le notaba la ausencia del lirismo que solía

abundar en la prosa de Diego, y que muchas veces Javier le criticara por lo cursi. Le alegró ver la paucidad de metáforas e imágenes. Era un relato lozano y directo.

Mentaba el café donde solían encontrarse, las tertulias que mantenían, y pasaba refiriéndose, sin demasiado precisar, sobre las tretas y artimañas que solían jugarse los dos amigos. Luego relató el hecho de que Diego escribía un cuento por el que Javier mostraba gran curiosidad, que Diego se negó a satisfacer.

Javier quedó despavorido al leer el relato de su llegada a la buhardilla de Diego, para irse juntos al cine; del encontrarse allí a solas, y ponerse a leer el cuento prohibido.

Las frases del cuento relataban acertadamente la vacilación de Javier, sus reflexiones acerca del proceso artístico cotejado con el intelectual, el resabio de envidia que sintiera Javier hacia Diego por su capacidad creadora, y el susto que le dio, al ver que el cuento era una jugada magistral, un artilugio en el que Javier había caído como fiera en cepo.

Lo que más rabia le dio fue el acierto que Diego tuvo en saber que Javier se estimaba más inteligente que él (cosa que a pesar de su confianza siempre le había ocultado) cuando el hecho de estarlo leyendo comprobaba, si no lo contrario, por lo menos que Javier no lo era hasta el grado que se suponía.

Javier habría sido ya incapaz de dejar de leer el cuento, aun si Diego hubiese entrado por la puerta. Sentía un mareo, como si de repente hubiese entrado en una nueva realidad irreal, en la cual sus pensamientos ya no le pertenecían, sino que eran prefigurados, como en un pesadilla cabalística, determinados por las palabras que Diego había escrito en estas páginas, burlándose de Javier como de un títere al que le tiraba de una cuerda para hacerlo bailar.

Además, ni siquiera sus pensamientos reflexivos quedaban a salvo de la prefiguración. Cada razón que le surgía para explicarse el fenómeno, que ya le parecía una broma algo pesada, constaba allí en la página: «¿Cómo pudo saber Diego lo que pensaría Javier al ver el cuento sobre la mesa? ¿Cómo sabía que Javier no sería capaz de dejar de leer el cuento, aunque supiese que con cada palabra leída se metía más y más adentro en la maraña?»

Todo sucedía exactamente tal y como lo estaba relatando el cuento que Javier leía, pálido y tembloroso. El texto

incluso prefiguraba la contienda de su mente contra la tentación de ceder al impulso, tan extraño para él, racionalista supremo, a creer que se trataba de un acontecimiento mágico. Fue un impulso irracional, desesperado, el que sintió Javier, a dejarse hechizar por el misterio. Era como si el mundo se le partiera, cual un globo de cristal, al ser alcanzado por la voz de un tiple atinando en su punto débil.

¡Era imposible! La mente de Javier se amotinaba contra semejante ocurrencia. Diego no podía tener conocimientos anteriores, desprendidos de los vínculos del tiempo y del azar, de lo que haría y pensaría Javier. Tenía que haber una explicación racional para todo esto.

Pero, ¡claro que sí! ¿No la leía con sus propios ojos? Javier pensaba exactamente lo que decía el cuento, porque lo estaba leyendo. Si dejase de leerlo, ya no estaría pensándolo, porque su mente se iría por su propio camino, en vez de seguir la pauta que las palabras del cuento le sugerían.

Vino la duda: ¿qué tal si él dejase de leer el cuento, pero que el cuento siguiera acertando en lo que él pensaba, incluso sin que él, no leyéndolo, lo supiera? Había que seguir leyéndolo para acabar con la duda, en la cual le sería insostenible quedarse, y así sus ojos seguían pegados a la página, traduciendo su nefasta sugestión a la mente de Javier, cautiva en la onda de Diego.

Claro, no se trataba de nada fuera de lo natural, ni del conocimiento anterior, sino de una especie de hipnosis producida por el hechizo de las palabras mismas. Pero a Javier le hubiera molestado menos, quizás, pensar que se trataba de un caso taumatúrgico, que no el verse cautivo de esta manera, pensador de los pensamientos que Diego le suministraba, a través del cuento. Le molestaba profundamente el darse cuenta que Diego cobraba sobre él un funesto imperio, mediante el sortilegio de las palabras, como si estuviera demostrándole de una vez por todas, que la creación es maestra y la inteligencia esclava.

Ya Javier de ningún modo podía ganar esta partida. Si dejaba de leer el cuento, así librándose del sortilegio, se daba por vencido. Si seguía leyéndolo, ¿hasta dónde no iría a parar?

Entre ellos dos, tan buenos amigos, unidos por estrechos vínculos de rivalidad y temor mutuos, sólo cabía una manera de responder a los desafíos: requintando la apues-

ta. Este cuento era una jugada, quizás la última jugada, dentro de las muchas que a lo largo de su amistad, habían ido sustituyéndose a la vida que los demás consideran real. Ellos dos habían descartado, desde mucho tiempo atrás, la superchería de creer que las palabras se refiriesen a entes verdaderos, rechazando así la esclavitud que impone a la mente el permanecer por dentro de las categorías lógicas aristotélicas, meras sombras del lenguaje, falseadoras de la experiencia. Si en algo estaban de acuerdo, en el plano filosófico, era en que la así llamada «realidad» era algo inaccesible, un mero constructo hipotético, un modelo, según el cual ordenamos nuestros conocimientos, pero que sólo es eso, un concepto, y nada más.

En cierto modo, eso consolaba a Javier, presa del terror al verse atrapado en una red de contingencias circulares, centradas todas en la incertidumbre que le producía este cuento, acerca de su propia identidad, de su libre albedrío, de su franquicia como ser independiente. Si nada era real, el ser irreal quizás no fuese tan grave.

Sólo se trataba de una jugada, y entonces la congoja y furia que sentía Javier, al verse caer en el ardid, quizás no fuesen justificadas. Había que buscar una contraofensiva. Había que requintar la apuesta del modo que fuese. Javier no podía seguir sencillamente leyendo, dejándole toda la iniciativa a Diego. Le tocaba a él, a Javier, cambiar el tercio del juego.

Pero al leer estas palabras supo Javier que Diego, quien las escribiera, ya las había previsto, y que estaba al acecho de cualquier artimaña que Javier pudiera inventar. Ya las habría previsto todas, así bloqueándole a Javier la salida de este laberinto. Más bien que broma o jugada, este cuento era una amenaza contra Javier, contra su mismo ser.

La cólera montó en él, al imaginarse a Diego: ¿No estaría en el pasillo, taimado y repugnante, gozando de su triunfo, esperando a que Javier terminase el cuento, para entrar, y humillarlo con una sonrisa hipócrita? Javier luchaba con todas sus fuerzas intelectuales contra la emboscada que Diego le tendiera, pero no le hallaba remedio. Ni siquiera le quedaba la opción de volver a poner el cuento sobre la mesa, y hacerse el desentendido cuando entrase Diego por la puerta, porque ya, con estas mismas palabras, eso también estaba previsto. Además, Javier temblaba de rabia hasta tal punto que no hubiese sido capaz de ocultársela a su amigo.

Así, seguía leyendo, tropezando paso a paso en los cantos de un sendero sin regreso, que lo apartaba de lo que había sido él, Javier, convirtiéndolo en personaje ficticio, en avatar de la fantasía de Diego. ¡Hasta sus mismos sentimientos rebeldes e iracundos formaban parte del designio de Diego, para atormentarlo y divertirse a costa de él!

Una sola cosa consolaba ahora a Javier; el hecho de que el cuento llegaba a su fin. Se resolvería de alguna manera u otra. ¿Pero cómo? Tal como iba, era un círculo vicioso del que no había salida posible; y Javier sospechaba que Diego no querría dejar las cosas sin resolver.

Habría una sorpresa —el remate insospechado era una de las tretas novelescas preferidas de Diego— pero para ella, habría de intervenir algún elemento allende el círculo de las palabras de Diego, que dictaban el tiempo vivido por Javier, en un perpetuo vaivén con esas mismas palabras. El tiempo en que Javier era presa de la fantasía de Diego, tenía que acabar, puesto que el cuento tenía que acabar. El tiempo del cuento era distinto del tiempo cotidiano, pero cabía dentro de él y a él tendría que regresar.

Este tiempo, el del cuento, no sólo le parecía eterno a Javier, impaciente por que llegase a su fin, sino que de hecho lo era, puesto que era el cumplimiento dentro del tiempo, de un avatar eterno, prefigurado a su vez por otras palabras, escritas por alguien, que a lo mejor lo escribía a Diego, tal y como Diego, ahora, lo escribía a Javier.

Así, el tiempo de Javier cabía en una serie de tiempos inclusivos, centrados, para él, en el íntimo tiempo suyo, el de su pensamiento, el cual quedaba, por el hecho de estarse leyendo a sí mismo en el cuento de Diego, reducido a la mera ficción de unas palabras, escritas por alguien, quien a su vez era escrito.

Era como si sus fantasías filosóficas más rebuscadas se hubiesen vuelto actualidad, en una pesadilla que a Javier lo empujaba hacia la locura. ¡Había que romper este círculo vicioso!

La única manera de revolcar este monstruoso fraude, este embolado que le estaba jugando a Javier la realidad, mostrándole su rostro oculto, mediante una broma malograda de Diego, era suprimir a uno de los jugadores, rompiendo así la conexión, y devolviendo al superviviente a la cómoda realidad cotidiana, y al tiempo corriente, tan consolador.

Estas mismas palabras le sugerían una salida a Javier: la de saltar desde la ventana a la calle, seis pisos abajo.

Diego se burlaba de él, porque ya que esa salida estaba prevista en lo que Diego había escrito, el tomarla sólo equivaldría a cumplir un tercio más, el último, de la grotesca comedia, en la que Javier se hallaba de protagonista y espectador de una misma vez, así dando el último paso en ese sendero de cepos, que Diego le tendiera.

Quedaba otra alternativa: matar a Diego. Eso también estaba previsto por estas palabras, y por lo tanto era cumplir un avatar ajeno, pero tenía la ventaja de satisfacer el deseo de venganza que el verse así enmarañado producía en Javier.

Llegó, como tenía que llegar, el momento en que la razón cedió a una ráfaga de pánico. Javier abrió el cajón de la mesa, donde encontró el revólver. Con manos sudadas y temblorosas, lo colocó sobre la mesa, junto a la última página del cuento.

El remate de este cuento no te decepcionará, querido Javier, porque serás tú quien lo escribas. El revólver está cargado, con una sola bala. Estoy en la puerta. Te acecho. Acabo de oír el crujido del cajón mal ajustado. Sé que tienes el revólver debajo de tu mano. Dentro de un momento, voy a entrar por la puerta. Si no dispara cuando aprietes el gatillo, voy a agarrarte la pistola y veremos lo que pasa.

¿No te parece linda la jugada, la última jugada? Ya me cansé de apuestas chicas. Entre tan buenos amigos como nosotros, sólo caben las mayúsculas. Si salimos de ésta, seremos mejores amigos que nunca. Debo advertirte que la puerta del pasillo a la calle está cerrada con llave, una llave que tú no tienes. Así que ya ves lo que puede el escritor. A ti, filósofo te queda el desenlace.



---

La razón de la sinrazón

---

No sé dónde empieza este relato, ni si es relato, ni si es o no es verdadero. Además, me es muy difícil agarrarme al recuerdo de algo, que no sé si de veras ocurrió. Tan difícil es como captar el timbre exacto de su risa cuando él se me plantaba por delante, pausando en un sendero de aquellos que atraviesan estos prados y jardines que diviso desde mi estudio, aquí en lo alto. Me miraba con una sonrisilla entre guasona y petulante, que él solía asumir para soltar extravagantes ocurrencias, y decía: «¿cómo estás tan seguro de que existes?»

A veces pienso que su risa era semejante a la de una elegante y bella dama, que por pura educación permite a un quídam lisonjearla, despertando en él, sin querer, irremediables esperanzas. Lo trata con esa indulgencia que se muestra a perros grandes y a niños chicos. Pero la risa de Simón era triste, como si la dama hubiese deseado no tener que mantenerse en su aislada cumbre de lozanía, y poder, en cambio, haberle dicho al importuno: «vete a freír espárragos».

Otras veces recuerdo su risa más macabra, como la de un soldado supersticioso, en la trinchera más adelantada del frente, al que le toca, en la víspera de una ofensiva en territorio enemigo, el as de espadas en el póquer.

La reconstrucción de lo pasado ocurre en lo presente, y no es posible desengranarla del momento actual, que ocasiona el recuerdo. Acabo de venir a pie desde el colegio mayor en el que habitaba mientras recibí la enseñanza en filosofía, que ahora retransmito como catedrático de esta facultad, a los escasos alumnos que se interesan por materias tan arcanas. Vine, pues, atravesando el conjunto de praderas de rapado

césped, vergeles floridos, y avenidas arboladas, que bordea el río Cam por ambos lados, separando los colegios mayores de los campos que se extienden allende las facultades, por una franja de naturaleza amaestrada, dispuesta en formas caprichosas, que reflejan los idiosincráticos gustos en jardinería de cinco siglos académicos. Es un ámbito reducidísimo, si se lo estudia en el mapa de Cambridge que pende en la portería de la facultad. Apenas mide dos o tres kilómetros cuadrados. Pero contiene, y barrunto que no sólo para mí, recintos, perspectivas, escondrijos y encrucijadas, donde la elección o la costumbre se ejercitan, y el recuerdo o la esperanza se atizan, multiplicando su tamaño hasta potencias que desconoce la matemática.

Allí, como tantas veces en los últimos años, di a pensar en Simón. No creo que ocurriese ningún incidente en particular, sobrevenido en el camino, para recordármelo. Ultimamente hacía ya bastante rato que lo tenía olvidado. Los quehaceres del comienzo de curso, el tener que preparar nuevas conferencias sobre la teoría del conocimiento, y las juntas administrativas de la facultad, habían ocupado mi cerebro con sus insignificancias. Durante estas épocas intensivas, suelo sentirme feliz. Funciono bien, como la máquina adiestrada de pensamiento racional que soy. No me preocupo por las ocurrencias de mi espíritu emotivo, que suelen acallarse. Por lo general tomo el autobús para llegar a la facultad, en vez de atravesar a pie las praderas. Paso por las calles principales de Cambridge, bulliciosas de bicicletas y estudiantes con mejillas rubicundas, sus togas negras y azules abombándose en el viento de octubre. Viéndolos a los novatos, con sus expresiones ávidas y optimistas, me permito, a lo más, reflexionar que ocho semanas de dieta colegial acabarán con los rubores de sus rostros. Pero no me dejo entregar a otros, más lúgubres barruntos; aunque a veces sienta la tentación de adivinar cuáles serán aquellos que, por probabilidad matemática, basada en las estadísticas de los últimos años, verán sus carreras académicas interrumpidas por el suicidio.

Mas hoy, un día sin clase, a primeros de diciembre, me dio por venir caminando a mi estudio. Me aburrían mis habitaciones del colegio mayor. Los tres cuartos amplios y cómodamente amueblados que me concede Trinity, están en la planta baja, y dan sobre uno de los patios interiores, donde pasan día y noche estudiantes, porteros, profesores, y turistas,

cada uno con empeños y pensamientos particulares. A veces me provoca fastidio verlos, aunque rara vez podría decir que me molesten con sus ruidos, u otras inconveniencias. Es que sus meras existencias, como la mía, me resultan absurdas e inexplicables. No llego a comprender, por más que me esfuerce, por qué muestran afanes, y son movidos por impulsos, que les son particulares, cuando igual podrían no existir sin que por eso se inmutara el universo.

En la lógica solemos distinguir entre las proposiciones necesarias y las contingentes. El hecho de que exista algo que llamamos «sociedad» implica por necesidad que existan las personas; Pero el hecho de que las personas existan, no implica la existencia de la sociedad. Cada cual podría existir por separado. Observando la escasa importancia que tiene cada vida, la existencia de cada ser individual me parece innecesaria.

Para no sufrir el fastidio que me producía presenciar el espectáculo humano en el patio del colegio, que llenaba la pantalla de mis ventanas, decidí venirme al estudio, situado en el tercer piso de la nueva facultad, con amplias vistas sobre las copas de los árboles, los pináculos de Kings, y la torre lejana de la iglesia católica.

Cuando me paseo por las calzadas que bordean sus acequias, formando arrecifes entre los céspedes manicurados; cuando cruzo puentes de arcos ampulosos, bajo la vigía de estatuas barrocas, sus nobles y patéticos gestos, y sus exuberantes revuelos de pétrea seda, tan sosegadamente resentados sobre zócalos de cuadratura sólida y maciza; cuando un juego de reluz y sombra punza la niebla vespertina involucrando la ribera; entonces recuerdo a Simón. Mis pasos son imantados hacia los atajos que él y yo nos abríamos entre montones de hojas gualdas y rojizas, durante ese desvanecido otoño, que tal vez no exista sino en mi imaginación, pero que ahora creo presenciar tan vívidamente como este que tengo presente, que veo consumiéndose por mi ventana en un fuego lento de tizonos mojados. Entonces me doy cuenta que palpita su recuerdo bajo la película de lo presente, como un ritmo lento y tenaz, abarcando las síncopas descompasadas de estos momentos. Es una figura rítmica intercalada entre el rumor de tambores lejanos en la selva de mi imaginación, donde el recuerdo se confunde con latidos más antiguos que mi propia identidad. Por eso no me desconcierta demasiado el no saber

si Simón existió real y verdaderamente; ni si mi recuerdo de él es mera alucinación; ni si yo, en recordándolo, obligatoriamente existo.

Desde luego sería más fácil mentir, o si se prefiere otra palabra menos recargada de emotividad, novelar. Todo se pondría más claro si reuniese mis recuerdos de Simón, los ordenase en sentido cronológico, y me pusiese a relatar este asunto desde el principio al fin, sometiendo la experiencia recordada o imaginada, a las exigencias lógicas de la ficción. Pero eso sería desvirtuar y falsear aquella experiencia o fantasía, porque sucede que ni sé en qué punto exacto comencé a recordar a Simón, ni en cuál orden se sucedieron los hechos que desde algún tiempo atrás vienen ocupándome la mente. Además, tratar de hacerlo me sería imposible, porque su recuerdo es mucho más que un recuerdo para mí: a Simón no lo llevo sólo en el fichero del cerebro, para poder sacarlo a la luz de vez en cuando, como un poema amarillento. Lo llevo como una piel debajo de mi piel. Cuando mi pellejo se lesiona, él lo sustituye, como un injerto desde abajo, y como todo ser viviente, él cambia de rato en rato, y muchas veces las imágenes se contradicen.

Por eso, ahora que me pongo a escribir acerca de él, he cerrado las persianas de mi estudio, para no ver más, en la penumbra sugestiva de la tarde, el ámbito de árboles, senderos y canales, que contiene todos mis recuerdos de él. No quisiera que la duda acerca de mi propia existencia actual, acicateada por la sombra que poco a poco vence la luz, borrando los perfiles de las copas de los altos olmos bajo mis ventanas, me impidiese reevocar los rasgos de aquel joven suicida, cuya vida, en cierto modo, me pertenece.

Quizás, de haber relato y que tuviera comienzo, comenzaría el relato, no el de Simón, sino el de mis recuerdos, cuando creí verlo en el autobús. Hará casi veinte años de ello, porque si recuerdo bien, debía ser todavía estudiante. No sé si por entonces yo sabía que él había desaparecido. Para decir la verdad, tampoco sé de seguro si hasta entonces yo me hubiese percatado de su existencia. Me hallaba sentado, un día apacible de primavera, en el banco de la parada de autobús frente a la puerta férrea, que abre sobre la avenida curva que ladea la pradera campestre de Kings. La ilusión de la naturaleza es producida por dejar crecer la hierba, en vez de tenerla al ras como en los otros colegios, y por mantener sobre ella un

hato de vacas pintas que apacientan frente a los pináculos góticos de la capilla, contrastando con la fachada renacentista de Clare y con la neoclásica del edificio de Gibbs.

Que yo sepa, no tenía la intención de irme a ninguna parte. Creo que sólo descansaba, esa tarde, tras haber pasado un examen bastante pesado de psicología filosófica. Pero mi recuerdo del acontecimiento, como de todo cuanto concierne a Simón, está tan trabajado por la suposición y la análisis retrospectiva, que no me atrevería a asegurar cuál era mi intención estando sentado allí.

Precisamente de eso había tratado el examen que acababa de pasar: del problema de la voluntariedad y de las intenciones, y de cómo se han de describir las acciones llamadas involuntarias. Todavía daba vueltas en mi cerebro todo un enjambre de razones intrincadamente contrapuestas. Por un lado se podía sostener que toda acción es resultado de la voluntad, y que las obras que llamamos involuntarias, no son ni más ni menos que el producto de intenciones que desconocemos, pero que no por eso dejan de ser voluntarias. Esto suscita sendos problemas, tales cuales si la intención tiene que ser anterior a la acción, o puede irse formulando al mismo tiempo que se obra, y así *ad nauseam*.

Por otro lado, se diría que la voluntad, por definición, tiene que ser consciente, y que muchas de nuestras acciones son el resultado del mero azar, o del imperio que en todo momento ejercen sobre nosotros las circunstancias. Además de estas dos posturas contrapuestas, había muchas intermedias, que objetaban diversos modos de plantear todo el asunto.

Yo, por mi parte, no conseguía alistarme en ninguna de las filas contrincantes. Me había limitado, en el examen, a discurrir sobre los argumentos divergentes, sin osar avanzar un juicio. Esa táctica me aseguró el éxito, y condujo luego a los cargos académicos que ocupo.

Vino, pues, el autobús, y descargó a tres turistas norteamericanas. Eran las clásicas matronas yanquis, el pelo teñido de azul, gafas engarzadas con bisutería, pendientes de collares de cadénilla, narices como picos, y ojos como monedas. En seguida las tildé de Myrtle, Mabel y Maude. Me asombró con qué atino la realidad puede reproducir los prototipos imaginarios. Eran personajes de sainete. Sus voces roncas y ademanes hombradosos y campantes hacían de ellas mujeres que

han enterrado a tres esposos cada una, y que con las cómodas herencias vienen juntas a «hacer» Europa. Eran caricaturescas desde luego, pero gozaban, sin embargo, de una realidad terrible, demasiado real precisamente por el hecho de conformarse con un patrón consabido. A su lado, mi tímido y pardo simulacro del género «estudiante» era una burda aproximación. Tal fue el aterramiento que me inspiraron estas exóticas aves del infierno, que no fue sino al arrancar el autobús cuando me fijé en el reverso de una cabeza rubia, con cabello rizado, más bien corto, que se hallaba enmarcada en el cristal del autobús. Pese a mi asombro, en seguida pensé que sería Simón. Esa forma tan característica de su cabeza, un poco abovedada encima, no podía engañarme.

Salté del banco, olvidando que vestía mi toga negra de becario, en la cual me enredé. Recobrado el equilibrio, corrí tras el autobús en marcha, y, dando un brinco, agarrándome al pasamanos, conseguí abordarlo. La revisora de billetes no quiso dejarme entrar, pero le di una moneda de seis peniques y me lancé al interior. Una jóvenzuela zaheña me miró sobresaltada por el toque de mi mano en su hombro. Me ruboricé, y me senté en un asiento junto al cristal, procurando no hacer caso a las miradas desaprobadoras de los otros pasajeros.

Me sentí perplejo. Hasta unos momentos antes, si alguien me hubiese preguntado, «¿quién es Simón?», no hubiera sabido responderle. Pero ahora los recuerdos de él desfilaban por mi mente con toda la novedad de la memoria recobrada tras una larga amnesia provocada, quizás, por un putativo golpe en la cabeza, del que nada se recuerda. No lograba emplazar esas imágenes en ningún momento definido de mi vida. Ya que todas se vinculaban a Cambridge, supuse que podía por lo menos descontar mis primeros diecinueve años. Pero la fuerza de la evocación no me dejaba cavilar acerca de aledaños y precisiones semejantes. Fui sumido en el ensimismamiento del recuerdo con tal absorción, que me llevaba adonde no había tenido la menor intención de ir. Debo precisar aquí que caben muchas dudas en cuanto a todo esto. A la distancia de tantos años, no consigo discernir si los recuerdos que tuve entonces de Simón son los mismos que ahora recuerdo recordar, o si con los años que han pasado, en mi haberé inventado un cariz a lo que ocurrió entonces en mi mente, que en el acto no tuviera. Es posible que lo que ahora llamo recuerdos, entonces no fuese sino alucinación, pero en-

tonces, ¿cómo explicar que yo saltase al autobús en marcha con la clara idea de que aquella cabeza rubia perteneciese a Simón?

Entonces y ahora, mis recuerdos de él gravitan alrededor de una imagen central, la de aquella madrugada, después de que él me sacara del río, tras mi conato de suicidio. Del rescate sólo recuerdo el abrazo desesperado en el raudal que se vertía en la cascada al lado de una esclusa, bajo la fría luna de otoño. El puente de madera en Jesus Green, desde el que debí haber saltado, se dibujaba contra el cielo alumbrado de faroles de sodio, prestando a la escena una aureola irreal de amarillo y verde negruzco. No sé por qué habría saltado. Sería una de esas cosas impulsivas, que lo cogen a uno desprevenido. Pero al parecer, Simón me habría visto, y sin quitarse siquiera los zapatos, había vadeado la rasante de la cascada, donde me agarró, impidiendo que me desplomara en las aguas más profundas del cauce inferior, más allá de la esclusa.

De cómo llegaría a su habitación tampoco recuerdo nada. Sólo el despertar a la primera luz junto a él, en su cama. Me prestó ropa suya, que me venía bien, y salimos del colegio a caminar por la madrugada. Tuvimos que saltar el alto muro que da a la pradera junto al río, porque a esa hora todavía los porteros no habían abierto las cancelas. Atravesamos el puente y caminamos sin hablar, a lo largo de la avenida de olmos y cerezos que conduce hacia los portones del jardín amurallado. Abrimos las compuertas de hierro, cuyas filigranas eran proyectadas en sutiles arabescos sobre el césped rabiósamente verde.

Nos adentramos en el recinto. Delante de nosotros se erguían en dos filas, como las columnas de una nave de aire, luz, y sombra, los inmensos olmos holandeses. Sus ramas se arqueaban sobre el césped en un gesto de manos que se quieren alcanzar. Caminamos en silencio hasta el cancel de aquella catedral, en la que el aire parecía exento de gravedad, por su vahoso ámbito solemnizando nuestra solidaridad callada. El se volvió a mirarme, y, con el sol naciente en la cara, me retó esa pregunta, que sigue retumbando en mi memoria: «¿cómo estás tan seguro de que existes?».

Ahora, entre gatuna y corcinal, su mirada me busca desde el recuerdo de aquel jardín, y me recuerda la chispa de picardía que se acendró de pronto sobre su rostro al hablar-me. La pregunta me revela ahora, como entonces debió suge-

rir a mi entendimiento, que habríamos mantenido a la víspera un coloquio sobre el tema que él acababa de aludir: el de mi tentativa de suicidio, y la sensación de irrealidad que me habría impulsado hacia él. Es de suponer que yo saltaría porque me habría sobrevenido esa misma sensación de la cabal sinrazón de mi existencia, que tantas veces luego ha llevado a mi pensamiento en ese mismo sentido. Me habría dado un mareo de absurdidad. La inutilidad de mi existencia, ella misma problemática, ya que yo no encontraba bases seguras en la metafísica sobre las cuales asentarla, se me habría plasmado, al cruzar el puente cerca de la esclusa, en un gesto de abandono que me habría arrojado por su propia fuerza al río. Pero todo esto es mera suposición. De la impronta pregunta que me hizo Simón, se deducirá que habíamos abordado ya este tema, que desde entonces me obsesiona; mas de los pormenores de nuestro coloquio putativo, ni de quién sostuviera cuales razones, tampoco recuerdo nada. Sin embargo, la mera presencia física de Simón constituía, para mí, en ese momento, en el jardín amurallado, un reto a la fácil constatación que hasta la víspera yo había solido dar a mi existencia, aunque todos mis estudios me llevaban a ponerla en duda. De su cuerpo que despedía aún el relente dulzón y sudoroso de la noche, emanaba una aureola invisible, un campo magnético, que me hacía sentirme inseguro dentro de mi propia piel, como si mi físico sólo fuese la proyección de su energía.

Mis reflexiones sobre este encuentro se frenaron al llegar el autobús al cabo de la línea, en un suburbio obrero, lejos del centro. Tuve que bajar, y emprendí el camino de regreso a pie. En él me surgieron las sendas objeciones que el sortilegio del recuerdo había desviado, mientras el autobús me llevaba hacia su ignoto destino: ¿cómo podía tener un recuerdo tan nítido en partes, tan oscuro en otras, de algo que hasta hacía unos momentos había desconocido por completo? Parecerá extraño, y poco fidedigno en un filósofo, que yo aceptara la existencia de un pasado mío que acababa de instalarse en mi memoria aquella misma tarde. Pero como ya he dicho, aquello no me preocupa demasiado. Es la situación en que nos encontramos, si la examinamos con rigor, frente a todos los recuerdos: hay un problema de Russell que nunca ha sido convincentemente solucionado, a mi modo de ver: «¿cómo se puede comprobar que todo lo que existe ahora, existía de hecho hace cinco minutos, y que no ha sido creado tal y

como está, completo con sus quizás engañosos restos arqueológicos, etcétera, sólo hace unos momentos, y que nuestro recuerdo de lo pasado no sea sino un sueño colectivo?» Lo que vale para el universo, valdrá, pues, para mis modestos recuerdos. Ya que el enigma no tiene solución, no hay que preocuparse mucho de él.

Pero aun si yo quisiera prescindir de este argumento negativo, que nada prueba en sí, existe el hecho de que, caminando por los feos y sucios suburbios obreros que rodean Cambridge, tan ajenos a la gloria de sus iglesias y colegios mayores, me vino a la mente el recuerdo de sendas ocasiones en las cuales, al pasearme por las praderas junto al río, el humo dulzón de hojas quemándose apenas en la llovizna ya me había rementado al olfato el aroma de su piel, sin que yo entonces supiese que ese aroma le perteneciera a Simón. En el jardín con él, aquella madrugada de tan vívido recuerdo, yo había sentido que ese olor, algo terruno, entre el pan recién horneado y el tabaco de pipa, se iba calando en mi propio cuerpo, y que no se difuminaría ni lavándolo con estropajo y lejía. Esta sensación me había causado una alegría exorbitante, como si alejase con su presencia sensual las dudas que me afligían en ese momento, tras la pícara pregunta de Simón, acerca de mi propia existencia. Esto a su vez me explicaba por qué, en las ocasiones cuando el olor de hojas encendidas me hiciera pausar en el camino, yo sintiera tan extraña nostalgia, una pena indeciblemente tierna, como si ese aroma apenas perceptible, pero persistente, fuese la clave de un halagüeño recuerdo de infancia que jamás lograría volver a captar con toda claridad. Y al coligar aquella sensación nostálgica con la imagen de Simón dentro del jardín amurallado, me percaté del hecho de que mi piel había perdido ese olor, que tan impercedero me pareciera aquella madrugada con él, y comprendí que Simón había desaparecido para siempre, llevándose consigo algo mío, algo irrecuperable.

Pausando delante de una cantina, donde unos hombres toscos y mal vestidos bebían cerveza, en la calle gris de bajas casuchas, todas iguales, me di cuenta que había venido a parar en el lugar donde vine a hablar con su hostelera, después de recibir la noticia de su muerte, tras arrojarse desde el puente de madera junto a la esclusa.

El había ocupado una sola habitación en una de estas casas tristes y escuálidas, amueblada escasamente con cama y

escritorio, durante el año que siguió a nuestro encuentro inicial. Nos habíamos laureado juntos, yo *cum laude*, él a duras penas, y estudiábamos para el doctorado. En su pequeña habitación habíamos pasado largas horas de coloquios intensivos sobre todas esas cosas últimas que tanto entretienen a los estudiantes, convencidos de que con la razón y el entendimiento, alcanzaríamos a transformar el mundo.

Para decir la verdad, yo siempre había sido demasiado cauteloso para entregarme a los más desorbitados fantaseos filosóficos que a Simón le venían tan a pelo. El no hubiese estado hecho para ocupar un puesto de enseñanza académica. Su pensamiento era demasiado original, demasiado ardiente. Creo que es el único personaje que he conocido al que llamaría inspirado. Era todo lo que yo no era: romántico, atrevido, y, lo que nunca me fue dado ser, acérrimo partidario de sus propias opiniones. Junto a mi pálido sucedáneo de estudiante, él era el estudiante por excelencia, y en su presencia yo me atrevía a afirmaciones y osadías intelectuales, que no hubiese aventurado en la sobriedad de los exámenes.

Mi cautela fue premiada por el colegio con una beca para el doctorado, y el derecho de habitar en el colegio mayor, en vez de tener que buscarme alojamiento con una de las grotescas *landladies* que pueblan los barrios excéntricos de Cambridge. Esto en cambio le tocaba a él, desprovisto de apoyo colegial, y cada vez que yo iba a visitarlo, me chocaba el contraste entre mi comodidad y su estrechez, que él soportaba sin reparar casi en ella, puesto que sus únicos afanes eran los de su cerebro.

Parado en esa calle sórdida y deprimente, donde se mostraba en su apogeo el espíritu cicatero y mediocre de la clase media baja inglesa, con sus cortinas de media ventana y sus pequeños cercos de ladrillo amarillento delimitando los dos metros cuadrados, correspondientes a cada misero portal, volví a tener la sensación que tan de sólito la presencia de Simón me ocasionara, durante nuestras noches en blanco. Volvió por unos instantes a espeluznarme con su fuerza casi física. ¡Con qué candor nos habíamos hablado, ebrios de ingeniosa especulación, y con qué entusiasmo habíamos asentado cimientos de suposición, para levantar altos edificios teóricos en hipotéticos mundos racionales! Este recuerdo ahora me produce una nostalgia insoportable por aquella época en que yo fuera capaz de creer que algún día, me llegaría un

momento de claridad, que reivindicaría toda una vida de incertidumbres; cuando de una vez por todas yo vería cómo encajaba toda mi experiencia en un designio vasto y todoabarcador que prestaría a mi vida el sentido que tan evidentemente le faltaba. Y siento admiración por el valor que tuvo Simón para acabar con todo, antes que someterse a una vida de académico, encargado de enseñar, a alumnos ávidos por certidumbres ya confeccionadas, teorías que a él no le producirían sino dudas y más dudas.

El suicidio había sucedido durante las vacaciones de navidad, cuando yo me hallaba en Londres. Muchas veces habíamos hablado acerca de ello, no sólo en términos morales o metafísicos, sino de cómo habría que abordarlo en la práctica. Pero yo no conocía motivos particulares que impulsaran a Simón a acometerlo precisamente en esa época. Por eso quería hablar con su hostelera, ya que no teníamos a otros amigos en común. Había llegado a esa calle a buscarla, un día helado y sombrío de enero, bajo una lluvia que tornaba en aguanieve. Las puertas de las casas, distinguidas las unas de las otras sólo por las leves diferencias en el tono de escamosa pintura gris que llevaban, me parecían indiferentes, y no pude recordar cuál de ellas ocultaba el pólvoriento vestíbulo, y la estrecha escalera, que subía al cuarto de Simón. El turbamiento producido en mi cerebro por la noticia de su muerte, me impedía localizar el lugar donde tantos ratos habíamos pasado juntos. Di por inútil la empresa, y volví a mis estudios, sin pensar sino infrecuentemente en él.

Por eso, cuando di en esta calle por azar, regresando del término de la línea de autobús, donde me había llevado mi equívoco, sentí un calambrazo del destino, cosa en la que nunca había creído. ¿De qué otro modo podría explicar la extraña sucesión de acontecimientos, sino suponer que había un patrón por debajo o por detrás de ellos, que los ordenaba de una manera inescrutable, y hacía que una sensación, un recuerdo, un tropiezo, saliese a la luz del entendimiento en determinado punto y momento, para ir así revelando el designio que daba sentido a las experiencias, ulteriormente insignificantes, de mi vida?

Pero ahora, a la luz de la razón, distingo y destaco una contradicción que yace en el fondo de todo este tejido de recuerdos o alucinaciones, que parece desbaratar cualquier tentativa de buscarle sentido mediante un concepto temporal co-

mo el del destino. Es ésta: aquella ocasión en que abordé el autobús, cuando parece comenzar la historia de mis recuerdos de Simón, ya muerto, cuyas huellas yo buscaba en ese mísero suburbio, tuvo que ocurrir antes de que me laureara: si no, ¿cómo explicar la toga corta de becario, que sólo llevan los que estudian para laurearse, y el hecho de que yo estuviera descansando después de un examen, ya que en Cambridge, después de los exámenes de la licenciatura, ya no hay otros? El doctorado se falla sobre una tesis y una oral, nada más. Y esto, ¿cómo encaja con el hecho de que yo recordara, en la calle de bajas casuchas, haberlo acompañado a Simón durante el año en que estudiábamos juntos para el doctorado?

Pero la inconsecuencia cronológica no le quita realidad a la sustancia del recuerdo. Esa sensación de excitación intelectual, de estar al pulso de ideas nuevas que estallaban como astros en mi mente cuando conversaba con él, no puede no haber existido. Si no, ¿cómo la recordaría con tanta claridad? Creo que es posible describir, a base de referencias o lecturas, un paisaje que nunca se ha visto. Pero estoy seguro de que no es posible describir una emoción jamás sentida.

¿A qué se deberá esta contradicción? Podría ser un fallo de mi memoria. Quizás, recordando ahora el recordar mis visitas a su habitación en la calle gris, la vez que tomé por equívoco el autobús, creyendo verlo en él, esté trastocando un recuerdo por otro. Quizás falten de mi memoria otros recuerdos que podrían aclarar este enigma. La incógnita me sugiere con la idea, una vieja ocurrencia mía, que jamás he querido aventurar, por parecerme demasiado atrevida, de que el tiempo, en vez de ser lineal y progresivo, tal como se lo suele concebir, es algo semejante a un inmenso mar, en el que todos los acontecimientos, habidos y por haber, nadan como peces, rozándose, esquivándose, trazando filigranas en el agua.

Pero esta ocurrencia es el producto de un cerebro ocioso, de una mente que tal vez se deleite demasiado en la especulación abstracta, y que se halla más cómoda con los distinguos de un argumento lógico, que con los hechos concretos. Quizás mi fascinación con el lenguaje, y mi tendencia a proliferar razones como en la selva proliferan plantas y flores, me haya distanciado irremediabilmente de la realidad cotidiana, que, al parecer, comparten los demás, y que a mí me parecen tan burda y carente de interés.

Ante una impresión sensorial, soy incapaz de quedar-

me quieto, embebiéndomela nada más, como una esponja seca sobre el agua derramada. Tengo que saber por qué y cómo, dónde y para qué. Este derroche de razonamientos, probablemente inútiles, irritaba a veces a Simón, quien tenía para con su experiencia vital una sumisión absoluta: si una cosa le ocurría a él, era porque tenía que ser así, porque así había sido. Esto a pesar de que le gustaba plantearme a mí problemáticas difíciles. Quizás en ello radicase la absoluta entereza de su persona, tan sólida, en comparación con la mía.

Recuerdo una vez, la última vez que vi a Simón. Venía con él desde mi apartamento en el colegio, camino del estudio. Por casualidad —ya que no era, desde luego, la primera vez que la veía— fijé mi atención en una de las estatuas que adornan el puente que cruzábamos.

Una figura femenina, con la expresión lozana, apunta con la mano en el sentido que lleva el río, hacia la esclusa, escondida tras una curva del cauce. Sería la compañía de Simón que me hizo reparar en ella. Movido quizás por un deseo de entrañarlo en una discusión de las que tanto me estimulaban, le pregunté: «¿por qué apuntará hacia allá y no hacia acá?», y reseñé la parte alta del río.

Tal vez le molestaría que yo pareciera imitar su manera indágalotodo. En nuestros coloquios, solía ser él quien lanzaba la pelota a la cancha, y yo quien servía de rebotadero. Quizás se creyó que yo quería usurparle el lugar. Me miró e hizo una mueca jocosa que no carecía de su parte de desprecio.

«¿Por qué quieres saberlo? ¿No te das cuenta que lo mismo da? El por qué la hizo así el escultor y no asá no tiene importancia. Puesto que no podemos saber qué es lo que hubo en su mente al emplazarla, sólo podemos examinar qué es lo que a ti te significa esa postura.»

Su manera fue bastante pedante, e incluso un poco pesada. Prosiguió: «Así, desde *tu* punto de vista, es posible que la estatua no haya sido colocada aquí sino para ti, aunque el mismo escultor no lo supiera. Las cosas no tienen sentido en sí. Nuestro lenguaje sólo les concede el sentido que queremos darles, porque el sentido es cosa del lenguaje, y no solemos pensar sin él. ¿Quién sabe si tu existencia fortuita no cerrará un ciclo que comenzaría cuando el escultor acometió el bloque de piedra, cisel en mano? A lo mejor nadie sino tú jamás ha comprendido lo que él ideó; quizás ni siquiera él lo



comprendiera. ¡Y me preguntas por qué! Fíjate más bien en ella, en vez de romperte la cabeza con preguntas que no llevan a ninguna parte.»

Así lo hice, y la estatua del gesto bello y sosegado poco a poco fue llenándose con su presencia. Ella me reseñaba un camino, quizás fortuito, entre miles de posibles caminos que se cruzan en ese gran parque. Tan acostumbrado como estoy, por mi educación, a cotejar y suponer, y a considerar lo posible tan real como lo actual, me provocó una fortísima impresión la insistencia y unicidad de aquel gesto inmóvil.

«Sólo cuando se haya llegado al destino se sabrá cuál era el destino, y cómo se hubo de venir; sólo cuando se haya cumplido con lo que se hará, se sabrá qué es lo que se hizo y por qué.» Salieron de mi boca estas palabras, enigmáticas incluso para mí. Me volví de la estatua para averiguar qué efecto habrían producido sobre Simón, pero él había desaparecido. No estaba en el camino, ni en el colegio. Tal vez se ausentaría durante mi contemplación de la estatua, más dilatada en realidad de lo que a mí me pareció. No sé. No lo volví a ver jamás, sino en el recuerdo, o en el recuerdo del recuerdo.

Buscándolo, pensé volver a aquel lugar donde había sentido con tan absoluta certidumbre su presencia física, allí donde me había preguntado: «¿cómo estás tan seguro de que existes?»; donde había respirado con delirio el olor dulzón de su sudor, recuerdo de una noche intensamente compartida: la catedral de olmos en el jardín amurallado de Trinity. Pero cuando abrí las cancelas de hierro ornamental y entré, por primera vez en muchos años, al recinto sagrado, no vi sino dos hileras de arbolitos con menos de dos metros de altura. Los olmos gigantescos habían desaparecido por completo, víctimas, quizás, de una epidemia ulmicida, hartamente comentada en la prensa, sin dejar en la tierra ni siquiera su recuerdo: los arbolitos nuevos no eran olmos, sino de otra especie para mí desconocida.

Vine solo a mi estudio, donde estoy sentado, con las persianas cerradas, ante estas páginas, improntamente escritas, con esta hoja todavía enroscada al carril de la máquina. No trato de esquivar el hecho de que ese último recuerdo de Simón pertenece a esta misma tarde.

Creo que no tengo que molestarme ya en explicar la imposibilidad de presentar pruebas definitivas, para negar un

acontecimiento del que no existen sino recuerdos; así que no me preocupa este nuevo desbarajuste de la supuesta cronología simoniana. Ya está claro que nunca sabré si él jamás existió, ni si existe aun, ni quién es, ni si su suicidio, en vez de ser un hecho consumado y pasado, no será una de las miles de posibilidades que atañen a cualquier persona. Dada la indiferencia que cabe entre lo que, por pura casualidad, aparece como real y actual, y lo que por ahora, cuando quiera que sea ahora, queda en mera posibilidad o contingencia, no es un problema que me importe mucho resolver, como el del por qué así, y no así, de la estatua.

Su imagen —¿la de la figura de piedra, o la de Simón?; no lo sé— sigue obsesionándome sin tregua. Si sólo yo en mi vida y en mi pensamiento pudiera conseguir aquel sosiego y aquel grado de inequívoca existencia, aquella cualidad de ser lo que se es, y nada más, sin dejar lugar a cavilaciones ni dudas, con un sentido claro del rumbo a seguir... Pero sé que es un deseo imposible. El flujo continuo de mi pensamiento, que ni siquiera cesa cuando duermo, me impediría lograr el acierto de aquella figura de piedra, que me parece, como Simón también me pareciera en el jardín, cobrar un místico imperio sobre mí, por su casi excesiva realidad, por su sentido autóctono, ajeno al sentido que le prestan las palabras, tanto más significantes por no significar precisamente nada.

Comprendiendo esto, y comprendiendo la inutilidad de la comprensión misma, de querer saber en dónde cabe y cómo encaja un recuerdo en otro, de indagar en si la acción que se realiza es producto de la voluntad, o si es la misma acción la que produce la voluntad; comprendiendo que nunca comprenderé cuál es el significado exacto de la expresión de Simón, ni el del timbre de su risa, cuando en el jardín bajo los olmos se me vuelve y me pregunta, «¿cómo estás tan seguro de que existes?»; comprendo que la única realidad que puedo asir, o que me agarra a mí, es la de este relato. El único sentido en el que apunta esa mano de blanca piedra, que nace del revuelo de una toga abombada por un viento milenar, es el sentido en el que van estas palabras, que me escriben tanto como yo las escribo, enseñándome el camino que atraviesa las praderas, que se ciñe al canto de la acequia, va a lo largo del remolcadero que ladea el río, reptando a lo largo de sus sinuosidades hasta el puente, junto a la esclusa, donde una fría

luna de otoño alumbra, con los faroles de sodio, el escenario irreal de un gesto, quizás absurdo, pero nada impulsivo, sino muy premeditado, donde se resuelve este relato sin comienzo, pero que sí tendrá fin.

---

*Through the looking glass*

---

La mano de Peter tanteó el yeso sudoroso, palpándolo inútilmente en busca del interruptor de la luz. El hedor a orina secándose lo hizo husmear. Sus narices acogían con agrado cualquier sensación que prestara definición a la oscuridad informe.

Aventuró dos tímidos pasos hacia adelante, con las manos extendidas. Oyó el soplido de un amortiguador a presión, al cerrarse la puerta tras de él con un chasquido. Quedó quieto, de repente sensible a la vaciedad que lo rodeaba.

«Nada existe, hasta que no sepas que existe, hasta que no lo veas, lo sientas, lo midas, ni le des nombre.» La voz del profesor Elwes, redicha y pedante, resonaba con tal claridad en su mente, que Peter dio la vuelta, casi esperando ver al viejo sonreírle con esa mueca de ironía que solía vestir en las sesiones de tutela. Pero no vio sino la débil raya de luz bajo la puerta, un estrecho filo amarillento, única prueba de que habían existido la escalera, y el comedor desde donde hubiera.

En la oscuridad, sin nada más que un olor a orina y una franja de luz amarilla, Peter se sentía evaporado, netamente desaparecido. Luchó contra un impulso de pánico a gritar su propio nombre en la penumbra. De algún modo esto lo reconfortaba. El pánico mismo, ¿no comprobaba su existencia?

¡Claro! Cálmate. Abre los ojos. Tienes que orinar. Eso sí que es algo real.

Sus pupilas se ajustaron por grados. La luz estelar se filtraba ralmente por los ventanones.

¿Por qué tan grandes y con cristal transparente? Me debo haber equivocado de habitación, a pesar del olor a pis.

Pero la luz astral trazaba en la penumbra el canto de un lavabo y un bidet, a cada lado del marco de la ventana. Afuera, más allá de una repisa baja, empotrada en el ventanal, se distinguía ahora las copas de los naranjos, reflejando el claro lunar que las alumbraba desde un ángulo oculto. Parecían irreales en la pálida luz, como una fotografía en blanco y negro, cuyo marco fuera el ventanal.

Peter oyó boquear repentinamente la minutería de la escalera. Volteándose para encarar la puerta, creyó ver desvanecerse la franjilla de luz.

Pero puede haber sido tu imaginación. A lo mejor no hubo luz allí desde un principio. ¿Puedes comprobar que la haya habido sin salir a buscarla? ¿Y qué tal si no la encuentras, como ahora no encuentras el interruptor aquí dentro? ¿Viste la luz? Se ve lo que se espera ver. Por alguna razón, Peter de pronto recordaba con exactos pormenores todos los experimentos que había realizado en el laboratorio para el estudio de la percepción de los sentidos. Allí, al parecer, se podía desmentir la existencia de cualquiera realidad.

Recordaba en particular un experimento: el profesor Watson le había encargado administrar una corriente eléctrica, en dosis de continuo aumento, a un sujeto que tenía que responder correctamente a una serie de preguntas fáciles, basadas en láminas que se le habían dado para estudiar. Cuando el sujeto cometía un error, Peter tenía que pulsar un botón, que le comunicaba el choque al sujeto, mediante unos grilletes que lo sujetaban. El sujeto parecía ser de inteligencia deficiente, porque a menudo se equivocaba, y el contralor, el profesor Watson, le tuvo que insistir a Peter para que siguiera administrándole corriente, bien por encima de los 220 voltios, a pesar de los gritos agonizantes del sujeto. Peter se había rehusado a continuar, y riñó con el contralor. Al salir del laboratorio éste mismo le aclaró a Peter cuál era el verdadero experimento: el supuesto sujeto era actor, y la imponente máquina de tortura no tenía corriente, ni alambres para ella. El verdadero sujeto del experimento era Peter. Se estudiaba su capacidad para obedecer órdenes que contraviniesen el sentido común.

Desde entonces, Peter había comenzado a sentirse inseguro acerca de la autenticidad de muchas circunstancias de su vida. ¿Si todo era un tinglado embaucador con el solo propósito de someter a la gente a pruebas arcanas? La idea a

veces no le parecía tan inverosímil, pese a su cariz de ciencia-ficción. Y el profesor Elwes, con su duda metódica, lo animaba a tomar una actitud escéptica en cuanto a todo, absolutamente todo.

Elwes argüía que nuestro sentido de la realidad está basado, en últimos términos, sobre supuestos que pueden estar equivocados, y que no hay manera de comprobar lo contrario. No le resultaba fácil a Peter llegar a ver las cosas de ese modo, porque su terco sentido común se resistía. Pero el experimento engañoso había servido para hacerlo entrever cuán próximos nos hallamos al pavoroso mundo multiforme de las especulaciones metafísicas, y lo frágil que es la base, sobre la cual se asienta nuestro sentido de la realidad.

Pero entonces, había sido mero conceptismo intelectual, decir que la realidad no existiera. Ahora en cambio, le parecía inexplicablemente real la irrealidad de la materia. La confianza en sus propias sensaciones y memoria menguaba vertiginosamente. Dio un tropezón hacia el lugar en donde pudo estar la puerta —el interruptor debe de estar en el pasillo. ¡Qué absurdos estos edificios extranjeros!— y chocó la rodilla contra un obstáculo bajo. Se precipitó, agarrándose al retén de la oscuridad.

Su mano destartalada rozó un interruptor situado, caprichosamente, en pleno medio de un tabique —ni siquiera *cerca* de la puerta. ¿Cómo quieren que...?— La repentina luz fue dura y floja de una vez, una bombilla desnuda, de pocos watios —¿Qué cicatería más típicamente francesa!— y quedaba aún más grotesca dentro de las dimensiones generosas del cuarto altitechudo de baño que alumbraba: azulejos verdes y blancos hasta la media pared, el yeso húmedo estriado con un amarillo enfermizo.

La ventana, enmarcada por visillos refruncidos y sucios, fue convertida en espejo, el único de la recámara, por esta tibia luz. Opaca y negra contra la noche, reflejaba a Peter, reincorporándose y frotándose la rodilla.

Pestañeó. Casi se había desplomado en una enorme bañera de mármol verde, bastante amplia como para que dos pudieran retozar a sus anchas en ella.

Pero Carol tendría que estar más que borracha, reflexionó amargamente, tendría que estar quifiada hasta los pelos para relajarse lo suficiente como para meterse en la bañera conmigo. Sólo le gusta en la cama, sábanas blancas almidona-

das y sin luz, en el silencio absoluto —no se te ocurra bromear ni decir sino «querida» o ella se convertirá en mármol, fría como la bañera verde.

Qué extraño, una bañera en un restaurante, pero en Marruecos, ¿qué no es extraño?

Apoyando la mano izquierda contra la pared, parado al revés sobre las dos huellas de molde en la porcelana descolorida —típico que no haya retrete de asiento, un mundo varonil, el Islam— torció su cuello para cerciorarse de que no se hubiese imaginado la bañera.

Debe ser una vivienda reaprovechada, esta *Petite Auberge*.

Dándose cuenta del grifo de la ducha sobre su cabeza, se quedó musitando acerca de qué tipo de europeo renegado, o bien qué moro afectado, pudo haber escogido este bizarro conjunto de aparatos para el excusado: un hueco en el suelo, y bidet. El mundo llega a parecerte infinitamente extraño cuando paras mientes en el hecho de que en la mayor parte, las cosas son tal como son, porque alguien, en algún momento, quiso hacerlas así.

¿Por qué no puedes orinar si hace un momento que estallabas, y ahora no te sale? Como si tu cuerpo hubiese dejado de sentir. Y sin embargo te mueves. No estás tullido.

Sintió de nuevo la marea de pánico. El hoyo negro entre sus pies era un vórtice engrudoso por el cual se deslizaba, mareándose, cayendo precipitadamente en despeñaderos hondos al reverso del planeta, desplomándose al otro lado de los sueños...

«A los ocho años trató de cavarse un túnel hasta la China», el ojeroso catedrático en larga toga negra, con mangas pendientes como garras, ha escrito el nombre «Peter Langtree» sobre la pizarra con sus datos principales: Nacido 1955. Dominó funciones excretorias 1962. (N. B. Continuó a mearse en la cama hasta 1967.) Inició masturbación 1967, y así pizarra abajo. El profesor le da un vergajazo sobre los puños al espécimen con su batuta. Peter, desnudo, se endereza sobre la tarima, abre los ojos, y se encara con la asamblea de estudiantes que lo observan con fascinación horrorizada.

«Pero mamá te está llamando a cenar, Peter», su hermana Tessa, esparracada sobre él de modo que se le nota todo debajo de las faldas.

«Pero no seas tonto Peter, si la China está a diez mil

millas.» De una patada ella le vuelve a llenar el hoyo con tierra.

«¡Me golpeó sin razón ninguna!», solloza Tessa.

«Tente recto cuando te habla tu padre, chico.» Papá, los labios apretados, la calva luciente, grandes manos hirsutas.

El culo bien zurrado y un sopapo en la oreja. No llores, Peter. Sabes que del otro lado es distinto. Allí las cosas te parecerán razonables, y todo será equitativo. Sólo tienes que acertar en cómo llegarás allí, no más.

«Nunca, nunca lo diré a nadie si me lo muestras, te prometo», Tessa lo tiene arrinconado en el cuarto de baño. «¡Quítate toda la ropa y muéstramelo ahora mismo!»

«Pero los zapatos no», solloza él, «me voy a resfriar».

«Te daré algo muy especial, una sorpresa», ella le promete.

Sólo hay que creer que el otro lado está allí. Lo viste en un sueño, sabes que está allí; antes, mucho después... ¿podía, debía dormirse?

«¡Despierta Peter! Está llenándose la bañera. Se te va a desbordar la tina...», mamá le trae la taza de té a la cama. ¡Qué sed tengo!

«Se lanzaron al Gran Desierto, con la esperanza en sus corazones, a construir el nuevo Jerusalén. Pero primero los azotaron los vientos y las arenas, y perdieron el camino. Luego los hostigaron los salvajes, y perdieron a sus capataces. Apenas unos pocos sobrevivieron, para arrastrarse a través de los yermos ardientes, disecándose, cayendo en el camino uno tras otro, hasta que no quedaba sino este solo, y él se hallaba fatigado y sediento, y temía la muerte.»

¡Despierta! La madrugada es vieja ya, y oscurece.

El agua corre por un cauce de recuerdos hacia la casa. A solas, una tarde de verano, la puerta del cuarto de baño atrancada; tan deslumbrador, el descubrirse a uno mismo. Gotas de rocío friéndose en el holocausto atómico.

Tan fresca el agua del claro lago verde. ¡Despierta! El agua te lame los oídos, ahuyentando tus pavores.

Pero Peter, ¿qué diablos es lo que haces tragándote el agua de tu baño?

¿Por qué andas calzado en la bañera?

Peter no se había esperado a que el *mažún* obrara tan súbitamente.

«Pero si es riquísimo», exclama Carol, fruncida su lisa

carita en un simulacro casi verosímil de ingenuidad. Aretes gitanos y un pañuelo en la cabeza desmienten el timbre de acremallerado engolosinamiento de su voz.

«Algo así como el dulce de leche de mi madre», sonrío Constantine, animador.

Peter no puede sino devolverle la mueca de dientes pelados. Es tan retraído, tan solazoso Constantine, un *marraq ši* de vieja cepa, haciéndose el desenfadado.

«Sólo que un poco más picante», ríe, guiñando, como si fuese un chiste verdecillo. «La manteca es de cabra.»

«*Smin*», le interpone alacrememente Carol, ufana, como al estrenar zapatos, con su nueva voz majrebí.

«... sabe un poco a rancia pero no te hará daño. Lo cuecen muchas horas», grita Constantine sobre la bulla montante del *ándalus*, entrando ahora en compás, tras un largo y nervioso zangarreo.

«Bebe mucho té caliente, eso es lo que importa», Constantine, solícito, encantador, ansioso de acogerlos como es debido a Peter y a Carol.

«Mi sobrina y su galañ» —la voz rasgueante de Eleanor por teléfono en conferencia desde Tánger. «Tráталos bien, querido.»

Constantine, de algún modo más real que todos aquellos de Tánger, en cierto modo... sin ambages.

Peter sintió un espeluzno de envidia, viendo la vida de Constantine tan definida, tan sí misma en su anarquía aparente. ¿Habrà que esperar hasta los cuarenta años para tener identidad?

Constantine, cicerón y anfitrión, haciendo un gran tinglado, a su modesta manera, de llevarlos a escuchar el *ándalus* en la taberna de Msexef, queriendo proporcionarles al paladear una experiencia única y privilegiada, algo que los turistas corrientes nunca ven.

Por cierto que la ocasión es única. Peter y Carol a solas nunca hubiesen encontrado el cafecito.

«Más bien un círculo varonil, o cofradía musical. Toman su música muy en serio. El dueño es de Tetuán, como muchos de los que cantan allí», Constantine les informa, mientras los conduce por los callejones estrechos y sinuosos.

Un montón de cáscaras de naranja pudriéndose. Su- biendo por peldaños desiguales. Un rostro con ojos hollina- dos entoallado, mira inexpresivo desde un portal cerrado a

medias. Pelafustanes harapientos los zahieren como abejas: «*bsita, bsita*». Máculas blancas —malnutrición— tan feas en sus pieles morenas. Parra remolona reptante sobre enrejados. El hedor de cuero en tenería desde un patio con columnas.

«¿Cómo acertaríamos a salir de aquí sin ti?», gorgea Carol, siempre pronta a dar voz a lo patente, mientras se agarra demasiado fuerte al brazo de Constantine.

Cal pelándose. Un mercader barbirrojizo, soñoliento y alluecado, las piernas cruzadas, sobre un pellejo de oveja teñida de rosa para hacer juego con su barba, fumando su pipa acuática, ni preocupándose por pregonar sus chuches a los *nasrani*, tan atónito está por que hayan sabido llegar a este escondrijo en la *medina*. Bajando más escaleras, viro a la izquierda por un soportal. ¡Agáchate! Un hoyo en el muro, paredes pintarrajeadas de verde, tres largas mesas y estrechos bancos sin respaldo, el olor a yerbabuena y «*voilà*», exclama Constantine: «Msexef».

Una lámina de las Noches Arábicas del tío Walter: pe- nes alzacurvos como cimitarras persiguen a damas veladas por un patio ajedrezado.

«*Vous longtemps parti, mon ami*», reluce un diente de oro, turbante amarillo, gregüescos pachorros, chaleco purpúreo de encaje, camisón de lino casero hasta las rodillas. «*Et vous aussi mes amis, soyez les bienvenus*», saluda a los pupilos de Constantine, sonriendo seráficamente desde las nubes plateadas de su larguísimo sueño de quifi, rara vez interrumpido por el desvelo.

¡Qué delicados rasgos! Altas mejillas, la nariz recta, ojos almendrados de párpados lucientes, la perilla cana respingona, piruteando acá y allá entre las mesillas tan apretujadas, ordeñando té tras té de un enorme y panzudo sámo- var de cobre.

«*J'ai amené mes amis entendre votre merveilleuse àndalous*.» El francés de Constantine sigue sonando muy inglés, aun después de veinte años. «*Ils sont venus de l'Amérique que pour ceci*.» Aun así es idiomático.

La palabra mágica: ¡América! Inmediatamente todos los precios se triplican. Constantine debe estar perdiendo el tino. A Peter lo sorprende.

«¡Ah!» Msexef, hace una reverencia aún más baja, «*Sidi hippi, es-salaam-Allah-eicum*».

Peter se eriza. «*Non*», empieza a decir.

Pero Constantine lo retiene: «No te molestes. Los *hippies* son bienquistos aquí en los barrios pobres. Se interesan por las cosas marroquíes y no son arrogantes como los colonos franceses...» —cabeza mocha, fascista, ojos porcinos, expresión que helaría la lava volcánica— «... ni condescendientes como los *poonahs*...» —«*Oh how interesting!*» Una *lady* gargólica, la cara feculenta, mira a través de ti como si no existiese— «... claro que los moros los estiman algo locos, como a los ermitaños del desierto, pero aquí la locura no es vergonzosa. Más bien la consideran una maldición divina, algo que hay que consentir, casi reverenciar».

Msexef —«su nombre quiere decir *petimetre*»— parpadea coquetón a las extravagantes, patentemente exageradas lisonjas que le hace Constantine acerca de la música por venir. Pero con recato, como aceptando un homenaje que por nada desmerece.

Ya ocupan el café un par de hombres con sombrías caras tahureñas. Lustrosos ojos inquisidores miran desvergonzados a los extranjeros. Uno alumbra su cachimba y se la pasa al otro.

Pronto llegan sus cofrades, hombres mostachudos, en almalfas y chilabas, con algún que otro jovenzuelo a lo europeo. Recogen sus instrumentos de tacos en la pared, exquisitos laúdes artesonados, tantanes retensos, con los cantos de azul y amarillo, un violín reluciente de barniz, y una larga flauta de madera. Intercambian zalemas despaciosas, la mano sobre el pecho, los dedos en los labios, a pesar de su patente familiaridad.

Se sientan en las mesas, zangarreando, afinando, sorbiendo el té, ofreciendo la cachimba, tragando bufidos cortos y hondos. Con esmero, uno de ellos expele de un soplido la chicharra de quifi, luego escarba con la cachimba en su *mótuí*.

«Lo fabrican del escroto de un gacel», susurra Constantine, fingiendo seriedad. Carol lo toma a guasa.

Dedos hurguillas arrancan a tientos en una melodía asincopada.

Constantine charla familiarmente en majrebí con un viejo caballero: la mano huesuda reposa sobre una bengala de ébano, quevedos a horcajadas sobre la narigota, el alto *fēs* con borla, un ojo ciego recubierto con papel de plata; falta el lente del otro lado.

¿Por qué te fijaste antes en el *fēs* que en lo tuerto? No quisiste ver el hueco vacío, ¿no es así? Peter se siente algo agobiado en el aire tufoso, caliente, pero le toca aguantar, ahora que Constantine los ha traído hasta aquí.

«Tan étnico», ronronea Carol, contestando a las sonrisas cautas de los músicos con su perfecta dentadura de New Jersey.

Peter olfatea el pungente quifi que le ofrece el viejo. Traga un bufido y se atraganta. Las lágrimas le saltan a los ojos.

«Lo mezclan con tabaco nativo», le explica Constantine, sacudiéndole la espalda.

Msexef se ríe con los demás moros, bienhumorados. Gira, y abre un armario con una llave larga, adornada de caracoles.

Msexef apercuella tres tés, en vasitos afiligranados con oro, desde un ataifor de latón. Los coloca delante del trío de europeos, su fisonomía compuesta en una sonrisa tal y como la que llevaría Satanás al concebir su rebelión. Las comisuras de sus labios, suspendidas de sus párpados lucientes por cuerdas de títere, remedan el lento, expresivo abaniqueo de sus pestañas.

Luego, del ataifor, todavía alzado sobre una mano, empuña, triunfalmente, un tarrito de plata amantillada, y algunas cucharillas zancudas.

«*Mazún*», susurra, como si fuese un saludo reverencial, o una palabra litúrgica. Profiere la sustancia mágica a los nazarenos. Sabe a *plum-cake* de navidad, mas con pimienta negra.

Ahora los músicos, como por tácito acuerdo, irrumpen en un cántico asincopado y plañidero. Arabescos relucientes tringan del laúd. El violín, tocado de pie, como si fuera violoncelo, por un barbudo *bağ* en turbante amarillo, gangua cadencias sinuosas contra el insistente ritmo que batucan gruesas manos negras al tantán. La flauta, voz espectral, casi humana, embruja con su risa cañiza. El café es una turba de testas meneadizas.

Ondula la música y demora sobre una nota de llanto, zumba y pausa, zarpa de nuevo en la antifonía, y sigue monótona, sin fin, saturando la atmósfera con su anhelo por Granada perdida.

Msexef revolotea acá y allá, por el café, un aroma deli-

cado de almizcle, cebando de *mažún* a Constantine y sus huéspedes, llenándoles los vasitos de té, pausando para unirse al canto.

La tensión en los hombros y espinazo de Peter se relaja poco a poco, mientras una diminuta mudanza de tono marca un cambio de compás.

Ahora se concentra la espesura de la música y acelera. Los ojos de los músicos se entornan; vidriosos, hacia visiones del placer, hurís y palacios, y multicoloros dibujos ajedrezados, retratando la música en sus imaginaciones atizadas por el quifi.

Y la música se rinde en una coda a doble síncopa. Peter se siente aliviado, y apenado de que haya parado el cántico justo cuando él empezaba a acompasarse con él.

Un coro de caras morenas se ha agolpado en la puerta-ventana. «Ya es hora de salir», susurra Constantine a sus pupilos. «Los clientes habituales quieren apandillarse, y no caben.»

Después de muchas zalemas consiguen desenredar a Carol de las atenciones de un viejo aspirador de rapé, vestido en una voluminosa chilaba blanca, con enormes narices acantonadas de negro. Le ofrece insistentemente a Carol sus polvos aromáticos, sin hacer caso del rehuso risueño y molesto de la americana.

Constantine paga una cantidad exagerada a Msexef, aparentemente complacido.

Peter se queda decepcionado por el poco efecto que le está surtiendo el *mažún*. Los hombres allí dentro en el café parecen estar en el séptimo cielo, pero Peter sólo siente una hambre de perros gruñendo en sus vísceras.

«No te impacientes», Constantine lo amonesta suavemente. «Cuando te dé el efecto no sabrás ni quién eres, ni qué te ha pasado», le asegura. «Esto es mucho, pero *mucho* más fuerte que si lo fumas.»

Retrazan su camino por el laberinto de la medina, y Peter añora a una Ariadna.

«¡Yo me siento estupenda!», asevera Carol, montando en un landó en el *ğamâ-el-fna*. Mirones agolpados en corros rodean a barbudos bardos; saltan de un pie al otro negros bailarines *gnauas*, su pelo aplastado con lodo amarillo como mierda; hirsutos tragallamas rugen, los ojos salvajes; suaves y lampiños serpenteros, tan confidenciales, tocan sus gangosas

flautas —toda una cacofonía extrañamente unificada, de toscos gestos teatrales, verdes y rojos chillones, imbuida del tufo sobaquino de la credulidad.

Tambores *gnaua* contestan, pulsando, la bulla de otra cofradía en el lado opuesto de la enorme plaza, llenándola con un ritmo estereofónico, orgiástico y salvaje. La turba hormigueante, involuntariamente camina acompasada al *tanta-rantán* entreverado de las bandas negras, hipnótico, mareader, amenazante.

Un espasmo de náusea atraviesa a Peter.

«Comamos», sugiere Carol.

«¿La Petite Auberge?», pregunta Constantina. «¡Cualquier sitio lejos de todo este barullo!», acuerda Peter, el tantán del café zurrándole aún las sienes y un vaivén de *gnaua en sus entrañas*.

«Estoy muerta de hambre», declara Carol.

«El *mažún* siempre da mucha hambre», informa Constantine, «y sed, sobre todo sed. Nunca comas *mažún* donde no haya agua, o te dará la arenosa. Es horrible. Te sientes como si la boca se te hubiese convertido en el Sahara.»

Peter se siente muy aliviado, ya que se desvanece la plaza. Pasan por delante de la almenara de la mezquita de los libreros: la *Cutubía*, tacatclác, saliendo por entre la brecha de las murallas de la ciudad, rosadas ahora, enllamaradas por el sol poniente.

El gangoso laúd está acribillando como metralleta un antiguo cilindro de pianola. Céspedes suburbanos se extienden infinitamente. Regaderas giratorias bailan un callado *pas de deux*. *Tutus* invertidos lentamente volteando. La flauta cañiza, un cántico de lampiño cotista cachondo: «*For who-o shall abi-ide the day of His coming?*» Casto, con sobrepelliz blanco y almidonado. Fuerte olor a bosta, vegetal, fermentándose. Peter le ciñe a Carol el hombro y sonríe a Constantine.

«Debes de estar sintiéndolo ya.» Siempre tan solícito.

«En absoluto. Sólo hambre.»

«Peter se siente un poco delicado, nada más», su madre cloquea mientras lo acuesta en la cama, «una lechecita tibia con mantequilla derretida y sal, recompondrá cualquier vientrecillo», sus blandas facciones se funden en las de Constantine, y Peter no puede sino tenerle simpatía y asco.

«No podéis dejar de conocer a Constantine cuando vayáis a Marraquex.» La tía Eleanor, la viuda del novelista, vi-



viendo un sueño ajeno. Un chalet suizo con vista al Estrecho. A solas con el pasado contra el cual se tiene que medir. «Era tan estupendo en la época internacional. Hasta los nativos eran más felices entonces.» Atiza un fuego de leños a pesar de que es el mes de mayo. «Tánger es tan húmedo, ¿no ves?» Lo pronuncia a lo moro: *Tanğa*.

«Menos mal que os ha tocado un frente frío esta semana en Marraquex. De otro modo os hubierais asado. ¿Qué tal estuvo Eleanor? La veo tan poco estos días.» Eleanor, un mito en cierto modo superanulado, nunca creído sino a medias, pero sigue viviendo, entre sus recuerdos, ahuyentando el secreto, vergonzoso aburrimiento. Tez morenucha tensada sobre las cejas, lápiz de labios escarlata la envejece. *E/* es escritor», Eleanor mira a Peter, refiriéndose a Constantine, «o lo fue, por lo menos. Lleva veinte años bloqueado. Su casa es verdaderamente bonita. Claro, que es nativa». La desaprobación sólo es dejada a entender por las cejas arqueadas.

La casa de Constantine, patios patricios, naranjos, piscinas con azulejos verdes. ¡Verde en todas partes! «La nostalgia por Andalucía». Y caprichosas jaulas de filo trabajado, palmeras como abanicos, antigua platería inglesa, candelabros sefarditas «Una ganga en el zoco. No los querían los moros». Y una *tanka* vetusta del Tibet, itifálicos héroes azules arrostran a monstruos con alientos de fuego.

Cañac francés y rico café después de almorzar. Sigilosamente se retira el criado con su *fès* rojo, mientras muda la comedida conversación de sobremesa desde las porcelanas de Limoges a los *haiku* del Zen.

Tanto monta, monta tanto. Lo importante es seguir hablando, nunca escuches el silencio que resuena en esos patios. Escucha el agua que chorrea, que si no te dará grima.

«Yo nunca me aburro con Lewis Carroll». Constantine rara vez se aventura a dar una opinión. ¡Enderézate y escucha! «Me parece que él logra más razón con la sinrazón que lo que muchos otros escritores con la sedicente experiencia. Yo de todos modos nunca pude distinguir entre lo real y lo irreal. Quizá será por eso que acabé viviendo aquí». —Es triste su sonrisa, pero parece sincera.

Y Carol —«Oh, Constantine, no debes menospreciarte así. A mí me parece maravilloso que vivas aquí. Es tan... pues... ¡tan *romántico!*»

Encaja tan bien, como llave en cerradura, Carol en

cualquier lugar común, tratando de darle un aire de hallazgo.

Y esa vieja, incierta sensación renace en Peter. Anheló no es precisamente la palabra, ni tampoco envidia, pero de repente le duele tanto el no ser Constantine, a pesar de los inconvenientes.

«Pero Carol», le dice Peter en el dormitorio después, durante las horas muertas de la siesta, «si te pones a pensarlo es penoso, si de veras te fijas alrededor tuyo. Esta gente, Eleanor, Constantine, y los demás, viviendo en sus hermosas casas, ¿no sienten como sube el odio, la pobreza, y la envidia desde el suelo como un vaho de calor? ¿No ves como nunca verdaderamente se lo pueden excluir de la conciencia? Más bien vienen a ser como los mismos moros —falsos, calculadores, zorros y amortiguados. Aquí pierden sus almas». Pero no lo dijo. Lo quiso decir pero nunca se atreve a decirle a Carol cosas semejantes.

Y a pesar de ello, es tan tantalizador querer ser uno de ellos, hacer de autoexiliado con un pasado problemático, algo para huir.

Pero, ¿qué clase de pasado puedes reclamar a los veintitrés años? Ah, claro, se me olvidada: *summa cum laude*, y la gira de Europa, con una excursión a Marruecos. Pero tu rostro es un rostro sin facciones, comparado a sus máscaras artificiosas. Sólo tienes los ojos listos y los oídos alerta, un cerebro entrenado a ver y analizar, a tamizar y a discernir, y a contestar correctamente las preguntas del examen.

Firma sobre la raya, Peter Langtree. Pudieras ser cualquiera, o nadie. Y, ¿qué monta? ¿No es suficiente que tengas tus sentidos ávidos y afilados para la experiencia? ¿A quién le ocurre todo esto? ¿Habrán quien te mire y sienta que eres real, una persona definida, única, que sienta la añoranza que a ti te provocan los demás?

Peter le aprieta el hombro a Carol, pero ella hembra para quitarse la mano de encima.

*Tacaticlác*, los arrastra el rocín a lo largo del gran bulevar hacia la población colonial, rectas avenidas, altos edificios cuadrículados, amplios parques, donde muchachos gandules se sientan esperando a que los ligue —«*Je t'encule. Bon-marché!*»

La sonrisa de Constantine pende en el crespó aire cálido. Naranjos se cimbrean en la brisa, hojas tan verdes y quebradizas, ladeando el bulevar, relumbrando la luz casi hori-

zontal, espejeando —millones de mariposas copulando rabo a rabo en el aire— su fruto bermejo le sonríe a Peter. Calabazas a diente pelado se esfuman en un erizado gato de Cheshire, culeando por la repisa fuera de la ventana del cuarto de baño.

El gato le devuelve la mirada a Peter, de pie, desnudo, los zapatos calados de agua, con dentera y las nalgas tiritando, parado en medio de un charco creciente en un cuarto de baño con azulejos verdes y blancos.

¿Pero adónde?

¿Dónde estoy?

¿Cómo llegué aquí?

¿Qué es lo que hago?

¿Quién soy?

Palabras calladas remedan su silenciosa mirada en la ventana, reflejando una cara lívida, aureolada de rubio, en la lumbre apocada. Las palabras resuenan en su oído interior como una letra de comedia mala.

Actores se paran y miran en silencio al escaso público. Simulan no tener nada que decir. Hay que actuar de modo espontáneo. ¿No lo sabías? ¡Es teatro experimental!

El gato culebrea y se desvanece.

Peter se seca con la húmeda toallita de mano. Se quita los zapatos. Se arrima al reflejo en la ventana, avizorando en sus ojos, a la búsqueda de alguna réplica a sus preguntas.

Sus pupilas dilatadas, quásares oscuros, casi eclipsan sus íris verdegrises. Enfocándose con nitidez por un instante su reflejo los observa a través de espejos transparentes, luego se emborrona.

Apetencia lateral de paisajes repentinamente enlunados, al descorrerse el velo nuboso del frío disco blanco. Una marisma luciente apenas vislumbrada a través de relumbrones de luces apocadas, en un aireado tren nocturno, apresurándolo de vuelta a Cambridge.

Crespos pináculos se desmigajan en el alba ebria, un ciclamen azogueño, antaño prensado entre las hojas fragantes de un libro rara vez abierto. De vuelta a las paradojas del profesor Elwes.

«¿Sabes comprobar que existe; que existió cualquier cosa hace cinco minutos?».

Un conceptismo árido. Mero enredo de palabras. Peter se resiste a la noción sin sentido, respira un hondo bufido de

sentido común, se siente purgado y sólido mientras los dedos de sus pies hormiguean dentro de los zapatos.

Pero aun así su voz le suena a hueco, una pizca demasiado enfática en su cercioramiento: «Claro que existo. Todo el mundo lo sabe, y actúa, por lo general correctamente, de acuerdo con esa suposición. ¿Acaso ello no satisface a los criterios para un juego lingüístico aceptable, según Wittgenstein? Me parece que no hay problema alguno.»

«Sí que hay problema», objeta la gangosa voz aniñada del profesor Elwes. El ojo estrabón del viejo salta desde su interina quietud para girar en una órbita excéntrica. Fija a Peter con sus asomadas escurridizas, el gato que zahiere al ratón arrinconado.

Peter mira por la ventana, esguinzando las estocadas y los reverses de su tutor, observando a estudiantes en carrerilla entre clases, un hervidero de hormigas entre los arcos voladizos de la nueva facultad de artes. No puede sino desear que el césped no fuese de un verde tan alarmante. Lo pintaron con atomizador para la solemne apertura a comienzos de curso, de modo que saliese mejor en la televisión de color.

«Una vez que has visto el revés de la realidad», sigue el viejo filósofo, toqueteando su pajarita moteada blanca y negra, mientras un tic nervioso agita su pie izquierdo, la lanzadera en un telar, «no puedes dejar de verlo». El pie se detiene. «Conicionados por la lógica de nuestra lengua, decimos que es un espejo de la realidad, pero no tenemos pruebas independientes del lenguaje para comprobar que se refiera a cualquier cosa fuera del compás de sus propios términos. No podemos meter sus proposiciones a la prueba, sino de la manera más superficial, desde adentro de nuestro lenguaje. No sabemos utilizarlo, por así decirlo, contra sí mismo, para verificar sus premisas. Nos vemos obligados a tomar la realidad por dada, a tomarla por fiada, lo cual nos resulta bastante fácil, ya que nuestros cerebros están acondicionados por el uso constante del lenguaje. Pero si ocurre algo para descorrer el velo, no nos queda nada, andamos a tientas en la sinrazón.» El profesor Elwes parece estar desconcertado por la fuerza de su propia tesis, como si acabase en ese momento de formularla, y comenzase a sentirse inquieto por sus montantes implicaciones. Lleva una mano a su calva incipiente, y pensativamente se frota un lóbulo del oído, consoladoramente. Luego tose y vuelve la mirada hacia su alumno. El ojo errante

vuelve a encajar en su lugar, y toma una actitud casi desafiante, fijándose sobre Peter. «Y tú, ¿ciertas a encontrar salida de este laberinto?», parece decirle.

Ahora el revés de la realidad está siempre presente, aunque Peter a veces se olvide de ello: polígono de una sola dimensión. Corriendo por una cinta Moebius sin fin, Peter se vuelve sobre sus pasos al franquear la puerta de la facultad de artes, resollando, fijándose en el antiguo verde pálido del césped, retoñando por debajo del nuevo estridente: «antes» en un anuncio para colorante de cabello.

Peter se para a reflexionar. ¿Todavía estarían allí, Constantine y Carol, si él saliese por la puerta al otro extremo del cuarto de baño? Estudia el dibujo de los azulejos. ¿O no son sino criaturas de su pensamiento —un sueño que ya lleva tanto tiempo soñando que se ha olvidado de que no es real en absoluto?

Le parece, aquella imagen que recuerda, demasiado premeditada, demasiado simbólica, para ser verdadera: Constantine y Carol sentados en la mesa blanca, almidonada. La vela polillea suavemente en su globo de cristal. Carol remachaconamente maja biftec a la tártara con un tenedor de puntas afiladas, y Constantine, ya no tan modestamente reservado, preso de risotadas sin fin alza su copa vacía en un brindis callado a la cabeza de Carol, que flota destacada de su torso, envuelto en el vestido carmín fundiéndose con el respaldo granate del banquillo. Y los ávidos ojos entusiastas de Carol visan, desde el espejo frente a ella, hacia las extensiones reflejadas de un espacio infinito. Sus antebrazos descubiertos, tan blancos entre tanto rojo, fastidiosamente recortan cuadrículillos de pan tostado y los untan con la carne cruda, pastosa y bermeja. Los bocados desaparecen tan pronto en su boca voraz, pétalos de tulipán en película de Disney marcha atrás; se cierran formando un nudo. Una vela moribunda resuella, sofocándose en el vacío que ella misma se ha creado, y Peter es la vela. Se siente llamear y polillear, este momento tan real que le duele.

¿Puede que haya verdaderamente sido así? No. La vida no se presenta en imágenes tan perfectamente urdidas de la esencia íntima de quienes la viven. Tiene que ser tu imaginación la que te está pintando ese cuadro surrealista, tu imaginación descarrilada que ahora descompone ese cuadro y multiplica imágenes, tu mente como si perteneciera a otro,

y tú la estás observando como en una película, película que miras y película que eres, que te separa de ti mismo como la tensión superficial del agua sobre la que flota una moneda.

¡Quebra la tensión superficial! Dentro, fuera, palabras y más palabras... musitan trastocándose sin sentido. La imaginación está por fuera de esa puerta, más allá del cristal, al otro lado de los sueños.

El problema —«Sí que hay problema»— está aquí dentro y ahora, y siempre ha sido ahora, porque ahora el zangarreo despacioso, rasgueante, nerviosillo, se acaba, y el tantán bate un compás en tu sangre.

Hay golpes en la puerta.

La flauta cañiza te eriza el espinazo, tu mente se funde en melismática multiversidad, un mundo en cada imagen encerrada en los ritmos contrapuntuales de tu imaginación.

«¿Peter, estás allí dentro?» Golpean en la puerta, una voz lo llama desde mucho antes. La puerta del baño está atrancada y gotas de rocío se evaporan en el holocausto nuclear.

«¡Date la vuelta y sal de aquí!» Los labios de Peter se mueven callados en el espejo. Sus ojos transfixos no se mueven.

*«For who-o shall abi-ide the da-ay of his coming?»*

¿Y quién lo aguantará? ¿Y quién será el que obedezca la orden de salir de aquí? ¿El que está de este lado del espejo, o el que está del otro?

¿Y dónde es «afuera»? ¿Qué pensamientos hay que pensar para pensarte fuera del laberinto? Los pensamientos te están pensando a ti, no tú a ellos. Olvida todos los viejos lemas; ya no te servirán de nada. «*Cogito ergo sum*» no es sino un juego de palabras. Entonces, ¿cómo dar el paso desde el lenguaje a la realidad? Porque ahora las palabras son mucho más que palabras, y las cosas son mucho menos que cosas.

«¡Peter!» Mamá golpea en la puerta.

Que se calle.

¡Piensa!

Vaciedad. Silencio inmóvil. Una gota de agua en la piscina. Ondas transparentes centrífugas, lentos reverberos, gongs de cristal resuenan en retumbaderos de su mente. Hundido en cavernosidades al revés de la realidad, se encuentra ante la certidumbre de la muerte, el antiguo terror eterno, tan consolador, en su inevitabilidad.

Abre sus ojos y pestañea. La cara que lo encara lo mira, una sonrisa tahureña y corrosiva apoderándose de sus facciones extrañas. ¡Pero me resultas tan conocido! Eres un extraño desde allende la noche enlunada, allende los naranjales y el desierto.

Acechas al que estás mirando por la ventana, atento a su más mínimo amago, listo para remedárselo, para burlarte de él, de su inverosimilitud. Absurda, su existencia casual. Absurdo, su anhelo por una identidad. Una cara en la turba, esta cara, un grano de arena en el desierto. ¡Míralo como se retuerce! ¡Qué incómodo está bajo el ojo remedón del profesor Elwes, magnificado, amenazador! Bostezante sol derretido llueve roñosos rayos de escepticismo deslumbrador: ningún concepto abrigador, ninguna parte donde refugiarse.

«¡Peter! ¡Sal de ahí!»

Golpean en la puerta.

«¿Te sientes bien?»

Una risotada fragorosa, alud barriendo cantos y troncos de árboles en su rastro. Un diluvio del ridículo ahoga su bisoña mímica de una identidad. ¿Quién es Peter Langtree? ¿Quién ha visto el revés de la realidad y no puede dejar de verla ahora? Cautivo en el oscuro soviente, preso al revés, engranado en el laberinto del lenguaje, prisionero del espejo.

Los golpes son más lentos ahora, pero más fuertes.

Y ahora le es tan claro, tan sencillo, lo que tiene que hacer.

El impulso crece en su cuerpo; tan naturalmente, se sugiere a sí mismo. Ahora se ríe descontrolado, un par de zapatos yacen vacíos en un charco de agua, y él extiende sus alas. Una sensación cálida y mojada crece entre sus piernas, enorme, palpitante, rezumándole por la piel, reptando por su vientre, enrosándosele alrededor del cuello, enredándole los hombros y el pecho, ahogándolo, espeluznándole en el espinazo, entrándole por el ano, creciendo en sus entrañas, cálido y volitante, y él aletea con sus enormes alas de cóndor.

—«¡Peter!» —La puerta del cuarto de baño se abre con un fragor de madera desgajada.

Constantine y Carol doblemente enmarcados, dintel y ventanal.

Sus brazos extendidos, Peter corre a abrazarlos.

Ellos gritan viéndolo saltar por la ventana hacia la noche, el aire cespado y cálido, qué deliciosa sensación la de

desplomarse sin fin, Constantine brinda con su copa vacía sonriendo a la cabeza flotante de Carol. Y la alta luna le devuelve la sonrisa, la vela polillea suavemente en su globo, y sonrío Peter, mirando las estrellas, añicos del espejo vencido por fin, y se mira reflejado en su sangre, rezumándole por los oídos y la boca, riéndose de un par de zapatos vacíos en un charco de agua, los labios de Carol se cierran tiernamente, un beso de tulipán, y a lo largo de su torso destronchado Peter ve y oye y huele el latido de su corazón acallarse y cesar: una respuesta a la pregunta del profesor Elwes.

---

*duo a piacere*

---

. . . Si no es porque sí es porque no y siempre una razón por ello que si no habría que entregarme a la luz dejármela calar por las rendijas de la celosía y hace demasiado frío allí fuera joden gatos en la noche qué espantoso el chillido de la gata, el gato está clavándole sus garras en el cuello un alma atormentada clama desde los infiernos desde el otro lado de la cortina verde arde el mundo llamas frías tanta luz reseca y tajante aquí se está muy cómodo porque sí la voz se está alejando ¿por qué no? ¿qué dicen los que están hablando allí detrás del biombo japonés? dos sombras dibujadas en el lienzo transparente y un olor a té jazmín la está agarrando él de los hombros la sacude una muñeca frágil gime al agitarla una niña ojos de gata, sonrisa de arco retensado, mejillas coloradas y rechonchas, una voz se va alejando ella tropieza con un canto en el sendero del jardín me llama «ven, juega conmigo» y me susurra en el oído «yo te enseño mi bragueta» ella sonrío, campanillas de cristal y «enséñame tu cosa» y ¿por qué no, si porque sí, si es así? sopla el viento en mi oído un caracol reptando por mi espalda yergue sus antenas y me dan cosquillas en la nuca «pronto hay que volver que los mayores ya nos echarán de menos» se retrae el caracol se va embutiendo en su concha está formándose un cuadro ¡ay que luz tan apremiante! y volveremos allí al prado soleado adonde están sirviendo el té a señores de chaqué y sombrero negro con alardes de teatro, una lluvia súbita me cala hasta los huesos, esa dama envuelta en sedas verdes tules transparentes velo sobre el rostro tiritando con la brisecilla ubre henchida mosto máncchale los labios «dos terrones por favor» está desnuda toma el té con manos delicadas arqueando el meñique coquetón sabor a pas-

tas de canela fresca seda deslizándose sobre mi cuerpo ¿por qué estaré desnudo ante toda esta gente? sus cabellos arcoiris de aceite derramado en la ría hendionda yo cruzando el puente de peatones a Saturrarán cogido de la mano de mamá el olor a sardinero y podredumbre sueltos sus cabellos negros casi azules suavemente se aturullan enredándose en mi cuerpo suave piel, el vello fino de su nuca se cimbreo en la marea «vete a nadar, papá te está llamando Eduardo» cruje el poso de arenilla en mi bañador mojado ¿no se notará si me levanto? hasta que reblandezca y se retraiga flores brotan en el vello de su nuca, hierba crece en torno a mi cabeza soy soldado muerto en el prado huele a Chanel número cinco, hierba crece de mi boca enredadera cuaja un bosque oscuro y tupido íris heroicas marchan en el Marmottan las gigantescas flores tocan el tambor de arcoíris marchitos ese mono con birrete rojo los remeda el monigote marcha a *pas-d'-oie* los narcisos reflejados en el agua negra de la ría babeando hidrofóbica y «*Jasmin deux cinq cinq deux?*» reptando un espeluzno por mi espalda «*ne coupez pas, s'il vous plaît*» cojo el teléfono es Linda «vente a hacerme compañía que me tienes muy abandonada» «*on vous parle de Bilbao*» afuera está rabiando el tráfico de las siete suena la sirena «Eduardo, acaba de morir mamá» y Linda «¡No me quieres! ¡Nunca me hablas! ¡Sólo quieres mi cuerpo!» cosas de mujer...

... ¿no te parece mentira que sea de veras y no de juguete así tan chiquitico, tan muelle y tan inerme y sus manitas que me agarran el pezón y me lo tuercen ahora de pronto lo dejan manitas bisoñas tantean el aire y ¿de quién es este crío? es mío ¿es mío? y se distrae con una mosca grandona zumba que zumba dando vueltas por el aire en el cuarto a media luz y sus ojitos abriéndose grandes como platos incrédulos ven posarse la mosca en mi mejilla la espanto con un gesto brusco esos ojos tan azules miran que mírame que linda soy, soy Linda y este crío es el mío mírame como si hubiese cometido un crimen ¡ay mamá! ¿por qué tengo vacíos los brazos? ¡ay mamá! no quiero levantarme ¿quién me ha quitao mi niño? y su cachito todo respingón «aupá Linda yá es hora de irte a la escuela» y ¿dónde se me ha ido el crío? ¿cómo se mete en todas partes, si lo vieras! «mira no más cómo estás de pachorra con la bata toda manchada de huevo ni que fueras una de las Meléndez siempre van como gallinas mojadas una hija mía no se pone lápiz de labios» no fui yo quien te lo

quitó si el mío crecerá en mi tripa como el cáncer que acabó con esa pobre Lola Céspedes ¿la viste toda inflada? cojines de raso en el salón de la tía Fernanda terciopelo y borlas de seda trenza Tomás Núñez metiéndome la trenza en el tintero y todos de una guasa luego sor Inés le señaló las manos con la regla y si lo vieras cómo se aguantó hasta salió mordiéndose la lengua no lloró hasta que no lo viera nadie pero yo lo ví lo traje a casa y le di un chocolate y cogí esas tijeras que guardaba la Teresa en el armario de la cocina para limpiar pescado, y le regalé las puntas de las trenzas ¿Cómo se le ocurre a su mercé teñir de negro lo que yá es negro? no sé ¿Y nunca te depilaste con cera? si es más fácil no escuece nada, si lo haces rápido se va acabando el pábilo y el viento entra por debajo de la puerta ¡estoy helada! se le olvidaría a la inútil de la Juana cerrar la puerta de la cocina «Y luego que no vengan los mocosos a ensuciármelo todo con patitas de barro» pero no fuí yo mamá, fue a la Amalia que besó Ricardo Gómez sus bigotes rubios ese olor a macho que marea me hace carne de gallina pero no se lo vayas a contar a nadie ya sabes como son de chismosas las otras solo te lo cuento a tí porque eres mi mejor amiga...

... no quiero ponerme violento, ya se que le gusta que se la tome por fuerza pero no le voy a dar ese gusto de quedarme en lo de nada más por darte gusto a tí, si ¡sé que es más cachonda que una perra en celo! y que le gusta a más rabiar por eso mismo es indigno que me meta a jugar a sus comedias de «¿me quiéres de veras?» y vete a saber qué será querer de veras si lo que es de veras es joder, hombre, si estás caliente y nada más y véngame con cuentos de si no sé si te quiero tanto como a Jean-Pierre ¿a eso me llamaste? daban ganas ya de violarla pa' callarle la boca de una vez pero hubiese sido falso de mi parte, no sé por qué, quizás porque ya me imaginaba yo agarrándola de hombros sacudiéndola y apremiándola a mordiscos como pregustándolo y con eso ya se le quitó lo espontáneo si esas cosas hay que hacerlas en el acto y con calor así sin pensarlo, «si la definición de un hombre verdadero es que piensa con la polla, hombre», el capitán Vázquez Cepeda ¡qué tío más cojonudo! y le daba igual la opinión de los demás, probó de todo allá en Tetuán y me sentí cortado pero sin embargo me quedé a dormir porque yá sabes que esas cosas siempre se arreglan luego por la madrugada, a mí que no me venga con coqueterías y melindres que no me las trago, juego recto y limpio y joder es joder y se acabó...

... cruzando un puente están los montes verdes voy de prisa corre un airecillo levantándome las faldas las recojo con la mano ¿no te acuerdas cómo hacíamos de diosas griegas con la sábana y la rama de laurel? él viene en bicicleta cuesta abajo a todo meter parece que no va a poder con la curva pero frena con los pies en el suelo levantando un nubarrón de polvo suéter franjas rojas contra verde pantalón vaquero todo desteñado por el bulto va silbando se me para por delante me pregunta que si por aquí se va pa' casa de los Alarcón la casa grande con balcones por delante regresó de Mayami con un Cádillac color malva y una esposa medio negra y yo que sí ¿no queda lejos? yo que no, y todo el tiempo riéndome por dentro porque sé que no le importa nada sólo está tirándome de la lengua, y él si los conozco y yo claro que sí, si son mis primos, y venga a reírme por qué te ríes yo de nada y él pues te daré de qué te rías, y me planta un beso en la boca más rápido que una avispa me deja allí plantada en el camino el majadero se va silbando en su bicicleta y un olor a malvaloca...

... ¿y quién dejó entrar al elefante en el jardín si está pisoteando los lirios! «no tengas miedo» el moro con los dientes negros me aprieta los estribos con cosquillas en la barriga y me levanta con su trompa en alto como un cacahuete los trillizos salen de su vientre mírame mamá se espanta y grita ¡bájate de ahí! que no sé si tengo que coger aquel melocotón el de la copa la mejilla tan rosada ese morito y el olor a tu acetona de quitar esmalte, una pera verdaderamente buena, higos verdes, hojas de higuera los separan, no se vayan a rozar y echarse a perder, los va alcanzando con la trompa, son riquísimos pero hay que abritlos con los dedos y chupárselos, granadas solas desplegándose al sol y esa morita en la playa, claro que son otra gente, viven en su cuerpo como animales ¡más cachonda! parecía que quería engullirme por su boca cómo pegaba besos no te digo nada de su chocho tierno y firme con agarre corcho de champán ¡sí hombre! pero un chaval es otra cosa, los espasmos del anillo apretándotelo suavemente galopando, haz un nudo con las riendas aflojadas en la crin, aprieta la rodilla, ¡ya! crúzate las manos por la espalda ¡yá! el peso en los estribos, párate relájate la espalda ¡ya! el peso hacia adelante, dále un fuerte espolonazo ¡yá! se arrumba el caballo y arremete al salto déjalo que vuele y siempre el peso en los talones, sí mi capitán...

...bajando descalza desde el alto de un monte por los

prados verdes a la media luz de atardecer un riachuelo casi seco en el fondo un muchacha está lavando ropa blanca entre piedras tiene manos fofas y los pómulos enrojecidos dale que dale con la piedra frota ¿con jabón de piedra? sí ¿como no? y está empapándola en el agua el aire hace burbujas y se escapa rezumando por las sábanas con un bufido de hervidero las remoja a tironazos es un niño lo que está hundiendo en el agua turbia llora se lo quito me lo da para jugar, no es más que una muchachita la pòbre si no sábe como hay que bañarlo a un nène, dámelo que yo te enseño, sólo es una niña se la hizo Paco López el del barrio alto claro si no llega a tiempo nos tendremos que ir en búy y es tanta molestia, pasando un charco me mojé los pies, me tuve que quitar los zapatos, dicen que en la India flotan río abajo los cadáveres y la gente bañándose en la orilla como si nada estoy ahogándome en el remolino dando vueltas un rechupetazo el agua sucia está vaciándose la tina queda con zurrapa y por fin llegamos pero tarde, el camarero de chaquetilla verde me hace un guiño, lleva la bandeja balanceándola sobre una mano con la otra me ofrece un whisky «mande señorita» y se me queda atragantado el hielo en la garganta y me lo tiene que extraer el sacamuélas a la ¡pobre Berta! se le ha quedado muerto en el vientre envenenándole la sangre...

...murió de pie con quien era con las botas puestas, bostezando estírome ¡qué gusto conocerla! la cortina verde deja entrar la luz de madrugada, si ¡yá son las diez de la mañana! el sol está caliente afuera y aquí dentro está helado. Linda duerme todavía. Se retuerce y gime. Está soñando. ¿Una pesadilla? Estoy caliente. El gusto de la noche está en mi boca. ¿Y si la despertara? Estoy con ganas, pero cuesta tanto voltearme hacia ella está tan lejos la carpeta con la fé de nacimiento ¡la olvidé en el metro! ese señor con el sombrero gris leyendo el Yá me huele a secreto, pasadizos largos, pasos retumbando la guitarra, un melenudo canta su balada triste aspecto de asqueroso y sucio voy saltando por la escalera mecánica de dos en dos los escalones ¿subo o bajo? yá se me escapó el trén se vuelve a embutir pasta de dientes si lo aprietas suavemente por el filo va creando un vacío en el tubo ese señor el del paraguas se ha llevado la carpeta tengo que alcanzarlo ántes que se pierda por la muchedumbre ¡hay que parar el tren! ¿ádonde está la cadena? multa por uso inapropiado veintiocho libras no traigo tanto dinero en mi bolsillo: un al-



filer, un peine, el libro de las cuentas, un bocadillo grasiento, la revista pornográfica en el fondo de la cesta de merienda, bajo los chorizos y tortilla de patatas, esos aduaneros tan dengosos no querrán manchar sus guantes blancos bien plisados y guardados, el armario huele a planchadero, froto mi mejilla contra fescas sábanas cabellos enredados. Linda. Contra mi pierna velluda su pierna lisa. El olor a sueño de su nuca. Mi hombro reposando en su pecho. Estoy caliente. ¿Qué tal si le doy una sorpresa y la despierto en flagrante?

... tomándome un chocolate en la verbena con Pablito y Luisa Fernanda y César ¡Qué calorillo más agradable en la garganta! un viento frío vino de repente y venga a llover a aguarnos la fiesta, y eso en septiembre ¿te imaginas? luego al balancé, y venga a atropellarnos todos juntos los muy vivos se aprovechan, meten mano, pero ya estamos tan histéricas de risa que ni caso, y venga a mecerse el balancé y casi se revuelca Pablo encima, remeciéndonos, yo sola ovillada bajo el abrigo de astracán en el asiento trasero del carro, papá conduce, luces a intervalos en el techo, están hablando él y mamá de cosas «cállate Roberto que la nena está durmiendo atrás» de cosas que no entiendo, «si está durmiendo, Elena, y además no entiendo» ¡sí entiendo! estoy envuelta en paños blancos y me voy desvainando, soy cebolla, huele a sudor de macho, estoy desnuda en la yerba, picaduras de mosquitos, gusanitos chupeteándome por todas partes, se me meten por entre las piernas sanguijuelas hínchase bajo la parra frente al portal sangrando al tío José, chupándole su cuello duro y cuerudo, el doctor Tablada se la quita y va a meterla en una cesta, dá-mela que me la guardo en la red de pesca, el pescado me lo guardo en la red la guardo ¡Eduardo!

—Buenos días.

—¿Qué haces?

—¿No lo sabes?

—Nnn... déjame, que tengo sueño.

—¿Linda?

—¿Qué?

—Te quiero.

—¿Sí?

—De veras que te quiero.

—Yo también te quiero, pero ¡ay que sueño tengo!

Déjame dormir un ratito no más.

—¿Me perdonas lo de anoche?

—Sí, mi amor, mmm...

—Duérmete chiquita. ¿No te molesta que me quede así?

—Nô mi amor. Quédate ahí quietecitico no más... que me duérmo...

—Sí mi amor. Me duermo yo también, así... qué rico hueles...

—Mmmmmmmmm...

... mi aliento su aliento entra y sale al mismo tiempo, yo inspiro ella expira su aliento mi aliento, ella inspira yo expiro mi aliento su aliento...

... cuarta y saludo, puntas, paseo adelante y pausa, puntas, tercera, pausa y arabesca, tenla hasta el compás tercero, paso adelante y vuelta, quinta y saludo...

... nadando bajo el agua júntome los brazos por debajo de mi boca los estiro hacia adelante y ábrome una brecha por su resistencia líquida pasa mi cuerpo sin esfuerzo paso por debajo de sus piernas anchoabiertas...

... qué calor bajo este antifaz y él me mira desde el otro lado del salón están tocando el minueto entre peinados pompadour un barco boga en mi cabeza y él me está mirando y ¿quién será, bajo su máscara?...

... nadando por la nave de una catedral hundida, lucen súbitas anchoas plateadas, miles, mil millones y mi cuerpo se remece con el flujo de la mar tranquila, el sol clarea, un espejismo de otro mundo por encima...

... se me acerca y me sonrío, reverencia acompasada al trío, lentejuelas lucen en la grupa de su chaquetón y desde lejos brillan candelabros, el salón rosado con molduras rococó se tambalea el suelo ondula, él me lleva de la mano, crepitando sordamente las palmeras diminutas en sus tiestos al pasar la cola larga del vestido blanco, llevo un collar de perlas negras apretándome en el cuello, me lo quito con un gesto de desdén y lo arrojo al agua de un estanque donde nadan pececillos gualdos, y la larga cola del vestido se derrama tras de mí cascadas de agua resbalándome caliente por la nuca en la noche ¡qué agradable estar desnuda! me retuerzo el cuello y siento el espeluzno por mi espalda...

... una sirena se cimbreaba suspendida en el reflujo entre dos rocas sueltos sus cabellos dibujando caracoles el vaivén de olas en la playa ¡qué resaca! se me lleva para dentro, tenso el arco y le disparo, va mi flecha recta hacia el ombligo ¡mira co-

mo salta y se retuerce! ¡y cómo tira del cordel! su ritmo va ganándose me tira desde adentro, estoy bailando solo sobre el suelo movidizo un ritmo sincopado ¡ándale pues! olor a trópico, granizo de maracas repiqueteando ¡ya! marimbas melodeando el sol reflejos sobre el agua centellante desde lejos viene una voz, y somos dos ¡allá viene una grande! júntome los brazos por delante de mis ojos me relajo el cuerpo ¡listos! viene babeando desde lejos ya se ha rechupado toda la resaca ¡ya! me arrumbo y salto a la cresta del olazo por romper levántame en alto ¡ya! el fragor retumba en mi cabeza árrastrame a tus oronduras Linda.

—¿Despertaste ya mi amor?

—Dí que sí.

... ¡ándale pues yegüita! ¡ya vamos en la recta!...

... mecida por el tábalo bámbalo acordeonándose hundiéndome en abismos suaves terciopelos...

... ¡ándale pues! mordiéndole la nuca olas rompen en mi cuerpo...

... su cuerpo va corriéndome hacia la cabecera impulsándome en la mar bajo mis párpados es todo luces amarillas coloradas y azules...

... una enorme flor violeta va deshilachándose soltando hebrillas tan sedosas en el agua...

... un delfín enorme está llamándome en su idioma de retumbos móntame sonrío su hocico chato y yo que sí, que sí me llevas a donde quieras y retoza y salta y brinca en caracolas...

—¡Vuélcate!

Y estalla un geyser en el aire y mójase la tierra tan caliente lluvia caláse por todo rociando de vapor bajo los pétalos de flores con su hálito dulzón brotándose abrotano macho el sudor a chorros y un sabor a durazno a papaya a mango a zapote negro llena el paladar y huele a polvo mojado después de la tormenta.

---

## Coloquio de dos silencios

---

Son dos, y están sentados solos en la semisombra densa y silenciosa de su barandal, cerca del mar. La brisa, que durante el día caluroso azotara las frondas de palmera, crepitando secas sobre el son de la resaca repiqueteando rauda en las arenas, ya se ha callado. La cocinera acaba de poner la carne al horno. Se ha ocultado en aposentos aromáticos. El mozo cabestrea los caballos a la cuadra, resollando y sumisos. Lárgase a paso tardo hacia su cuarto, para desollar las botas de sus pies. Los niños han dejado su alboroto y juegan callandito, susurrándose guasones escuchitos bajo el cobertizo del jardín. Antes que el chirrido de los grillos cierre los cristales reflectores del ocaso; antes que el croar de ranas repté rumoroso por la noche rociada; esta tregua de silencio es un mar entre sus dos mirares mutuamente ausentes.

Ella se estremece, remeciéndose en la costra de su piel, palpando el sabroso fresco de la quieta brisecilla soventando el soportal de la baranda. Escucha, cara al horizonte evanescentemente arrebolado, el afelpado refragor, las olas remolonas de pleamar.

El la mira. Disimúlase distraído. Estudia el juego de la sombra sobre sus mejillas y su frente. Traza con los ojos, recorriéndola, la curva de los labios refruncidos, titubeandillos, como para hablar, mejor callar. Luego lanza él su vista sobre el mar, buscando el horizonte, oculto en el vaho violáceo.

Llevan largo rato así, callados. Antes hablarían, lo mismo da de qué. Desde luego, no fue de lo que hablar quisiera él.

Llevan largo rato hablando así, de cosas que él no quiere. Hace mucho tiempo que no hablan del querer.

Antes hablarían, como todos solemos hablar, de cosas que se dicen, no por decir lo que se quiere decir, sino que se dicen por decirse algo, nada más. Su sentido sólo cabe en el de-círlas.

Pero fue callándose la tarde. Fueron apagándose en su lumbre moribunda los retumbos de redichas dicharacherías —el sueldo de la tata, la poda de los plátanos, el santo de la suegra— con que cada día, por tácito concierto, se rellenan los silencios del vacío.

El silencio se prolonga. Las sombras alárganse y se funden en un rocío salitroso. Pronto caerá la noche y recubrirá, con su run-rún tranquilizante, el embarazo de un momento reflexivo. El aroma del asado en la mesa llenará la oquedad entre sus dos callares.

Hace tiempo que se sientan cada tarde así, a la hora del recuerdo, antes de la noche anhelosa, y se miran, sin que él sepa surcar el entredicho entre el silencio, y el decirse cualquier cosa que no sea dicharachera. Hace tiempo que él no quiere ya seguir así.

Un hombre siente que su vida se le va, como las nubes que se escurren sobre el mar. ¿Lo sentirá lo mismo una mujer?

Ella mira hacia sus críos. Apenas se distinguen en las sombras del jardín. Una risa subrepticia delata su escondrijo. El silencio que la sigue sopla aroma de alhelí. Su mirada es pausada y tranquila. Sus críos crecen cada día a trancos, como parra en primavera.

El la mira, fastidiado ante su plenitud callada. Su silencio de él es un silencio de palabras ahogadas.

Su silencio de ella es el silencio de las plantas de sus pies despantuflados, pisando frescas losas en el patio; el silencio del olor a pachulí con sus bostezos largos de letargo delicioso.

El no sabe qué decirle, ni si algo quedará ya por decir. Siente que su vida se le cuele y se le va, por entre los resquicios de requiebros que jamás pronunciará.

Antes le bastaba a él jugar a su papel, y ella que jugase a lo suyo, a lo que juega una mujer. Tan sencillo es un varón con una hembra. Tan sencillo hacer aquello, lo que llaman el amor. Tan sencillo, y tan imposible.

Ahora no le basta con jugar. No le rinde su ilusión. No se abasteca su querer del anhelo y la zozobra, ni del triun-

fo y la jactancia, cotidianamente repetidos en el viejo ajedrez que ha dejado de retarse él a sí mismo, juego de al que gana pierde. Ya no lo convencen las coquetas tretas que el ingenio trama al corazón, para decirle que no sabe lo que sabe demasiado bien que sabe: que su vida de hombre se le escapa a bocanadas sin que apenas él se la haya saboreado. Ahora siente, que enredado al regodeo de chitos besos chiriperos bajo el muérdago, se ha bailado ya lo suyo con el tiempo. Zangarreándose lo ha, en seudosomeles rigodones, sin dejar siquiera huellas en la tierra.

Ella, ¿qué sabrá de semejantes ocurrencias? Sigue cara al mar a la escucha de las olas.

De pronto se presenta la tata en el jardín. Su blanca cofia es una vela navegando a sotavento en la verdosa oscuridad. Hopa a sus pupilos granujillas con acento de gracejo en engatusamientos ducho. Le responden risecillas respingonas. Dos saltones duendes la alimonan a la puerta del chiquero. El jardín se sume en un silencio descampado. El ocaso se apaga en un relumbro, verdevioláceo.

Mira a su mujer. Ahora apenas se distinguen sus facciones. Sólo su aliento sosegado la ubica en la baranda. El lo escucha, y escucha el silencio, el silencio de él, y el silencio de ella.

En su propio silencio, acecha la voz que le dirá qué ha de decir. Tantas veces anheló la voz callada; tantas veces sólo dio en el silencio, que ya le sabe amargo.

Escuchando el silencio de ella, sabe que ella espera de él que hable; que desvirgue una vez más la inercia del silencio; que su voz de varón preste pauta a la oquedad del tiempo yerto de la tarde; y que sepa callar cuando quiera hablar la noche.

¡Pero él ya se hartó de callarse! Quiere decir, de una vez por todas, todo cuanto lleva tanto tiempo ya callándole a ella, y callándose a sí mismo.

Mas, ¿por dónde empezaría? Ahora ya no es como antes, cuando hubo *algo* que ocultarle —un negocio malogrado, una amistad quebrada, otra mujer, una aventurilla a la ligera. Ahora lo que él calla no es nada así. No es nada. Es la nada, en la que él se siente entrelazado con ella, él y ella, ella y él, tan juntos, tan lejanos.

El la escucha, y la mira perfilada en el reluz que da la puerta entreabierta del casón.

Ella se estremece y bosteza. Estira su cuerpo en el sofá. En la mesilla junto a ella hay un lima de uñas. La coge, y se pone a limar.

¿Qué misterio es, el del querer, que a sus dos cuerpos los mantuvo tanto tiempo entrelazados? Tiempo de recatos indeciblemente tiernos, de caricias presurosas y de noches jadeantes, tiempo que ahora desvanece en su recuerdo varonil, como algo inimaginable.

Y esto que ahora siente, ¿es desazón o inquietud? ¿Desazón ante la muerte paulatina, que siempre supo estarlo acechando a la vuelta de la esquina? Inquietud por lo que resta de su vida —ese oscuro vericuetos tropezón, que siempre viene a parar al mismo sitio? No será. ¿No será más bien la pena o la nostalgia?

Recuerda aquellos años, en los cuales el querer no se abastecía sino de esas dicharacheras, cada día renovadas, sin esfuerzo, así no más. Y sin embargo perduró hasta dar su fruto en los susurros de sus hijos. Ahora le parece increíble que así fuera. Le parece que el querer no fue sino un decir.

De no ser un decir, ¿qué sería el querer?

¿No sería querer y ser querido nada más que porque se es quien se es?

¿Quién es él y quién es ella? ¿Quién es él para ella, y quién es ella para él?

Para él, es ella un sosegado ademán estimativo al levantar la campana del asado; es el siseo de un vestido sedoso, su perfume en el pasillo; es el blando blancor que calienta su lecho en la mañana; es la sombra imantadora que maroma su cuerpo por la noche.

Para ella, él es esta casa y este fundo, la amplitud veloz de tardes a caballo, el aprieto de sus brazos cuando silban ranas en la noche; es el padre de sus hijos, el que firma y reconfirma; es los años que llevan aquí juntos.

Por esto será que ella lo quiere, si lo quiere, por lo que es él para ella, y no por lo que él es.

¿Y quién es él, si no es estas cosas?

El es quien es para sí mismo, una sombra que se aleja por la mar.

¿Y quién es ella para ella?

El lo ignora, desde luego, mas ella, ¿acaso lo sabrá?

¿Por qué es así? ¿Por qué ni ella sabe quién es él para sí mismo, ni él sabe quién es ella para sí misma?

El siempre le ha llamado a ella quién es él para sí mismo. ¿Por qué?

Hubiese sido más embarazoso que el silencio procurar hacerla comprender lo que él apenas vislumbraba. Y ahora la costumbre le impide abrir mella en el silencio. Ya le sonaría a hueco el decir: «Ven, escucha mi silencio conmigo. Mira a mi sombra que se aleja por la mar». ¿Por qué?

Cada vez que él estuviera por decirle alguna cosa que no fuese dicharachera, en los años cuando todo se llevaba por sí solo, cada vez que él estuviera por decirle algo de su sombra que se escurre sobre el mar, ella lo miraba con sosiego y discerniente ademán, como al asado en la mesa, y de pronto él se hallaba con que el tema hubo cambiado. ¿Por qué? ¿Adivinaba ella lo que él quiso decir?

A él ya se le acaban las respuestas. De existir respuestas pertenecen a un silencio que él no sabe penetrar.

El la mira. Sus gestos con la lima muestran rápido acierto. Ella sopla sobre un dedo. Sigue al otro. No repara en su marido.

El se impacienta. Lo fastidia aquel recato, tan suficiente a sí mismo.

Está por decirle cuánto lo siente tener que decírselo, sabiendo que ella no querrá saber lo que él de todos modos ya tendría que decirle algún día, y que tiene que decirle ahora, quiéralo o no, aun sintiendo lo que siente, y sabiendo lo que sabe, siéntalo o no, a saber: que no la quiere más, y que se va a seguir a su sombra que se aleja por la mar.

Mas estando por decirlo, sabe de repente que no sabe ya por cierto si será por cierto cierto que querrá decírselo al decirlo, porque sabe que no sabe qué quiere decir decir que no la quiere, si el querer no es sino un decir. Luego se calla.

Ella deja de limarse. Reposo el instrumento sobre la mesilla. Dirige su mirada hacia él.

Ese mirar tan sosegado no lo mira, aunque lo esté mirando, como si él no fuese sino aquella sombra que se queda en el umbral, cuando ella sale, descalza, a la baranda oscurecida. ¡Qué completo en sí es su silencio reposado —tan entero que a él le sabe amargo.

El quisiera quererla por cierto, por lo que es ella para sí misma, aun sin saber quien sea ella, como se quiere al creerse que el querer es algo más que un decir. Mas él barrunta que ella no quiere saber de su querer, que su mirada sose-

gada e incuriosa no quiere reparar en esa sombra que se aleja por la mar.

Quizás ella no quiera quererlo a él como él quiere quererla.

Quizás ella sólo pueda querer por cierto a quien nada sienta el no saber si es o no es cierto que él la quiere a ella, sin saber si ella lo querrá a él por lo que él es para sí mismo o por lo que es él para ella, porque quizás ella no vea diferencia entre lo que es él para sí mismo y lo que él es para ella.

Quizás ella se mire de otro modo a sí misma, si acaso se para a mirarse lejos del espejo, distinto del modo en el que él se mira a sí mismo. Quizás ella solo quiera ser querida por lo que da de sí, por lo que es ella para él, al contrario de la forma en que él quisiera quererla.

Quizás ella no piense que ella sea lo que es para sí misma, sino que piense que es lo que es, para él y para sus hijos. Quizás ella sólo quiera quererlo a él, tal y como ella quiere que él la quiera a ella, por lo que da de sí. Luego ella no querrá saber en absoluto de su sombra que se aleja por la mar.

Quizás ella sepa ya, que él es una sombra que se aleja por la mar, y no quiera saberlo, ni quiera saber que lo sabe. Quizás por eso, quiera ella que él le dé lo que le da, le diga lo que le dice, y le calle lo que le calla, para que ella no tenga que saber lo que saber no quiere.

Quizás ella sólo quiera creerse que sólo lo quiere a su marido por lo que él le da, le calla y le dice, porque ella no quiera saber que por cierto lo quiere a él por lo que él es, aun sin saber quien sea él, porque quizás ella no sepa quién es ella para sí misma, si no se mira a sí misma como él se mira a sí mismo, lejos del espejo, y por ello mismo quizás le sepa amargo a ella quererlo a él por ser él quien es para sí, no sabiendo ella quien es ella misma, luego no sabiendo si él la quiere a ella por ser ella quien es, o por lo que da de sí. Quizás.

Si fuese así, si el supiera que ella lo quisiese, sin saberlo, tal como él quisiera ser querido por ella, ¿sentiría tanto como ahora lo siente, el que no se diga nada que no sea dicharachero entre ellos dos? Quizás no. Pero, ¿qué modo habría de saberlo por cierto, sin decirse nada que no fuese dicharachero?

¿Por qué lo sentirá tanto, él? ¿No será que la quiera a contraqueriendas, a pesar de todo, más de lo que quisiera?

Quizás. Pero querer a contraqueriendas, ¿qué quiere decir?

Si él la quisiera como la querría si la quisiese por cierto, aunque fuese a contraqueriendas, ¿no la querría sin sentirlo tanto darle lo que le da, decirle lo que le dice, y callarle lo que le calla, para que ella no tenga que saber de qué modo se quieren? ¿Quién sabe?

Desde luego cuando él la quiso como se quiere cuando se cree saber que el querer es algo más que un decir, dándose a ella sin importarle un bledo lo que le daba, decía, ni callaba, ella no supo callarle lo dulce que le sabía el ser querida así, por mucho que ella lo quisiera. Así que él sabe que es capaz de hacerla quererlo más, quizás, de lo que ella no quiera dejarlo saber que lo quiere, si él sólo se muestra capaz de hacerse el que creyera que el querer es algo más que un decir, y de obrar en consecuencia.

Mas eso, ¿no querrá decir, de una vez por todas, que el querer, por fin, no es sino un decir?

A él ya se le acaban las razones. Se le cansa la cabeza de tanto laberinto.

Ella sigue mirándolo sin reparar en él, como esperando que él le diga lo que calla.

El silencio lleva tanto ya, que no será posible abrirle brecha con las sólitas palabras sin sentido.

Ella sabe que algo calla él, algo que estuvo por decirle, hace un rato, y que ahora sólo toca esperar. Así lo mira tan tranquila.

Atónito ante tal enredo de razones, conjeturas y esperanzas que palpitan en el barandal oscuro, él se siente agobiado, a punto de estallar. Ya se harta de callarle lo que siente, nada más que porque ella no quiera saber lo que quizás él no sepa decirle. ¡Que le sepa amargo pero que lo sepa!

Ella se levanta del sofá. Se arrima al pasamanos que cerca la baranda. Sus pasos son descalzos y callados. De paso, ella lo mira por un breve instante a él. Ahora sí lo mira, y repara en él. Un rastro de perfume se esfuma en la noche.

Dentro de la casa se oyen voces de niños. Gritos de algazara y risas repentinas brotan desde el baño, donde está bañándolos la tata rechistona. Pronto los presentará, peinados con lavanda, en sus pijamas de franela, para que sus padres los despidan por la noche, con un beso en sus mejillas refregadas y lucientes.

A él lo ha turbado la mirada que ella acaba de poner

en él. No sabría describirla, si será sonrisa o mueca. Ahora él la mira.

Ella le da la espalda y se apoya en la baranda. Mira el mar oscuro de levante.

El lanza su vista sobre el mar y pesca la luna renaciente de las aguas. Un doblón de oro derrama su largueza sobre el escarceo.

Ella se vuelve a mirarlo y le sonrío. Es una sonrisa triste y distante. ¿Qué querrá decir?

De pronto él se siente enternecido. Quiere levantarse, acercarse a su lado, y decir «¡qué hermosa está la luna esta noche!». Pero al pensarlo se le corta la palabra, no sabe por qué. Luego piensa: «¡Qué ramplonería dejarme enternecer así! ¡Qué imagen más redicha, la de la luna! La lengua se me crispe antes que incurrir en cursilada semejante». Esto dice para sí, pero sabe que no sabe por qué calla.

Ella lo mira. Ya no le sonrío. Su mirada muda, de la curiosidad a la indiferencia simulada. Ella se vuelve hacia la mar.

El siente de repente que comprende su silencio: ¡Ahora él sabe lo que calla ella: que ella sabe lo que él calla! ¡Sabe que ella quiere que él la quiera, sin decirle nada que no sea dicharachero, aun sabiendo que ella sabe que él no sabe por qué calla! Lo sabe como sabe quién es él, sin saber cómo lo sabe, pero lo sabe por cierto.

El se levanta del sillón. Se arrima al pasamanos y se apoya en él. Su mano está muy cerca de la de ella.

La luna se levanta de las olas. Encoge y palidece al trepar sobre las nubes suspendidas como setas sobre el mar.

Ahora en la baranda sus dos cuerpos son columnas del silencio: él se calla, ella calla, y el aroma de alhelí se apodera de la noche.

Mas esto no quiere decir que él no le esté diciendo algo con callarse, él bien lo sabe; ni que ella no sepa muy bien que, aun callándolo él, no quiera decirle algo callandito.

Ella mira hacia la luna. Parece indiferente a la presencia de la mano junto a la suya en la baranda. Tanto lo parece, que él bien sabe que no ha de ser sino un parecer.

Mas ya que sabe tanto, ¿no sabe que quizás este callar le esté diciendo algo a ella que no es, por cierto, lo que hubiera él querido decirle callandito, aun callándose, de haber sabido que él se callaría al saber, como ahora sabe, que nunca

sabría por qué se callaba, las veces que quiso decirle algo no dicharachero, cuando quiso decirle algo acerca del querer? ¿No sabe que quizás esté diciéndole, ahora con callarse, que él nunca sabrá si la quiere por cierto, pero que la quiere todo lo mismo, quíeralo o no?

¡Sí que lo sabe! Mas no halla las palabras para remediarlo. ¿Esto qué quiere decir?

¿No querrá decir que lo que él dice con callarse, a pesar de que no sea lo que hubiese querido decir, de saber que iría a decirlo con callarse, tal vez sea lo que él de veras quiere decir, aunque no lo quiera, ni lo sepa?

Y si es así, ¿no sabrá ella qué quiere decir el que él se calle ahora, estando junto a ella en la baranda, mientras el aroma del asado se entremezcla con el de alhelí?

Ella se le arrima. Posa una mano de mujer junto a la suya. De su cuerpo aromático y suave emana un halo de calor.

El posa su mano de varón sobre la mano tendida. Ella se vira a mirarlo. Sus labios refruncidos se apartan para hablar. Mas él está por hablarle. Su voz de hombre empieza a cuajar. Mas viendo él que ella quisiera hablar, él se calla. Ella ve que él calla por ella, y se calla. Calla que calla. El momento ya pasó. Quedó ahogada la palabra.

Ahora sí que él sabe que él está diciéndole a ella algo que no quiso decirle, que quiso no decirle, que quiso decirle que no; pues su callar ahora le dice que sí, que sí la quiere, aunque no lo quiera, y esto a él le sabe amargo.

Mas el tacto de su piel, de su mano contra la de ella, ¡qué dulce le sabe! Levanta su mano de varón y le ciñe la cintura, apretándola hacia él. Lo hace sin querer, porque le sale así.

Ella lo mira y se calla. Hace tanto tiempo que él no la ha ceñido así, sin decirle nada, que lo mira como quien no se lo cree, como sabiendo que él lo hiciera sin querer.

El estaba por decirle que sí, que sí la quiere, pero ahora se lo calla. ¿Qué más da lo que él diga, si ella no se lo creerá?

Ella sigue mirándolo a él. Su mirada le pregunta por qué calla.

El no sabe. La mira y se calla, mas sabe que ahora no se lo diría aunque lo supiera, quizás no más que porque sabe él que ella sí quiere saberlo, y sabiendo esto, sabe que si se lo dijese, de saberlo él, quizás ella diría que ya lo sabía, y con

decirle esto a él, lo haría pensar que quizás ella sepa lo que él piensa y lo que él siente, aunque no se lo diga, y que por lo tanto, ella sabe quién es él para sí mismo, y si lo quiere, que lo quiere por quien es, lo cual es lo mismo que él antes quiso creer que quería, creyéndolo imposible; mas ahora que lo cree ser posible, no sabe si de hecho, lo quiera o no, porque ahora piensa que el saberse querido así, quizás le impediría seguir a su sombra, que se aleja por la mar.

Si él sólo supiese que ella sabe lo que siente, callando, no sabiendo decir por qué calla, y que ella no sentiría el que él no se lo dijese, sabiendo que él no es quién para decírselo, porque el que menos sabe lo que uno sabe es uno mismo, entonces sí que le diría que la quiere, sabiendo que ella sabría que lo que él querría decir con decírselo, no sería nada que le impidiese seguir a su sombra al otro lado de la mar. Mas eso querría decir que ella sintiera lo que él siente, y eso no es posible, porque ella es ella, y él es él.

El chirrido de los grillos rompe sus razonamientos. ¿Cuánto tiempo llevarán chirriando así? La brisa de levante se le cuela por el espinazo. Bajo su mano varonil siente una tiritona en la cintura que calienta su abrazo.

Sin decirse nada que no sea dicharachero, él y ella se han largado de su mutuo apoyadero. Se encaminan por la puerta que se abre a la baranda, y entran en la casa perfumada del asado. Junto a la escalera, encuentran a sus chiquillos, soñolientos y sonrientes, sus buclillos aplastados con lavanda, sus mejillas rubicundas relucientes y redondas. Sus padres los despiden por la noche, tal como les corresponde, con un beso en la boca, y otro en la frente. Cumplimentan a la tata, y se esperan a que salga con sus dos renacuajillos remolones. Luego suben la escalera con insólita presura. Cuando llegan a su cuarto, cierran la puerta con tranco.

Allí se quieren, callando, tal como han de quererse quienes quieren a queriendas, queriéndose queridos, queredores y bienquistos. Se quieren hasta hartarse, y luego se visten, callando.

Cuando bajan por la escalera, está esperándolos la cena. Se sientan en la mesa reluciente. La cocinera está en la puerta observando su ademán. La señora le sonrío, y levanta la campana, con una mirada tranquila, sosegada y satisfecha.

Durante la cena se hablan, lo mismo da de qué. El ya

sabe que en el querer no hay nada que valga decirse, que no quede dicho callando.

Luego él se fuma un cigarro, sentado en la baranda. Ella se sienta junto a él, se acurruca en su sobaco y escucha el silbido de las ranas.

Ahora, él sabe que ella sabe qué quiere decir callar, porque él sabe qué quiere decir no saber decir lo que se siente, que es que se quiere sin querer, callando que se calla uno para sí que uno siente que decir «te quiero» sólo sería decir un decir, sabiendo que sólo se puede saber si se quiere, queriendo tal como han de quererse quienes saben que el querer no es sino un callar.

El fuma, y espera a su sombra, que regresa por la mar.



---

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR  
EN EL MES DE FEBRERO DE 1983  
EN HIJOS DE E. MINUESA  
RONDA DE TOLEDO, 24  
MADRID

